

Indice

Editorial

Beatriz de León de Bernardi 5

En recuerdo del Profesor Emérito Dr. Luis Enrique Prego Silva.

María Cristina Martínez de Bagattini 7

Homenaje al Profesor Emérito Dr. Luis E. Prego Silva en:
“El XII Encuentro sobre el pensamiento de D. Winnicott”

Luz M. Porras 15

“El arrebató del mudo”. En torno a la lengua y la melancolía.

Edmundo Gómez Mango 19

La ruina de los ideales: en la bisagra de lo psíquico y lo social.

¿Qué sujeto pensamos para hoy? ¿Qué diálogo entre las
generaciones?

Marcelo N. Viñar 37

Ideales.

Myrta Casas de Pereda 54

El poder de lo sociocultural y de lo arcaico en las patologías
alimentarias.

María Cristina Martínez de Bagattini 69

Poder y diferencia.

Saul Paciuk 84

La fobia, estructura originaria del pensamiento.

Annie Birraux 101

El amor en la adolescencia. (Los adolescentes que no pueden
amar).

Gonzalo Varela Viglietti 132

4 - *Indice*

Algunas peculiaridades en el tratamiento psicoanalítico
de pacientes adolescentes.

Alvaro Nin 153

Psicoanálisis en la vejez: cuando el cuerpo se hace biografía
y narración.

Abel Fernández Ferman 169

Acerca de los múltiples y divergentes usos del término
“autoanálisis”.

Luis Campalans Pereda 183

RESEÑA

En el camino de la simbolización. Producción del sujeto
psíquico, de Myrta Casas de Pereda.

Silvia Cantis 199

ACTIVIDADES CIENTÍFICAS

III Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay . 205

II Jornadas abiertas de Adolescencia. Adolescencia: transitando
en los márgenes 207

Coloquio: Pensar los Adolescentes en las fronteras de lo

psíquico y lo social.	208
Palabras introductorias al 43º. Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional de Nueva Orleans	
<i>Ricardo Bernardi</i>	211
DEL CUADERNO DE NOTAS.	
<i>Marcos Lijtenstein</i>	215

El número 99 de la Revista Uruguaya incluye algunos de los temas que son motivo de reflexión y trabajo en acontecimientos científicos del corriente año. Así los temas del “Poder de los Ideales y la Idealización del Poder” -del III Congreso de Psicoanálisis organizado por la Asociación Psicoanalítica del Uruguay-, son desarrollados desde distintas perspectivas por Marcelo Viñar, Myrta Casas, Cristina Bagattini, Saul Paciuk. Estos desarrollos recogen tanto reflexiones sobre la experiencia con el paciente en el ámbito de la sesión, como aportes teóricos del psicoanálisis, así como una reflexión acerca de la influencia que el marco social y cultural ejerce en la patología. La conferencia dictada por Edmundo Gómez Mango en la Sociedad Psicoanalítica de Madrid, plantea entre otros temas el del poder de la idealización en la pasión amorosa.

Las características y problemáticas adolescentes se abordan en los trabajos de Annie Birraux, Gonzalo Varela y Alvaro Nin. Esta serie de trabajos proponen diversos desarrollos: en torno a la actitud fóbica del adolescente -reflexión que se inserta en el marco del pensamiento francés contemporáneo-; sobre el fenómeno del amor; sobre las particularidades técnicas del trabajo psicoanalítico con adolescentes.

El trabajo de Abel Fernández muestra el desarrollo de un proceso psicoanalítico en la vejez y el de Luis Campalans nos replantea el tema del autoanálisis. La revista cuenta como siempre con reseñas, notas y referencias a las distintas actividades científicas del presente año.

Con dolor publicamos en este número palabras de homenaje y de despedida al Profesor Emérito Dr. Luis Enrique Prego Silva, fallecido el 22 de Abril próximo pasado. Entre sus múltiples participaciones en la vida institucional de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay queremos recordar que fue Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay desde 1997 y Director de esta Revista entre los años 1964 y 1966. Las palabras de las Dras. Cristina Martínez de Bagattini y Luz Porras nos acercan a algunas de las facetas de una personalidad de enorme creatividad y fecundidad, que ha dejado no sólo huellas indelebles en la memoria de los que lo conocimos, sino también en el desarrollo de las ideas psicoanalíticas en el Uruguay².

La publicación del N°. 99 de la Revista Uruguaya marca también el fin del ejercicio de la actual Comisión de Publicaciones. Hemos incluido en este período la publicación de números pluritemáticos, como el que hoy presentamos, intercalados con los números temáticos, lo cual ha permitido coordinar las publicaciones de nuestra Revista con los temas de los principales acontecimientos científicos del momento. Esto no obsta para que en ocasiones sea la Revista la que impulse la reflexión acerca de

² Como lo atestigua la entrevista realizada al Dr L. E. Prego Silva sobre el pensamiento de D.H. Winnicott en Octubre del 2003. Rev. Uruguaya de Psioanal. 2003; 98: 97-107

determinado tema, como en el caso de la Revista N°. 97 sobre el tema de la Agresividad y Transferencia Negativa. Hemos buscado a la vez, siguiendo la línea de comisiones de publicaciones anteriores, fortalecer el sistema de revisión anónima por pares ampliando la lista de lectores nacionales y extranjeros.

Estamos anunciando a la vez el número 100 de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis que se publicará como número doble a comienzos del 2005. Esperamos que este acontecimiento que habla de la pujanza de nuestra disciplina y que se une al festejo de los 50 años de la fundación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay concite el esfuerzo de la producción escrita nacional y extranjera.

Beatriz de León de Bernardi
Por Comisión de Publicaciones

En recuerdo del Profesor Emérito
Dr. Luis Enrique Prego Silva¹

Es un enorme honor el que me han conferido la Familia Prego y la Comisión Organizadora de este Congreso sobre Adolescencia, para que realizara un homenaje a la figura del Prof. Emérito Dr. L. E. Prego Silva, recientemente desaparecido.

Igualmente grande es mi emoción, pues el Prof. Prego ha sido uno de mis más importantes Maestros.

Mi visión será parcial y no podrá abarcar los múltiples aspectos de su vida, ¡tan rica!.

Para mí nace en el año 1972 cuando, como estudiante de pediatría escuché una de sus clases, en el viejo Hospital Pedro Visca. Quedé deslumbrada por la forma sencilla en que expuso conceptos tan complicados sobre ese mundo de contenidos latentes, que hay detrás del juego manifiesto de un niño. Todo eso era, para mí, un mundo desconocido hasta ese momento. Lo seguí.

En el año 1973, la Facultad de Medicina -a través de un proyecto creado por Prego y por el cual luchó durante años-, *reconoce el post- grado de Psiquiatría de Niños y Adolescentes*. Este postgrado sería el primero de América Latina y del mundo creado en forma independiente de la Pediatría y/o de la Psiquiatría de adultos. Paralelamente -se sabía-, se estaba gestando lo mismo en París. Así, la Psiquiatría de Niños y Adolescentes (hoy Psiquiatría Pediátrica), nacía (y adquiriría en el mismo momento de nacer) carácter autónomo.

En el Hospital, lo recuerdo fundamentalmente como un gran Maestro. Sus clases eran realmente atrapantes, sus supervisiones enriquecedoras, sus enseñanzas siempre útiles. Recuerdo particularmente *una clase genial sobre un solo síntoma!*: la psicopatología y los múltiples significados del *robo en los niños*, porque, dicho material lo utilicé para entender y presentar a una paciente que, justo! me toca en mi prueba final. Valía la pena sacarle apuntes. Enseñaba una Psiquiatría Dinámica que nos instrumentaba para adentrarnos en forma profunda en los problemas del niño y de su familia.

Lo veíamos aparecer casi siempre con un libro nuevo al que, inmediatamente tratábamos de comprar y de leer.

La preparación de los ateneos estaba siempre acompañada de actualizaciones sobre los temas expuestos.

Fue EL PROFESOR, con mayúsculas!!!!

Hay dos hechos relevantes entre los múltiples que tendría que resaltar, que cierran con broche de oro su vida exitosa como Profesor de Psiquiatría:

En el año 1987 el Consejo de la Facultad de Medicina reconoce su trayectoria nombrándolo Profesor Emérito de la misma.

En el año 1998, La Asociación Internacional de Psiquiatría de Niños y Adolescentes -de la que fue entre otras cosas su Vicepresidente durante muchos años-

¹ Palabras pronunciadas por la Dra. Cristina Martínez de Bagattini en el acto realizado en las Jornadas de Adolescencia en recuerdo del Profesor Dr. Luis Enrique Prego Silva, fallecido el 22 de Abril del 2004. Torre de los Profesionales.

reconoce también su trayectoria y realiza un acto en el que se le rinde homenaje. En ese acto se le hace entrega de una medalla por sus 50 años en el ejercicio de la profesión.

Fue fundador en 1966 de la Asociación de Psiquiatría y Psicopatología de la Infancia y de la Adolescencia (A.P.P.I.A.) de la que fue su Presidente desde su fundación hasta el año 1982.

Paralelamente a sus actividades en Psiquiatría , en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Prego fue Miembro Titular en 1966 , formó parte de todas las ***Funciones Didácticas***; fue, además, ***Director de Publicaciones*** entre 1964/1966, ***Secretario de la Comisión Directiva*** entre 1969/1971 y ***Presidente de la Comisión Directiva*** en el período 1972/1974.

Concurrió como delegado de A.P.U., como Relator y Miembro Invitado, a múltiples Congresos Psicoanalíticos Internacionales.

Las dolorosas circunstancias históricas vividas por el país motivaron, en pleno ejercicio de sus funciones como Profesor, su renuncia a la Facultad de Medicina. Renuncia irrevocable, a pesar de todos nuestros ruegos.

Eso fue el disparador para la creación de su propia Clínica, constituyendo así el primer equipo multidisciplinario privado de Psiquiatría Infantil del país.

En su Clínica, repetía su impronta hospitalaria de gran Maestro; destacaba su postura muy elegante, impecablemente vestido, de habitual buen humor; a veces, rezongón. Puntual en las citas; la mayoría de las veces, más puntual que nosotros. Enérgico; vital; estuvo dispuesto constantemente para ayudarnos en caso de dudas; de recibirnos entre paciente y paciente, si algo debíamos preguntarle.

Allí, además de a Psicólogos y Psiquiatras, se escuchaban con enorme interés a Psicomotricistas, Fonoaudiologas y Maestras Especializadas. Prego ***transforma la Psiquiatría Infantil en una obligada multi e inter disciplina***, formándonos a nosotros en lo que hoy considero como doctrina insustituible en el desempeño de nuestra especialidad: ***Un Equipo trabajando.***

Los martes en la noche (día del Ateneo de la Clínica, que aún persiste) sabíamos que, más allá del cansancio, algo nuevo íbamos a aprender; de algo nos íbamos a asombrar; de alguna anécdota nos íbamos a reír.

Luego de una larga jornada de trabajo, llegaba entusiasta y más fresco que todos a los Ateneos, cargado con historias clínicas para trabajar con el equipo. En ellas, había podido escribir sus impresiones iniciales que eran, en buena parte, aportes trascendentes desde el punto de vista clínico y teórico. Escuchaba con atención nuestras intervenciones y las enriquecía. Las discusiones allí generadas, nos introdujeron en el ***valor de las discrepancias***. Las respetó siempre. Cuando “El PROFE” se enojaba, era por nuestras llegadas tarde, nuestras faltas, nuestras funciones no cumplidas; en suma, todo lo que él pudiera interpretar como desinterés en nuestra tarea.

Curioso sin límites, si había leído algo interesante o había descubierto un nuevo libro o había visto una buena obra de teatro, estaba deseoso de compartirlo con nosotros.

También, nos mostraba los “chiches” de sus nuevas máquinas (computadoras, filmadoras, de fotos). Un día - hace pocos años - me contó cómo, desde hacía tiempo,

cuando una película, concierto u obra de teatro lo habían conmovido, al llegar a su casa, se comunicaba vía Internet, con unos entrañables amigos en Europa, para contarles e intercambiar con ellos sus impresiones. ¡Fantástico, no!

Algunos sábados en la tarde, la Clínica se constituía también en lugar de encuentro, donde se elaboraban cursos, jornadas internas o jornadas con el equipo brasileño del Dr. Salvador Celia. Con éste, nos reunimos durante muchos años, alternando las sedes: Montevideo o Porto Alegre y, a veces, Gramado o Canela. Fueron momentos de intercambio enriquecedor, de esparcimiento y de notoria alegría.

En la Clínica de Prego se iniciaron los primeros cursos de Introducción a la Psicoterapia de Niños. Para algunos de dichos Cursos, se llegaron a entrevistar a más de 100 profesionales interesados en el psicoanálisis, que deseaban formarse a su lado.

Además, coordinó enormidad de grupos de estudio aquí y en el exterior. Parafraseando a C. Bollas, podría decirse que *se constituía él mismo en un “Objeto Transformador”*, de esto dan cuenta la enorme cantidad de generaciones, *de todas las disciplinas relacionadas con la salud psíquica del niño*, a los que él dio su saber con enorme generosidad.

Casi todos los grandes pensadores del psicoanálisis que visitaban el Uruguay venían a su Clínica. Personalmente, tuve la oportunidad de supervisar con Renata Gaddini y de presenciar una supervisión de otro integrante del equipo con Piera Aulagnier.

Por todo ello, la Clínica Prego se convirtió en un referente nacional. Trabajar allí, era un honor.

Su inquietud permanente y la capacidad de preguntarse siempre en forma libre, formaban también parte de su esencia y de su honestidad.

A través de las anotaciones en las historias clínicas, mostraba su *habilidad de observador y de investigador*. Se podía manejar en las entrevistas conjuntas de una forma que lo configuraban en *un psiquiatra y psicoanalista diferente*. Mientras él realizaba la entrevista con los padres, no descuidaba las palabras, actos o juego del niño, que lograba entamar al discurso de los padres. Prego producía, *usándose* para entender a los niños y a sus padres. Eso está registrado en las más de 2000 historias que forman su archivo.

Fueron muchísimos sus aportes teóricos, muchos pasarán de generación en generación transmitidos por los que tuvimos la suerte de ser sus alumnos, otros, han quedado registrados en innumerables trabajos expuestos y publicados en revistas nacionales e internacionales, solo mencionaré algunos:

Mucho antes que se ampliara a distintos cuadros nosográficos la psicosis del niño, Prego describió lo que él denominaba “**LO PSICÓTICO**”. Este concepto valiosísimo incluía una parte psicótica de la personalidad, que llevaba a lo que él denominó, *un “modo de vivir psicótico”*, que no entraba en ninguno de los cuadros clínicos descriptos hasta ese momento. Aún hoy, se ven pacientes difíciles de clasificar y persiste la utilidad de este concepto.

Su interés en los estados Psicóticos del niño surge de su estadía junto a Leo Kanner, que un joven Prego realizó, acompañado por su inseparable compañera Vida y

de sus dos pequeños hijos. Desde esa estadía, él decía que los niños psicóticos “iban hacia él”, se sentían “atraídos por él”. Nosotros bromeábamos en la Clínica, que si el niño se le sentaba en la falda, padecía una Psicosis.

Trabajó en este tema más de 50 años. Sus últimas opiniones sobre estos trastornos están publicadas en la entrevista realizada por colegas en las Jornadas sobre Winnicott, del año 2003. Ahí, nos dice con sagacidad:

“..... *Yo creo que, desde el punto de vista psicológico, hay una especie de punto débil constitucional que, en un momento dado, las circunstancias pueden favorecer el desarrollo de este trastorno, modificarlo, pero no suprimirlo*”... Cita a Winnicott, con el que coincide al decir que, “*lo constitucional es mudo y el ambiente lo hace hablar*”.

En otro aporte innovador, apoyado en tres casos clínicos, publica en 1972 un trabajo donde muestra la *forma en que las familias protegían su estructura, preservando el estado manifiesto de enfermedad en uno de sus miembros*. El valor de esta reflexión, manejada al mismo tiempo por autores franceses, está referido al momento histórico en que, en el Río de la Plata, se hacía un uso muy dogmático de la teoría kleiniana.

Otra de sus tempranas contribuciones tiene que ver con la aparición del “**Tú**” en el desarrollo del lenguaje del niño. Decía: “*Se me ocurre que hay todavía otra expresión de la actividad y del desarrollo psíquico, sobre la cual no se ha dicho casi nada*”. *Me refiero a la aparición del “Tú” como algo diferente del No-Yo y aún diferente del objeto.*

Muchos saben que él aconsejaba que, en toda consulta con niños, el Psiquiatra o el Psicoanalista deberían tener en cuenta que se está ante **tres niños**: *el relatado por los padres producto de las proyecciones de los mismos, el imaginado por el entrevistador en el que va a influir los aspectos propios del entrevistador y sus marcos referenciales, y el niño desconocido con el que se va a encontrar.*

Pienso que siempre estuvo atrás de ese niño desconocido, que le permitía a él seguir disfrutando con lo que iba a encontrar.

Desde 1965, en que conoce a D. Winnicott, en Amsterdam, nunca más abandonará su lectura y la trasmisión de sus ideas; se carteará con sus seguidores (entre los que se contaban, Masud Khan y Renata Gaddini); creará la Fundación Winnicott y expandirá el pensamiento de este autor, fuera de fronteras.

En las Jornadas en su Honor del año 2003 sobre el Pensamiento de Winnicott, “Violencia y Desamparo”, Prego ofreció una conferencia, con predominio de imágenes y sonido, que conmovió a los participantes, condensando -en forma magistral- la violencia y el desamparo de la humanidad a lo largo del tiempo. Al decir de Daniel Gil, luego de la misma: “*Fue un verdadero acto analítico*”.

Pero Prego no fue sólo un gran Maestro en Psiquiatría y Psicoanálisis. Es imposible dejar de glosar otros aspectos de su personalidad. Disfrutaba, desde siempre, de la música, la pintura, el cine, la literatura, el teatro, y, fundamentalmente de la familia y de los amigos.

Pocos sabían de su pasión por la fotografía. En una plaza de Bélgica, tres monjas del entonces Congo Belga, fueron atrapadas por su ojo de artista, en una

hermosa foto, que recibió un premio internacional en un concurso realizado por Nikon en Japón.

Sólo unos pocos sabían de sus condiciones de artesano. Vida me acerca una anécdota: Hace unos tres años, estando en un “Shopping”, Prego le dijo: *¿me acompañas a comprar algo? Vida se asustó, diciendo: ¡¡Zás!!! Otra máquina!!!.. y, así fue!! Compró una máquina para tallar y pulir vidrio, madera y porcelana, con la que hizo artesanías en distintos materiales, en los veranos de Portezuelo, en su querida casa “la Secreta”.*

Con extrema sabiduría y con el regocijo de los que aman la vida, transitó por ella siempre acompañado por su queridísima esposa y amiga: ***Vida.***

Hombre íntegro; Maestro indiscutido; Profesional admirable; Amigo entrañable; Esposo amante, Padre y Abuelo ejemplar, se alejó de nosotros con una muerte como la que él había querido; suave y en silencio, como la de su padre. Nos dejó tanto, que sus alumnos lo tendremos siempre presente a nuestro lado, y cada uno de nosotros – también en silencio– sabremos brindarle nuestro sentido homenaje y el reconocimiento profundo a su vida fértil.

Como le dijo su nieta a Vida:

“¿Sabes Baba, lo que tenía el TATA? ;;; cualquier cosa que te decía, te quedaba!!”.

Dra. María Cristina Martínez de Bagattini

Homenaje al Profesor Emérito Dr. Luis E. Prego Silva en el XII Encuentro sobre el pensamiento de D. Winnicott ¹

En nombre de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en este homenaje al Profesor Emérito Luis Enrique Prego Silva, quiero en primer término celebrar su presencia entre nosotros, y luego señalar que su trayectoria personal y profesional, ha sido un campo fértil donde los surcos sembrados, han hecho que su vida y la historia de los progresos científicos de nuestro país y del continente sean uno. En toda esta trayectoria fue acompañado por su compañera y esposa la Psicoanalista Vida Maberino.

Sin estos progresos hoy no estaríamos aquí como actores y testigos ya que somos herederos de *dos pre-historias, la del grupo del Hospital Dr. Pedro Visca y la del grupo fundador de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay A.P.U.*²

¿A qué me refiero? A que desde sus primeros pasos en 1948 como médico entra en contacto con el Prof. Julio R. Marcos en la “Clínica Médica Psicológica”, allí se comenzaban a estudiar los aspectos psicológicos de niños enfermos en un hospital de niños (H. “Dr. Pedro Visca”).

Acompañaron en estos tiempos al Prof. Marcos³, Luis E. Prego, Marta Nieto, Gloria Mieres, Isabel Plosa, Celia Porro de Pizzolanti, Vida Maberino, que al poco tiempo se integraron a la A.P.U. Cuando en el “Pedro Visca” se crea el curso de Psicología se recurrió para iniciar la docencia a los miembros de la APU, entre ellos se encontraban los Miembros Fundadores tales como: Laura Achard, Marta Lacava, Juan Pereira Anavitarte, y Mercedes F. de Garbarino, que habiendo sido integrante del curso, pasó a ser Supervisora de Psicoanálisis de niños.

Es en este fértil lugar donde el Prof. Prego, junto con su grupo, marcaron desde los orígenes como un elemento imprescindible en la formación de los analistas, al psicoanálisis de niños y adolescentes. Estas características trajeron aparejado un perfil especial en dicha formación.

En el momento actual los trabajos de Miembro Asociado de los futuros psicoanalistas se pueden formular indistintamente como procesos analíticos de un niño, un adolescente o un adulto.

En este entorno es que el Prof. Prego se encuentra con sus inquietudes y proyectos, que a partir de allí, nunca lo han abandonado.

En 1950 le surge la posibilidad de aspirar a una Beca de la OMS, resuelve ir con su esposa Vida y sus dos hijos (a pesar de que era una beca personal.)

En EE.UU. realizó cursos de Psiquiatría Infantil en el Hospital General de Cincinatti, en el Instituto para la Investigación de la Juventud de Chicago, y con el Prof. Leo Kanner en el John Hopkins Hospital de Baltimore.

¹ *Palabras de la Dra. Luz M. Porras, Presidente de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en el Homenaje al Profesor Emérito Dr. Luis E. Prego Silva realizado en el XII Encuentro sobre el pensamiento de D. Winnicott el 17- 18 de octubre de 2003. Torre de los Profesionales, Montevideo, Uruguay.*

² *“Notas y comentarios sobre los orígenes del psicoanálisis de niños en el Uruguay”*

³ *ibid de nota 2*

Dicha formación lo habilitó en el ejercicio de la Psiquiatría Infantil. Y es en ese caldo de cultivo que florece la idea de crear un ámbito que se ocupara íntegramente de la salud mental del niño, el adolescente y su familia.

El Prof. Prego pasó a ser el primer psiquiatra de niños del país ya que hasta ese momento éstos eran asistidos por psiquiatras de adultos.

Pero pasemos rápidamente a otro hito, otro bucle que marcó un rumbo en la historia de la Psiquiatría Infantil, ya que en 1955 completó su formación psicoanalítica en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Lo tenemos pues a Prego, con sus instrumentos en ambas manos, lo que le permitió darle a la formación de la psiquiatría de la infancia y la adolescencia un marco teórico con fuertes anclajes psicoanalíticos desde Klein, Ana Freud, Winnicott, Meltzer y autores vinculados a los desarrollos teóricos sobre la psicosis infantil.

En la A.P.U. fue analista didacta cumpliendo funciones docentes y de supervisión. Fue Presidente de la misma desde 1972 a 1974, además de haber sido Director de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Actualmente es Miembro de Honor desde 1997.

Con esta amplia e inédita formación concurrió durante 5 años como docente invitado por la Asociación Psicoanalítica de San Pablo, junto a su esposa, la psicoanalista Vida Maberino, a dictar Seminarios de Niños dando lugar allí a la creación de dicha especialidad.

La Psiquiatría Infantil

En 1952 funda en Montevideo el Servicio de Psiquiatría Infantil del Hospital Dr. Pedro Visca del Ministerio de Salud Pública ejerciendo el cargo de Médico Jefe, y pone en marcha el Post-Grado de Psiquiatría de la Infancia y la Adolescencia de la Facultad de Medicina, en ese momento ocupa el cargo como Director del Servicio.

Desde allí, da otro paso, que culminó su gestión con el reconocimiento por la Facultad de Medicina en 1974 de la especialidad a través de la creación de la Cátedra de Psiquiatría de la Infancia y la Adolescencia, reconocida como pionera en América Latina.

En 1979 a la edad de 62 años, en la dictadura militar, por discrepancias políticas renuncia a dichas funciones.

En 1976 con la fundación de la Clínica Prego, el Profesor traslada el modelo asistencial del ámbito público al privado, ampliando la gama de profesiones y estableciendo las bases de la atención multidisciplinaria.

En 1987 fue nominado como Profesor Emérito de la Facultad de Medicina.

En 1998 Recibió un Homenaje en Estocolmo, en reconocimiento al desarrollo y a los aportes en su especialidad en América Latina otorgado por la International Association for Child and Adolescent Psychiatry and Allied Professions (I.A.C.A.P.A.P.)⁴

Otras inserciones: en 1969 organizó y fue Presidente de Honor del 1er. Congreso Latinoamericano de Psiquiatría Infantil que se realizó en Punta del Este.

Ha sido pionero en la fundación de las siguientes asociaciones entre las que se encuentran: APPIA (Asoc. de Psiquiatría y Psicopatología de la Infancia y la Adolescencia), ocupando la presidencia en 1966. Miembro fundador en 1966 de SUPIA

⁴ Asociación Internacional de Psiquiatría de Niños y Adolescentes y Profesiones Afines.

(Sociedad Uruguaya de Psiquiatría Infantil). En 1987 fue co-fundador de la “Fundación Winnicott” en nuestro país.

Dentro de sus alumnos de la primera generación de Egresados se encuentran hoy entre nosotros: la Dra. Cristina Martínez de Bagatini, Miembro Titular de APU que integra la Comisión de Enseñanza como coordinadora del Claustro de Analistas. Y dos profesores que lo sucedieron en la Cátedra: el Prof. Miguel Cherro y el Prof. Alberto Weigle. La cátedra que pasó a designarse como “Cátedra de Psiquiatría Pediátrica”. También se encuentra entre nosotros el profesor que lo sucedió en el cargo, el Prof. Hoffnung.

Para finalizar señalaré con estas palabras que: *La conducta en su vida ha quedado esclarecida por la acción conjugada del deseo de saber y la posibilidad de realización, y cuando en esa empresa ha obtenido resultados ciertos, igual continúa trabajando acompañado por su compañera Vida como realmente ha sucedido.*

¡Muchas Gracias Profesor...!

Dra. Luz M. Porras

“El arrebató del mudo”.
En torno a la lengua y la melancolía.

Edmundo Gómez Mango¹

Estimados colegas, queridos amigos,

Agradezco mucho a la Asociación Psicoanalítica Madrileña², la invitación que me permite estar esta noche, y también mañana con ustedes.

Cuando me preguntaron sobre el título que podía dar a esta charla, se me ocurrió *La melancolía de la lengua, o Lengua y melancolía*. Es cierto que son ambos aspectos de la teoría y de la práctica psicoanalítica que he trabajado, y a los que vuelvo sin cesar. Pero a penas comencé a escribir esto que vds. ahora escuchan, el efecto de *après coup* fue para mí muy claro: estaba, ya en el pasado, ante el teclado del computador, como ahora en este presente que compartimos, pensando y escribiendo en castellano. El título estaba así determinado por el reencuentro con mi lengua natal y por la agradable sensación de recuperarla para pensar y escribir sobre psicoanálisis, lo que no es habitual en mi entorno profesional e institucional. Agradable sensación pero también extraña: recuerdo que escribiendo algunas notas para esta charla, quedé de pronto detenido ante la palabra “cada” y con una sorprendente especie de asombro y duda: “cada”, la sonoridad, la ortografía me parecían extrañas, era como una suerte de desvocalización o des-lenguaje, despersonalización lingüística de la palabra “cada”, o de mí frente a ell; la perplejidad duró unos instantes, y todavía me pregunto porqué fue dicha palabra y no otra la que produjo en mi esa sensación.

Que la lengua vehiculiza o mejor encarna la experiencia de lo natal me parece una evidencia. Uds. recuerdan la anécdota contada por Freud en “El chiste, (el *Witz*, tan difícil de traducir) y su relación con el inconsciente”: El destacado obstetra que debía atender el parto de la baronesa declara que no ha llegado aún el momento y propone al barón de esperar jugando a las cartas en la habitación contigua. Al cabo de un cierto tiempo, la baronesa se queja en francés: *Ah, mon Dieu, que je souffre!* El barón salta de su asiento, pero el médico le hace señas de proseguir el juego. Pasan unos minutos más y los dos hombres escuchan nuevamente la queja, esta vez en alemán: *Mein Gott, mein Gott...* “¿Ya es el momento?” pregunta ansioso el marido, y nuevamente el médico contesta por la negativa. Al fin se escucha una queja en yiddisch: “*Ai waih, waih!*”. El médico arrojó las cartas sobre la mesa y dijo: “Es el momento”.

Los que han trabajado con pacientes bilingües saben que llega un momento, a propósito de un sueño o en el curso de un movimiento regresivo hacia lo infantil, en el

¹ *Presidente saliente de la Asociación Psicoanalítica de Francia. Miembro pleno de la Asociación Psicoanalítica de Francia. 150 avenue du Maine, 75014 France. Mail : edmundo.gomez@wanadoo.fr*

² *Conferencia dictada en la sede de la Asociación Psicoanalítica de Madrid el 27 de Junio de 200.*

que las representaciones que atraviesan la conciencia del analizando deben expresarse en la lengua que llamamos materna o natal.

Pienso en una paciente, nacida en Egipto, llegada a Francia cuando tenía tres o cuatro años de edad, que recordaba sus sentimientos de vergüenza cuando fue escolarizada en un establecimiento francés. Definía su estado como “una vergüenza de existir”.

No entendía lo que sus compañeritos decían, miraba el rostro de la maestra que se acercaba al suyo, pero tenía la sensación que una nube o bruma, las separaba, y que esa niebla estaba constituida por la sonoridad de las palabras en francés. En períodos de su tratamiento, particularmente difíciles, cuando habla en las sesiones, siente el francés como artificial, lejano. Le gustaría expresarse en su lengua natal, que ya no habla casi pero que entiende cuando por ejemplo sus padres se reúnen con compatriotas. Esta despersonalización lingüística, más persistente que la que yo mismo experimenté, se da en un contexto de trastornos narcisísticos muy marcados.

Esta paciente, de unos treinta años de edad, vino a consultarme hace unos cuatro años, por un intenso estado fóbico: le era muy difícil salir de su casa, apenas si podía concurrir a sus cursos (terminaba estudios universitarios superiores); vivía una situación de pareja conflictiva e insatisfactoria: casada desde hacía diez años, no experimentaba ninguna sensación amorosa con su esposo. Este jugaba un rol maternal evidente asistiéndola en todo lo que podía.

No puedo relatar la evolución de este caso, atravesado constantemente por situaciones pasionales violentas: se separó de su marido, pudo vivir sola, pudo comenzar a trabajar, terminó sus estudios.

Se enamora intensamente y crea luego situaciones que se vuelven insostenibles para el compañero: escenas de celos, de angustia, solicitudes de un amor infinito que terminan siempre en la ruptura.

El por momentos intenso desvestimiento del lenguaje al que aludí se da en el contexto de una pasión amorosa como nunca había vivido antes. Cree haber encontrado al hombre de su vida, un artista conocido, de mucho éxito, y que según ella reúne todas las cualidades del ser amado ideal. Pocas veces había podido seguir en el curso de una relación analítica un proceso de enamoramiento acompañado de una idealización tan intensa del objeto o del ser amado.

El estado pasional la hace regresar a síntomas que parecían superados. Falta con frecuencia. La fobia de los transportes ha reaparecido. (Había podido sobrepasar la del metro y del autobús en el interior de París, pero se trata ahora del RER para llegar a su trabajo en una zona sub-urbana cercana de París). Nota que el desplazamiento de la mañana le es más fácil que el vespertino, el de regreso: debe esperar que un compañero de trabajo salga y tome el tren con ella. Se da cuenta que es cuando viene directamente del trabajo a la sesión que el miedo es más intenso. El corazón comienza a palpar muy fuerte, cree que va estallar, tiene que descender si no hay alguien a su lado. (Al comienzo del tratamiento tomaba betabloqueantes, la taquicardia la paralizaba). “Estoy enamorada, dice, lo amo infinitamente. Nunca amé así a un hombre. Lo admiro, es todo para mí, estoy dispuesta esta vez a no hacer ninguna escena, a no pedirle nada, a acceder a todo... El no cree en el amor, es un solitario, le basta su trabajo, trabaja 10, 12 horas por día, pinta y dibuja todo el tiempo... Piensa que todo es efímero y que el amor como todo pasa y se va. Pero al mismo tiempo estoy infinitamente triste, él trabaja y yo estoy en la pieza de al lado inmóvil, apenas respiro para no molestarle.

Pienso en él todo el tiempo, no puedo estudiar ni escribir, ¿por qué cuando amo me siento tan triste? (yo me digo: es la imagen de morir de amor, ella muere cuando ama... un poco como la tribu árabe de los Azra, cantada por Heine, y evocada por Freud,

“que siguen en la muerte a los que aman”³); “yo quisiera desaparecer (continúa, confirmando mis asociaciones), quisiera transformarme en él, o meterlo dentro mío (yo pienso : es ella la que muere identificándose al otro admirable, elle debe desaparecer en el ideal del yo que ha proyectado en el hombre amado). Vd. ya no puede ayudarme, el análisis no podrá curarme de este mal de amor, estoy vacía, me cuesta venir, sólo me interesa él, y no yo ni mi análisis, ni Ud. Cuando estoy con él me siento vacía, tonta, no tengo ningún recuerdo, todo se borra, soy puro olvido”. Hubo un largo silencio. Yo no podía decir nada. Me estaba identificando con ella, con su melancolía amorosa. Sentí que los años de análisis podrían también perderse, ser efímeros y no dejar nada. Que ella podía abandonarme, matarme como analista y dejar su análisis inconcluso, que yo y el análisis caíamos o éramos abandonados por ese movimiento intenso de despojo de los objetos para concentrar todo su amor y todo su odio en el hombre amado. Luego recuerda un sueño, que había olvidado, y cuyo recuerdo resurge en la sesión:

“Estoy con él, en El Cairo, en una casa, un hombre entra en ella, yo lo incito a matarlo, él lo mata. Hay que envolverlo en un plástico para que el cuerpo se disuelva y desaparezca”. Asocia entonces con uno de sus primeros sueños en análisis: con su ex marido matan a su padre, lo hacen desaparecer envolviéndolo en bolsas; un obrero portugués aparece luego con un pullover rojo, «era de mi padre, era la prueba de su asesinato, no habíamos podido borrar las trazas del crimen. El portugués: ud. me dijo: quizás sea el analista que le recuerda las trazas de antiguas pasiones”. Un poco antes de esta nueva reencarnación de la antigua pasión, yo había escrito en mi cuaderno de notas: (no sabía todavía que iba a elegir como tema algo relacionado con la lengua y la melancolía) “Sobre la melancolía analítica, la lengua de la melancolía en análisis: melancolía de los imagos muertos, incrustados en esta paciente, que resucitan y vuelven a morir; sobre todo el padre muerto, asesinado por el odio, padre melancólico que revive, resucita y que no cesa de acecharla, de provocarla, de excitarla en forma maníaca; fobias implacables, crueles, que le impedían salir al exterior; frígida, estéril, alucinada en la figura del padre fracasado, impotente, castrado y al mismo tiempo tiránico y todo poderoso”. El padre, en el relato de la paciente, es un intelectual exilado vivió en el fracaso de sus ideales políticos, se alcoholizaba con frecuencia, se encerraba a escribir un interminable libro que nunca pudo publicar. Frecuentemente desaparecía algunas semanas y nadie sabía nada de él. Muchas veces la paciente narró escenas de verdadera fascinación entre el padre y la hija: él le hablaba sin cesar, quería comunicarle todo lo que sabía, sabía de todo, quería forjarla a su propia imagen, modelarla; ella, en silencio miraba su boca, sus labios, embelesada... La madre, muy bella, es recordada como una mujer deprimida, dependiente de su marido, a pesar de que éste la abandonara varias veces, la primera algunos meses después del nacimiento de la paciente. El padre, hace algunos años, regresó a Egipto con otra mujer, la mejor amiga de la madre.

En esta escena, y en otras del mismo tipo, puede entreverse el núcleo narcisístico melancólico que estructura y desestructura la actividad psíquica de la paciente: ella se mira en el padre, encuentra en su rostro lo que en él ha proyectado, lo que de él ha recibido como mensajes enigmáticos, traumáticos, excitantes. En la fascinación, ella está como al borde de sí misma, toda la libido parecería acudir y reunirse, aglomerarse en la avidez del deseo que la lleva hacia el otro. Podría hablarse de *ek-stasis* narcisístico, donde la libido abandona al amante para desbordarse totalmente en el amado. El *ek-stasis* místico y poético responden a esta misma estructura aunque se

³ S. Freud, «Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte» (1915),. Obras Completas, Amorrortu, TXIV.

diferencian de la idealización por la creación de un objeto mediador y exterior, el poema⁴.

La melancolía amorosa: era una figura típica de la psiquiatría del Renacimiento. Hace poco se editó en francés el célebre libro “La anatomía de la melancolía” de Robert Burton; el libro mismo, en tanto que cosa, es un objeto melancólico: tres grandes volúmenes de tapas negras encerrados en una caja negra. Melancolía amorosa: el amor, el proceso apasionado de enamoramiento se acompaña de un movimiento paralelo de melancolización de quien ama. Fueron los poetas, los “adelantados” del conocimiento del psiquismo, como lo sostuviera Freud, quienes se aproximaron por primera vez a este extraño fenómeno, describiéndolo y asiéndolo en las formas del arte. Toda una sección del libro de Burton está dedicada a la Melancolía amorosa, que algunos autores también llamaban melancolía erótica. Burton afirma sin ambages: “el amor es un tipo de melancolía”.

La relación íntima entre el estado amoroso y el duelo ha sido señalada por Freud. El suicidio y el estado amoroso extremo son dos manifestaciones del “poder del objeto” sobre el yo: “en estas dos situaciones opuestas, “aunque por vías totalmente diferentes, el yo es aplastado por el objeto”⁵. En el suicidio, el yo que se ha identificado con el objeto perdido, es maltratado hasta la muerte; el yo se trata a sí mismo como un objeto, dirige contra sí el odio que se orientaba hacia el exterior. En el enamoramiento extremo, toda la libido parece abandonar el yo para depositarse en la imagen que éste ha proyectado sobre el amado, al mismo tiempo que se vacía, se empobrece, volviéndose la presa del odio del superyo exacerbado y crítico por un lado, y por otro, de la hostilidad que no puede investirse y que se torna contra el yo mismo. El yo del amante se desintegra, es aplastado, por el amado idealizado, todopoderoso, dispensador de vida y muerte. La progresiva teorización de la segunda tópica permite desplegar el juego complicado de las diversas instancias psíquicas, de sus relaciones e interpenetraciones.

En *Psicología de las masas y análisis del yo*, en el capítulo intitulado “Estado amoroso e hipnosis”⁶, Freud aporta nuevos elementos para explicar o comprender esta muerte de amor, suicidio o sacrificio amoroso. Partiendo del proceso de idealización del objeto amado, Freud insiste en demostrar como este último es tratado como si fuera el propio yo, y que una parte de libido narcisista ha desbordado hacia el objeto. La intensificación de este movimiento hace que el objeto amado se vuelva cada vez más espléndido, más atractivo y que el yo por el contrario se empequeñezca, perdiendo toda exigencia, renunciando a toda crítica. “El objeto, dice Freud, ha absorbido al yo”, el autosacrificio de éste es una consecuencia natural.

La tensión, la contradicción inherente a este movimiento de posesión - desposesión es intensa e inestable: el yo trata al objeto como a sí mismo, lo invade con su libido narcisista, pero el objeto lo absorbe totalmente y lo desposee, lo vacía de libido amorosa, no quedándole más que odio contra sí mismo. Freud, desde el punto de vista tópico, intenta resumir o sintetizar la situación del estado amoroso extremo en esta frase: “el objeto ha ocupado el lugar del ideal del yo”. Uds recuerdan el desarrollo posterior de Freud para diferenciar identificación e idealización amorosa. Y si bien tópicamente, las diferencias parecen claras, (en la identificación el yo introyecta y se enriquece con cualidades del objeto, en la idealización se abandona al objeto empobreciéndose hasta la extinción de sí), desde el punto de vista económico nada es

⁴ *Sobre el éxtasis poético, cf. el capítulo intitulado «L'éphémère demeure» de mi libro La mort enfant, Gallimard, Paris, 2003.*

⁵ S. Freud, “Duelo y melancolía”, Obras completas, Amorrortu, T.XIV.

⁶ S. Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*[1921], Obras completas, Amorrortu, t. XVIII, p.105 y sg.

tan claro. “No se trata, dice Freud, de enriquecimiento o empobrecimiento”, puesto que también puede describirse el estado amoroso como una introyección del objeto por el yo. Lo esencial estaría determinado por el destino mismo del objeto: en la identificación, el objeto se ha perdido o se ha renunciado a él, y ha enriquecido al yo modificado por la introyección; en la idealización amorosa, el objeto es conservado y sobreinvertido por el yo a sus expensas.

Volviendo a la paciente que ya he evocado, la dimensión transferencial de su pasión amorosa, de su melancolía erótica puede darnos alguna otra pista. El analista piensa y siente, es activo y pasivo con respecto a la experiencia de la transferencia; el analista intenta forjar, pero también: deja formarse en él, algo que podría denominarse una *construcción vivencial* de lo que la paciente transmite con esta nueva experiencia amorosa que parece conducirla otra vez al fracaso. Escuchándola, yo fantaseaba, adivinaba, construía algo que puedo narrar así: la paciente pretende demostrar al analista que él es impotente, que el objeto más poderoso al que ella se somete, con la ilusión de recrearlo y reternerlo para ella sola, aunque esto signifique el desastre, es el padre arcaico, el padre al que no puede renunciar de poseer y de ser por él poseída.

La pregunta que debe estar, creo, en el horizonte del análisis es la siguiente: ¿qué es lo que la paciente está repitiendo, qué es lo que está *actuando*, en el sentido del *agieren* freudiano? De otra manera: una de las tareas del analista es la de poder adivinar o construir, también fantasear aquello que de lo infantil, se encarna en el mensaje transferencial del paciente pero que no puede decirse ni rememorarse. Esta paciente, con la voz a menudo entrecortada por sollozos, parece ser realmente una niña de 4 o 5 años de edad; su presencia en la sesión, frágil y grácil está como atravesada por lo infantil todopoderoso del que no puede deshacerse. La modalidad de su vivenciar (*Erlebenisse, erleben* que Ortega y Gasset tradujera de manera magistral por vivencias o vivenciar, vocablos que no existían antes en la lengua castellana) así como el sentido que podemos atribuirle a sus fantasmas omnipotentes, es la repetición de lo infantil, lo demoníaco de la compulsión de repetición.

Me ayuda a pensar analíticamente esta situación consideraciones de este tipo: el yo de la paciente quedó como capturado en la imagen de la niña que creía, pretendía o deseaba fascinar al padre; en otro momento anterior del análisis (lo que demuestra que la tarea es dura y que no basta con esclarecer el material con alguna de las construcciones-ficciones que podemos forjarnos) la evocación de una escena de fascinación padre-hija había sido muy intensa, y ella mismo pensó que había tocado algo muy importante; yo pensaba que habíamos podido construir- adivinar una de las identificaciones de su yo infantil de la cual le era muy difícil separarse. Parecería que en la repetición del fracaso amoroso ella se convence de que él, el padre, sigue estando vivo dentro de ella, que no la abandona, que la hace sufrir intensamente pero que ello es preferible al horror de un desprendimiento de ese objeto arcaico amado y odiado. En la repetición, en el *agieren* de la sesión, ella me transmite esta vivencia: “él es más fuerte que Ud. y que todos los otros hombres. Yo, la niña capaz de seducir y retener a mi padre dentro mío y conmigo, amándonos y odiándonos a muerte, soy también más fuerte que Ud. y que el análisis”. Cuando después del silencio, en la sesión, recuerda el primer sueño- asesinato del padre, es como si me dijera: “No, no había muerto, es necesario que lo mate otra vez, cada vez que estoy con otro hombre”.

Esta paciente plantea el difícil manejo o trabajo transferencial con casos de estructura narcisística marcada. Adhieren al analista y al análisis pero superficialmente. La investidura libidinal de la que son capaces es a la vez intensa pero frágil. Esta paciente, a la que creo que es posible atribuirle una atadura intensa y dolorosa a sus imagos más primitivos, es la que concientemente puede decirme: “Es sorprendente, no extraño para nada a mi padre; se fue hace años, no me escribe, no me habla por teléfono,

y nunca pienso en él, me es indiferente”. Por un lado, entonces, encarnizamiento en el trato de los objetos más primitivos, infantiles, y por otro, ataduras intensas pero superficiales y débiles con los objetos reales.

Esta pulsión de muerte que se manifiesta en su autodestructividad, en la hostilidad hacia el análisis y el analista, está, claro, intrincada con la pulsión amorosa, y yo diría, en esta paciente que pasa tan cerca de la muerte psíquica, con la pulsión de vida. A pesar de sus ausencias repetidas, a pesar del feroz combate pulsional e identificadorio en el que se debate, era capaz de mantener un vínculo vivo y esperanzado con el análisis, y ha sabido múltiples veces reconocer lo que el trabajo analítico le aportaba.

Creo que se ha insistido demasiado con la contra-transferencia, que por momentos parece ser más importante que la transferencia del paciente sobre el analista; me siento más cómodo, sigo aquí a François Gantheret, pensar en términos de transferencia del analista sobre el paciente o entramándose y co-respondiendo a la transferencia del paciente. Lo que la paciente puede hacer sentir o imaginar al analista, depende en gran parte de la “capacidad negativa”(Keats) del analista. Esta noción del joven poeta romántico que se encuentra en una de sus cartas dirigidas a su hermano y su cuñada ha sido evocada por varios analistas (Bion creo que fue el primero, también André Green y otros). El poeta la caracteriza así: “Muchas cosas se han reacomodado en mi espíritu, y comprendí de golpe cual era la calidad necesaria para formar un Hombre de Realización, sobre todo en literatura, cualidad que Shakespeare poseía en el más alto grado- y es la Capacidad Negativa (Negative Capability), es decir la capacidad que tiene un hombre de permanecer en medio de las incertidumbres, de los misterios, de la duda sin ser coaccionado por la necesidad de llegar a los hechos y a lo razonable (without any irritable reaching after fact and reason)”.

Es impresionante pensar que Keats tiene sólo 22 años cuando escribe esta carta (21 de diciembre de 1817), y que la muerte lo cogerá por la garganta pocos meses después (tuberculosis laríngea) y terminará con él en Roma en 1821, a los 26 años. Había solicitado a sus amigos que sobre su tumba pudiera leerse este epitafio: “Here lies One whose Name was Written in Water”, “Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua”. Es una bella imagen de la melancolía de los nombres que se escriben sobre la arena o sobre el agua, en lo efímero y que a la vez sobreviven. Las palabras que se dicen en la sesión tienen también este destino de lo efímero: algunas quedarán en las memorias de los protagonistas, se transformarán para el analista en notas de reflexión o de evocación clínica y la mayoría, como escritas en el aire, desaparecerán en el olvido. Otro destino de las palabras en el aire del análisis (“Lo profundo es el aire” decía Jorge Guillén, y lo recordaba en sus inmensas y a la vez ligeras obras escultóricas el gran artista vasco, Chillida), otro destino es lo “profundo” de la perlaboración analítica.

La “capacidad negativa” es entonces para el analista la capacidad primeramente de acoger la palabra del paciente, de no “resistir” al mensaje que viene del otro, por ejemplo con intervenciones frecuentes que cortan el discurso y transforman las sesiones en el juego del aquí y ahora de la transferencia-contratransferencia, en un ping-pong que sólo es capaz de elaboraciones defensivas y superficiales. El “interpretar” se pone así al servicio de la resistencia del paciente y sobre todo del analista. La capacidad negativa crece en la escucha, la atención flotante del analista, en su silencio que es otra modalidad de la palabra y no su ausencia. Es necesaria para que en ella pueda funcionar y crecer “El Hombre de realización” de Keats, el poeta, en el sentido, en el campo del análisis, no de hacer poesías, versos u obras, pero si poësis, es decir entregarse a la poësis de la lengua, a la fábrica de realización de la lengua, la creación de asociaciones, de metáforas, de analogías, en la que se forjará la interpretación analítica.

La “capacidad negativa” es lo que permite al poeta, según Keats, abrirse a lo intenso. En otras de sus cartas (21.12.1817) se queja ante un cuadro de West, de no encontrar nada que lo exalte (nothing to be intense upon), por ejemplo ninguna imagen de mujer que inspire la loca impulsión de besarla, ningún rostro que irrumpa como una irrealidad inesperada. Y agrega: “La excelencia de cada arte es su intensidad, capaz de hacer evaporar los elementos desagradables poniéndolos en relación íntima con la belleza y con la verdad.” Lo intenso es por ejemplo el brillo de los ojos de un armiño o de un ratón campesino que buscan la presa, el brillo que alumbra los ojos de un hombre solitario que vaga en las calles de la ciudad. Atrapar en la obra lo intenso: esa es la misión del artista, aunque lo intenso surja en la búsqueda cruenta de un animal ávido de alcanzar su víctima.

El analista está también al acecho de lo intenso: el punto de vista económico no puede dejarse de lado; el deseo inconsciente intensifica tal o cual representación, aunque sabemos que el desplazamiento de las intensidades es una de las operaciones de la astucia de lo inconsciente y también el resultado de la censura. “No todo lo que brilla es oro”, pero el brillo de lo intenso nos dice que el oro hay que buscarlo en alguna parte.

Lo intenso surge muchas veces en el sueño como imagen cromática acentuada. Freud consideraba su sueño conocido con el título de “Un castillo al borde del mar”⁷, “como el más bello y el más vivo” de cuantos había recordado. Le sorprenden los colores, el azul oscuro del mar, el humo marrón de las chimeneas, el rojo sombrío de los navíos; gran parte de la “belleza cromática del sueño”, o de su “esplendor coloreado” provenían de percepciones vivas de la víspera. Pero este sueño es evocado por Freud para ilustrar cómo el trabajo onírico tiende a reprimir los afectos hasta volver el sueño indiferente, cómo el proceso onírico separa fácilmente el afecto del pensamiento que lo había inspirado. El sueño recoge una feliz reminiscencia (el almuerzo con su hermano a bordo de una embarcación que atravesaba una laguna desierta) pero esconde “tristes alusiones a un futuro desconocido y extrañamente inquietante”. El sueño más hermoso y más vivo es a la vez un sueño de la propia muerte de Freud. (Freud aparece en el sueño como el reemplazante del gobernador del castillo, éste muere en sus brazos cuando comienza el ataque de los barcos enemigos; pero el análisis muestra que el gobernador muerto es el soñador mismo, atormentado por la idea de una muerte súbita y del destino sombrío de su familia).

En otras de sus cartas y un poco en la misma línea de la precedentemente citada, Keats afirma la naturaleza camaleónica del yo poético: “En lo que concierne el carácter del poeta [...] ese carácter no existe en sí mismo -no tiene un yo - es todo y nada- no tiene nada propio -goza de la luz y de la sombra- saborea la vida, ya sea innoble o bella, noble o vil, rica o pobre, mediocre o elevada. Experimenta una alegría igual en concebir a un Yago o a una Imogenia. Lo que choca al filósofo virtuoso arrebatado al poeta camaleón”⁸. El analista participa de este carácter camaleónico: debe abandonarse a la corriente de pensamiento del otro, escucha igualmente, con atención igual, lo más vil y lo más elevado del espíritu, acepta el bien y el mal, debe analizarlos de la misma manera ; abandona en cierto modo su identidad propia para dejarse ocupar por la de sus pacientes. Podría pensarse en una especie de identidad melancólica del analista, que se identifica con los objetos del paciente para comprender, para asir sus identificaciones y poder analizarlas. Podríamos también con Baudelaire, hablar de la prostitución del alma. El analista conoce a lo largo de una jornada de trabajo, sentado en su sillón mientras los diferentes pacientes pasan sobre el diván, una suerte de despersonalización

⁷ S. Freud, *Obras completas, La interpretación de los sueños*, T. V, Amorrortu, p.461 y p.540.

⁸ Cito a John Keats a partir de la edición bilingüe, *Poèmes choisis*, Aubier Flammarion, Paris 1968.

transferencial: cada paciente exige de él escuchas diferentes, recurrir a diversos estratos de su memoria y de su afectividad. Debe alejarse de sus intereses más vivos e inmediatos (aunque estos vuelvan a irrumpir en sus asociaciones) para disponer de sí para el otro: es permanentemente alterado por el otro y es en esa alteración o alienación de sí en la que puede trabajar imaginativamente consigo mismo y para el otro: “fantasear” con sus asociaciones las del paciente. Alguna vez pensé que algo de las heteronimias de Pessoa se jugaba en la disponibilidad de la escucha analítica: el paciente como un heterónimo que llama a un heterónimo del analista, la transferencia como una heteronimia compartida.

A veces el discurso sin resonancia inconsciente de un paciente me hace recordar al loro de Humboldt. En una carta a Fliess, Freud hace alusión a la leyenda contada por el infatigable viajero en su libro sobre “Las cataratas del Orinoco”. Los indígenas Guarecas recordaban que los Aturer (otra tribu indígena) asediados por sus enemigos habían debido refugiarse en las cataratas; pero no pudieron resistir mucho tiempo. El único sobreviviente fue un loro, que repetía sin cesar palabras y frases en lengua asturer, y nadie, claro está, podía ya comprenderle.

Una lengua muerta que sólo puede repetirse sin que nadie la entienda: es una imagen que puede acercarnos a la problemática de la lengua muda del infans, del hijo de hombre que escucha, que está impregnando de la lengua sobre todo materna, que está desbordado por la vivacidad de los mensajes sensoriales que recibe, así como por la pulsionalidad naciente de su psyché en formación.

En el prólogo a la Anatomía de la melancolía, Jean Starobinski (autor de notables trabajos sobre la nostalgia y la melancolía) señala: “La idea más admitida (en el Renacimiento tardío) es que las lenguas antiguas están dotadas de una energía superior a la de las lenguas vernaculares (lo que sería la expresión) de un sentimiento de inferioridad melancólico... de toda una época... ésta convicción puede llevar a un borramiento de sí y a una dependencia”.

También, señala Starobinski, los fenómenos de tesaurización, de relleno de la lengua por una substancia extranjera, pueden condicionar fenómenos de exasperación y un deseo de hacer tábula rasa. Digamos que a nivel lingüístico, en el proceso traductivo de la civilización, se reconoce entonces una lengua arcaica, una lengua muerta, como se llamaron al griego y al latín, a las que se supone conservar una poderosa energía intelectual. Las raíces griegas y latinas de las palabras le confieren como un substrato antiguo, reprimido en el presente del habla, inconsciente en el uso cotidiano, pero que está allí, disponible. La búsqueda de las etimologías, muchas veces azaroso e improbable, como las de Isidoro de Sevilla, o las del mismo Heidegger, es sin embargo una «invitación al viaje», a descubrir la imaginación de la lengua, o lo que Pierre Férida llamaba el epos del lenguaje.

Reflexionar sobre ese estado tan particular de la lengua que se nos ofrece en el poema, puede ayudar a pensar esta problemática de las lenguas muertas en las que se arraigan las palabras vivas, o de la lengua muda del infans y su posible, aunque siempre incompleta, inacabada traducción. Intenté hacerlo a propósito de algunos poemas de Octavio Paz, en el capítulo “El país natal” de La muerte niña. La palabra en el poema parece buscar un estado primordial de la lengua, su violencia prístina y salvaje, que presentimos como apenas domesticada por el ritmo y la rima (quizás el ritmo sea el elemento esencial de esta lengua primitiva y nativa reencontrada por la poesía). Se puede pensar en una especie de estado pre-traductivo de la lengua. El núcleo del poema, pero también quizás el del sueño, es un objeto pre-traducido o pre-traducible. Por un lado, es sorprendente el hecho de que por esencia, una lengua es traducible a otra lengua, y que no podamos concebir una lengua que fuera intraducible. Como si lo

radical, la raíz misma de la lengua fuera así la traducción o su traductibilidad. Como si el infans pasara primeramente por una etapa de traductibilidad silenciosa donde se forjaría la matriz de la lengua; primero el infans traduce y luego habla. O quizás, sin cronologías inverificables, el infans abandona progresivamente su mudez traduciendo hablando. Podría afirmarse que, para el niño que aún no habla pero que ya entiende, la primera modalidad de acceso al lenguaje, su primer modo de habitar la lengua que lo envuelve y lo penetra, se asemeja a este estado de pre-traducción al que me refiero.

En el sueño, los pensamientos que el trabajo onírico mezcla, condensa, desplaza, revierte en su contrario para escapar a la censura, la transformación de ese magma de representaciones inconscientes que se transforma en imágenes visuales, puede también ser considerado como un material a traducir, un estado de una lengua onírica pre-traductible. En esa actividad también muda, se forjan, por la alquimia regresiva alucinatoria, las imágenes visuales, el rébus o jeroglífico que contará el relato del soñador, una vez que el sueño ya se ha desvanecido. Es importante insistir en lo siguiente: el sueño como prototipo de lo psíquico porque sólo se puede concebir, pensar o relatar cuando se ha ausentado.

Sólo podemos hablar de él cuando ya no está.

Freud sostenía, con algunos lingüistas de su época, que las lenguas son capaces de reprimir los valores primeros de la palabra, concretos, onomatopéyicos, sexuales. La pre-historia de las palabras conserva la sexualización del estado originario de la lengua, lo primitivo del hablar originario. El deseo inconsciente, la energía presentificadora que puja para acceder a la escena consciente, aprovecha este sexual originario preservado en las palabras, pretende reavivarlo para satisfacer sus propios fines. Las palabras pálidas, abstractas, desencarnadas por la usura, por el pulido de la acción educativa, también ellas pretenden, cuando el deseo infantil las reaviva, retomar vida, expresarse, volver a la expresión originaria por la que manifiestan su arraigo sexual. Nos parece a veces escuchar en la lengua la actividad de los fósiles activos, la inquietud, la intranquilidad de nuestro primer hablar.

La traza mnésica inconsciente, “ese estado de excitación particular” (Freud), puede volverse activa, productiva, preserva la “cualidad” en ese reino sin cualidades de los pensamientos inconscientes, la capacidad de conservar las impresiones del pasado.

Este estado pre-traductivo, esta traductibilidad originaria, puede también servirnos para pensar algunos aspectos de la transferencia. Debo esta sugerencia a Michel Gribinski que intenta aproximar traductibilidad y transferencia. Gribinski señala: “...entre la traductibilidad, su movimiento hacia, su intención compleja, su desconocimiento -incluso-, su apetencia de apropiación, y la transferencia, existe un vínculo poderoso”. Ambos son, agrega, “dos capacidades humanas prehumanas, dos movimientos hacia lo viviente que quizás no sean más que uno, y los dos primeros opuestos a la actividad del acto reflejo replegado sobre su propia conservación”⁹. En la relación transferencial la palabra dice un discurso interior, exterioriza la interioridad del sujeto. La “asociación libre” intenta abrir este estado de la palabra a una actividad lingüística más móvil, desenclavada, que va y viene como a la búsqueda o como huyendo de otro estado de la lengua todavía no dicho, no traducido, en cierto modo mudo, que intento caracterizar con el término de traductibilidad o traductible: está allí, sin palabras, pero es ya de algún modo palabra, intención de transformarse en ella. Estaría cerca de la actitud del adivinar, del erraten, sobre la que insiste Gribinski y a la

⁹ Michel Gribinski. *Les séparations imparfaites, Connaissance de l'inconscient*, Gallimard, 2002, p.90.

que Giorgio Vassalli dedicara un muy interesante artículo publicado en el primer número de la revista *penser/rêver, L'enfant dans l'homme*¹⁰.

L'emportement du muet, que podría traducirse El arrebató o el transporte del mudo: así se llama un libro de André du Bouchet, que recoge prosas y poemas de diferentes épocas¹¹, Pierre Fédida era amigo personal de este escritor, le dedicó algunos trabajos en los que su palabra, tan cercana, siempre, a la poësis de la lengua, a esa región del lenguaje donde las palabras sueñan y donde el sueño habla, escribió, en unas páginas denominadas *Géologiques de l'air* (Geológicas del aire): *La materia de interlocutor es el lenguaje -aunque no quede más que un fragmento... Cerca de André du Bouchet- lejos. Pues la escritura es aquí la sola lectura que conviene al lenguaje, en el tiempo distante del arco tendido del mudo de las palabras. Y agrega, más lejos: La tectónica del lenguaje abre, corta, talla, da vuelta, vira, sube y cae, estalla y apacigua... Las palabras llevan en su garganta los planos, líneas y volúmenes de surgimientos. Escuchar/leer hace venir del aire las geológicas del brazo y del torso, del hombro y del rostro, de la espalda y de la cara, del pie y de la cabeza. La memoria del lenguaje recoge de la lengua todos los tonos que se llaman quizá afectos*¹².

De la extrema condensación metafórica de este párrafo, podemos, creo entender lo siguiente: la escucha puede captar la materia del lenguaje que es esencialmente para el analista (y también para el poeta) interlocución. La escritura, no solo la del comentario que pretende aprehender la palabra del poeta, sino también la del analista cuando intenta re-escuchar la ficción que escribe evocando las palabras dichas en el aire del análisis, penetra en la tectónica del lenguaje, en su estructura palabrera, en sus tensiones internas, intencionales, en las dislocaciones y los plegamientos de su corteza, sintácticas, asociativas, retóricas. La voz hace surgir el cuerpo y su figura, su memoria y su deseo. El lenguaje es memoria y la lengua la recuerda en la temporalidad de su presente hablado, su afección y su afectividad.

J.B. Pontalis se pregunta en un capítulo de un reciente libro colectivo intitulado *Parler avec l'étranger* (Hablar con el extranjero): “¿Escribir para sí? ¿Soñar para quién?”. En el desarrollo de ese trabajo Pontalis invita a considerar al sueño como un mensaje que nos dirige un visitante nocturno. Y la intimación del mensaje dice lo siguiente: “No olvides al niño que fuiste, que eres todavía”, “Da la palabra al *infans*”¹³.

Por su lado el poeta André du Bouchet anota:

por poco que esté en la lengua

-yo, no la persona del otro-

Invariablemente soy en la lengua el mudo.

Es esta una imagen que me parece de un extraordinario alcance, para meditar con los ojos cerrados para mejor hacer emerger esta impresionante figura: el poeta es el mudo, el pasajero atónito, un clandestino, que la corriente del lenguaje transporta y arrebató golpeándose contra las palabras para hacer resonar la «música callada» de la poesía.

Escuchar al mudo, escuchar al *infans*, a la lengua muda, atónita que va en la lengua viva como su pasajero desconocido y extranjero, clandestino: ¿no es esa acaso la escucha fundamental e imposible del analista?

¹⁰ . Giorgio Vassalli , « La psychanalyse naît de l'esprit même de la technique grecque », in *penser/rêver*, n°1, *Mercure de France*, Paris, 2002.

¹¹ *L'emportement du muet*, André du Bouchet, *Mercure de France*, Paris, 2000.

¹² P. Fédida, « *Géologiques de l'air* », in *Ralentir travaux, printemps-été 1997*.

¹³ J. B. Pontalis, “Écrire pour soi, rêver pour qui ?”, in *Parler avec l'étranger*, Gallimard, 2003.

Descriptores:

**MELANCOLÍA / IDEAL DEL YO /
IDEALIZACIÓN / PROYECCIÓN /
MATERIAL CLÍNICO /**

La ruina de los ideales:
En la bisagra de lo psíquico y lo social
¿qué sujeto pensamos para hoy?
¿qué diálogo entre las generaciones?

Marcelo N. Viñar¹

Los manidos conceptos freudianos de Yo-ideal e Ideal del yo, como tantos otros de su autoría, no germinan y concluyen en un solo trazo, sino mediante sucesivos tanteos que exploran la necesidad y pertinencia de su formulación. Por eso muchos autores postfreudianos se han ocupado de glosarlos y señalar congruencias, ambigüedades y contradicciones. Heredero de esas lecturas me queda como torpe resumen, - toda apropiación es tradición y traición - que el Yo ideal es la reliquia de la omnipotencia infantil, la nostalgia de aquel momento en que fuimos His Majesty the Baby, trono que jamás tuvimos, que jamás llegamos a ocupar y disfrutar de modo pleno, pero la mente sabe añorar más que nada aquello que nunca tuvo ni tendrá.

Más importante para el tema de hoy es la noción de Ideal del yo, ese pliegue de la instancia Superyoica o la conciencia moral, que nos ilumina y nos oprime en sus afanes de perfección. Su naturaleza es axiológica, su ubicación es teleológica. Como la zanahoria del burro, o la tierra prometida, se sitúan en un horizonte hacia el que avanzamos y nunca llegamos a habitar. Si se vive mejor con o sin ese acicate es materia controversial, tiene una respuesta equívoca, o multívoca, según los individuos y en distintos momentos de cada individuo. El talante, el humor y sus variantes y trastornos, la astenia y la estenia son parte de la experiencia de sí mismo y pan cotidiano de la práctica psiquiátrica y analítica.

Los estudiosos del narcisismo argumentan, - luego de transitar el laberinto, de la lectura freudiana - que en definitiva se consolida una aleación, donde Yo ideal e Ideal del yo configuran anverso y reverso de una misma medalla. La tensión entre lo que somos o tenemos y lo que aspiramos a ser o tener, venga este impulso de nuestros apetitos grandiosos o de la servidumbre a figuras parentales omniscientes.

El ideal, entonces, nos empuja hacia un futuro, nos coloca en un estado de promesa, serena, ansiosa o exaltada y promete un mañana mejor: lograr algo que hoy carecemos a hacer crecer lo que tenemos. A nivel personal, de cada grupo o sujeto, o a nivel colectivo de la cultura, esta potencia transformadora ha sido un rasgo distintivo de la comunidad humana, rasgo diferencial con otras especies que viven en sociedad, pero donde en la sucesión de las generaciones lo dominante es la reproducción de la fijeza de rasgos y comportamientos. Al describir la peripecia entre el presente y el proyecto,

¹ Miembro Titular de A. P. U. Joaquín Nuñez 2946 – CP. 11300.
Teléf: (598 2) 711 74 26 – 711 31 94. E-mail: maren@chasque.apc.org.
Montevideo - Uruguay

Sigmund Freud identifica y pone en relieve un rasgo capital de la conducta humana, individual y colectiva, y delimita la problemática que hoy está en debate.

Mi padre no era psicoanalista pero su sabiduría criolla me dejó un mensaje postrero “*Yo era un hombre previsor –decía– por eso preparaba el mañana. Pero el mañana que yo preveía nunca llegó, llegó otro, peor o mejor, no ése para el que me preparaba .No sé si decirte que seas previsor*”. Esto fue por los 80' y resultó ser una frase premonitrice de tiempos cambiantes, de mutaciones que cursan a ritmo cada vez más acelerado, donde, en el vértigo, la relación a los valores es más equívoca, más fugaz, más evasiva. Reconozco en esas palabras la dinámica entre el ideal y la desilusión, con los que quiero hacer el andamiaje para construir mis argumentos sobre el ideal y el poder, ese modo de funcionar del alma humana de querer ser o tener algo más o mejor, aún para el melancólico y el hipocondríaco, como arquitectos, constructores activos de su padecer. Tal vez la esquizofrenia simple sea la forma clínica que hace excepción a esta regla.

El anhelo hacia la perfección de un proyecto, en su forma lujuriosa o sacrificial, parece ser el esquema orientador de la experiencia subjetiva con que trabaja el ideal.

El anhelo de perfección en la representación anticipada de la realización de un proyecto, ¿quién no conoce esta experiencia?, para un viaje, un programa de vacaciones, menos trivialmente para la construcción de la pareja amorosa, la espera de un hijo. En la artesanía de la clínica todos tratamos de reconocer en qué condiciones esta anticipación es un impulso y un motor saludable y cuándo una carga agobiante.

“Duelo y melancolía”, las elaboraciones clínicas y metapsicológicas sobre los sentimientos de culpa inconscientes y el sorprendente artículo de “Los que fracasan al triunfar” son hitos, en la reflexión freudiana, que iluminan los enigmas de este tema. W. Baranger en «Posición y Objeto en la obra de Melanie Klein», hace una semiología de las diferencias entre el objeto bueno y el objeto idealizado que me parece muy esclarecedor.

¿Será mejor vivir sujeto a la majestad de un Ideal, del ideal estético, moral, político, religioso, o suelto en la imprevisibilidad del impulso? La mejor de las respuestas es la de Cantinflas: “*ni una cosa, ni la otra, sino todo lo contrario*”; es en estos dilemas donde las categorías analíticas, productos del magín de Freud o la reflexión de sus seguidores, que sirvieron como orientadores o brújulas de la escucha deben replegarse en bambalinas y dejar que la “aleteia” (verdad naciente) del trabajo analítico produzca la singularidad de un relato. Es en el despliegue de esa singularidad que se valora el carácter saludable u opresivo del Ideal y que el binomio analítico trabaja en concreto sobre el porvenir de la ilusión y la desilusión de lo que vendrá. Pero esto ocurre al interior del marco, de los códigos y costumbres de la cultura vigente, que sancionan los bordes de lo admisible y lo transgresor, de lo consonante y lo contestatario a los valores vigentes.

El enamoramiento con la pareja y el hijo que vendrá, son las experiencias más intensas y durables donde entre la anticipación alucinatoria de lo que vendrá y el recorrido que la vida provee, no coinciden. ¿Cómo tramita la mente este intervalo? La teorización lacaniana del objeto «a» minúscula (petit «a») formaliza y argumenta que entre la satisfacción esperada y la lograda siempre hay una pérdida, entre el gran goce, esperado y el pequeño, logrado.

El esquema puede ser literal para la erótica, es más complejo en las actividades sublimatorias.

His Majesty the Baby, cuando llega y nos deslumbra, también subvierte la economía entre el exceso de la alucinación y la medida de la percepción. Nos enseña que el más bello de los sueños es más tenue que la experiencia de realidad, que el

“**todo**” que sabíamos en la visión anticipada es pobre e insuficiente ante el asombro de lo que aún debemos explorar y descubrir; que ese todo del ideal engeguece y paraliza, si nos dejamos atrapar y que sólo el principio de realidad provee una exploración insaciable que jamás recorreremos en su totalidad. Es ese carácter inconcluso del principio de realidad, que configura el motor del deseo y reubica como rasgo característico del ideal, su condición de fetiche que niega la imperfección.

La anticipación, sea de orden placentero o por “deber u obligación moral” (es decir que el placer en juego sea de orden lujurioso o sacrificial), siempre hay una distancia, un intervalo, o pequeño, o abismal en ese trayecto entre el anhelo y la realización.

La patología de los ideales se inscribe en ese itinerario entre el Todo al que el deseo apunta y el no-todo que la realidad brinda. Las características de los procesos de desidealización, las negociaciones interiores entre el ideal y la frustración, definen un abanico de desenlaces, donde se inscribe la «patología» (?) o «normalidad» (?) de los ideales.

* * * *

Hasta aquí he procurado glosar conceptos freudianos para sintonizar el tema en la tradición. En la época de Freud –comienzos del siglo XX– y la época del que escribe -mediados del mismo-, el firmamento de ideales era abundante y cada quien, con más o menos habilidad y pertinencia, escogía su constelación. El psicoanálisis es un pensamiento de la modernidad y se ajusta a sus claves decodificadoras e interpretativas. Los pensadores de la actualidad – que algunos llaman postmodernidad – hablan de fin de las utopías y caída de los discursos de legitimación. El tema es vasto y complejo y sólo tomaré una pequeña área para focalizar el tema que me interesa pensar: ¿Qué efecto tienen estos cambios en la mente de los jóvenes y qué diferencias con lo que nosotros diagramábamos en la mente en nuestros tiempos mozos? La preocupación parece teórica pero es básicamente clínica: ¿cómo dialogamos hoy los psicoanalistas con los adolescentes? ¿Qué concordancias, y sorderas en el espacio coloquial y analítico que debemos construir, para que el proceso se instale y no se interrumpa?

Hoy día, que habitamos un mundo de instantaneidades, la cultura de lo efímero: ¿cómo tratar el tema de los ideales, que parten de un tiempo extenso para desplegarse y expresarse? Ciertas observaciones, cuya generalización prematura puede trivializar los problemas, pueden sin embargo ayudarnos a pensar este tema de los ideales, cuyo reclamo de una temporalidad extensa parece ser una precondition. Doy algunos ejemplos.

El ideal de contracción al trabajo cuando la inestabilidad laboral afecta no sólo la mano de obra no calificada, sino a los cuadros técnicos y gerenciales, personajes que antaño dedicaban la vida a su empresa y donde hoy las estadísticas de permanencias fueron bajando de una vida a una década, luego a un lustro, hoy promedialmente un cuadro no permanece más de dos años y medio en su mismo puesto o empresa.

En el amor, donde la falta de durabilidad era concebida como accidente o fracaso del juramento «hasta que la muerte nos separe», es hoy erigido como valor o como virtud, de facto porque la divorcialidad aumenta exponencialmente, de derecho porque la constancia del matrimonio mata un erotismo que la diversidad sostiene, dicen los jóvenes.

En todo caso los ritos de iniciación sexual se tardaban y poetizaban, y el luchar contra las censuras les daba cierto tono épico o heroico, hoy día son más precoces,

«pragmatical», la noción de «adulterio» o «engaño» tiene relieves diversos y más proteiformes que antaño; la monogamia vale equívocamente como virtud o bobera. Esta es la inestabilidad de valores -la ambigüedad, diría José Bleger- del mundo humano que habitamos. Tan ambiguo como que los Imperios del Bien y del Mal, están conducidos por fundamentalistas delirantes.

Más que prodigar y multiplicar ejemplos, lo que quiero pautar son estilos de socialidad y convivencia que funcionan como referentes grupales para la mente individual, de una manera diferente que antaño. Traigo estos ejemplos con los que la sociología, el mundo mediático y la vida cotidiana, nos inundan de continuo, para abrir una interrogación de orden metapsicológico: ¿cómo administramos hoy lo exógeno y lo endógeno de la causalidad psíquica?

En los tiempos en que Freud elaboró sus conceptos de Yo ideal e Ideal del Yo - tomemos la década del 1914-1924, la idea directriz era articular las exigencias de la pulsión con las de la cultura - de acuerdo a valores que se llamaron de moral victoriana, que el cine y la literatura ilustran con vigor. El relato de nuestros abuelos es fundador de nuestras creencias, que formulamos en general para tener el placer de ridiculizarlos o burlarnos tiernamente.

Las formulaciones freudianas describen formaciones endopsíquicas de cómo el trabajo de la cultura, de la censura y la prohibición, se interiorizan en nuestra mente. El genio de Freud se expresa en el reconocimiento de la complejidad de este trabajo de interiorización, donde rompe la causalidad mecanicista propuesta en los esquemas de socialización por el discurso religioso y/o pedagógico.

La «realidad psíquica» que Freud funda con esta elaboración, es heterogénea al anudamiento mecanicista entre el ámbito psíquico y el cultural que procesa la conciencia. Mi propósito es abrir una interrogación acerca de si la noción del par Yo-Ideal – Ideal del Yo, alude a los mismos referentes en 1914 del «Narcisismo» o el 23 del «Yo y el Ello» que en los tiempos presentes. En ambos se trata de articular las peripecias del Sujeto singular con la cultura que habita. El tema es tratado con extensión en el libro de Rosolato.² Las entidades que Freud inventa (porque no son hallazgos empíricos de una realidad preexistente) si bien se localizan en ese espacio ficto que llamamos aparato psíquico, si bien son formaciones intrapsíquicas donde el trabajo de la mente le da sus perfiles y relieves propios, tampoco son formaciones impermeables a ser impregnadas por la cultura, es decir, a las costumbres y valores de cada época. Creo que para trabajar la noción de ideal -en la sesión o en el modelo metapsicológico- se requiere esclarecer los pactos entre el sujeto y sus grupos de pertenencia, entre el sujeto de la intimidad y los conjuntos transubjetivos, como se nominan en la línea de trabajo de René Kaës, Janine Puget e Isidoro Berenstein.

Pero sobre todo los itinerarios psíquicos y el estilo personal con que cada sujeto tramita y organiza sus servidumbres y sus rebeliones frente a las costumbres y perfiles de su entorno social y familiar, en adhesión u oposición. No es fácil compatibilizar el advenimiento de la transferencia, y su relieve en el aquí y ahora conmigo, que son un momento importante de la cura, con una escucha abierta, fresca y disponible, a los productos culturales de los jóvenes, que vienen de códigos poco familiares al mundo de nuestra generación. Sin pretender directivas dogmáticas, entiendo que la práctica actual nos permite, si escuchamos el vagabundeo por el mundo que nos brinda el relato de nuestros pacientes, reconocer su modo de inserción en la cultura, y reinterrogar nuestra neutralidad, desde la coincidencia (o no) de los códigos –hoy tan estallados- para

² Rosolato, Guy. Pour une psychanalyse exploratrice dans la culture. PUF, Bibliothèque de psychanalyse, 2° Ed., París, 1998.

posicionarse ante valores seculares (familia, trabajo, sexo, ocio). Sobre todo cuando una diferencia generacional marca el encuentro analítico.

Esta búsqueda, además de su valor intrínseco puede tener una consecuencia práctica: ser preventiva de algunas o muchas interrupciones de tratamiento.

Un tiempo extenso, desplegado hacia el pasado y el futuro, habitó nuestra experiencia de análisis. Temporalidad que parece inadecuada a la época del video-clip, de un tiempo histórico que ha sido llamado cultura de la instantaneidad y de lo efímero. ¿Será este desencuentro la crisis y la muerte del psicoanálisis? Soy incapaz de predecir el triunfo o la derrota. Mientras tanto entiendo que vale la pena dar batalla, por la premisa de que todo estilo epocal genera sus síntomas y malestares y el actual no es un presente lujurioso, sino de penuria. Y porque tengo la convicción de que es inherente a la tarea del psicoanalista, como semiólogo, reconocer la diferencia de códigos y valores entre el tratante y el tratado y sólo sucumbiendo y luego rescatándose en la desimbiotización del campo, que ambos podrán salir ganando en la discriminación de sus anhelos y proyectos.

Adolescencia y Cultura

¿Cómo definir lo que se da y se recibe del colectivo al que se pertenece, como adhesión o sometimiento y como rebelión confrontativa?

El desafío de hoy es construir una identidad por los propios medios, frente a la multiplicidad, levedad y fragmentación de los referentes sociales. Crear una estética de la construcción del sí mismo: cuerpo peinado, maquillajes, tatuajes, piercing, exhiben la identidad y pertenencias: Baile de máscaras informales y provisionales, efectos estilísticos, estetización del ocio, volatilidad de la afectividad. ¿Cómo interpretar las culturas emergentes?

¿Qué representación nos hacemos de la convivencia y de la noción de colectividad en relación a la autoconciencia individual? ¿Qué lugar ocupa la represión en el mundo de hoy, frente a la oposición freudiana de pulsión y censura?

La definición de Cultura que adopta Norbert Lechner³ se basa “en el conjunto de prácticas mediante las cuales las personas conviven” y “el conjunto de representaciones compartidas que se hacen de esa convivencia”. Configuraciones, sucesiva o alternativamente estables o cambiantes, que caracterizan el modo de vivir juntas. Proceso o trabajo perpetuo de configuración y re-configuración que constituye, en cada momento sincrónico (corte transversal) lo que C. Castoriadis llama: El imaginario – descriptivo y normativo– de un Nosotros. Un “Nosotros” que teje la trama o atadura de pertenencias y lealtades a las que cada quien se sujeta, o contra las que se rebela. La “exteriorización” de ese Nosotros es la preocupación y el objeto a explorar de sociólogos, semiólogos, politólogos y periodistas. Su interiorización -represión mediante nos preocupa a los psicoanalistas; ambos a padres y docentes. Los adolescentes se ocupan de hacer la historia, de producirla, más que de pensarla y contarla, que es ocupación de los adultos. Así ha sido siempre y es bueno que lo siga siendo – la tensión entre los que construyen la historia y los que la piensan.

Lo característico del tiempo presente (siempre hay que figurar las coordenadas de un tiempo y lugar: el cronotopo de Bajtin) es que los ingredientes y contenidos que constituyen la trama de ese imaginario del Nosotros ha cambiado rápidamente en los últimos 20-30 años, y estos cambios son consistentes y de envergadura.

³ *Lechner, Norbert. Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. Col. Escafandra. LOM Editores, Chile, 2002.*

Lechner, citando a Castoriadis expresa: *“La crisis de las significaciones imaginarias colectivas ya no proveen al individuo de las normas, valores, referencias y motivaciones que les permitan integrar procesos sociales colectivos”*. Y agrego, de otra fuente: Eduard Glissant en *“Tout Monde”* escribe: *“la globalización multiplica las diversidades, poniéndolas en relación unas contra otras, pero no tenemos sistemas para decodificar toda la información que incorporamos, entonces la comprensión se nos escapa y el mundo se vuelve inextricable, por lo tanto desconocido y amenazante.*

Sin embargo concebir al Sujeto en su relación al mundo sigue siendo inevitable. La adhesión a los valores locales: la tierra, la patria, la lengua, el idiolecto, los aromas y colores, siguen siendo un refugio que confronta los particularismos a los valores universales.

Hoy es menos fácil articular lo universal y lo local. Cierta forma de universalización homogeneizadora parece generosa, pero es dañina: una uniformización empobrecedora. ¿Cómo definir la identidad de Todo el Mundo, dice Glissant, cuando cada uno necesita y requiere una infinita red de detalles? Por eso, concluye, los vínculos actuales no son conceptuales (compactos y estables), sino en archipiélago (discontinuos y tambaleantes) y la fobia al extraño, cada vez más cercano en el mundo globalizado, produce reacciones de expulsión, exclusión, excomunión.

Con la urbanización masiva y acelerada, hay una fragmentación de las redes sociales tradicionales (familia, barrio, club) donde se apoyaba el intercambio de vivencias del mundo cotidiano, ahora lo distante y extraño se acerca, fomentado por la invasión del mundo mediático. Con la privatización del espacio colectivo, se produce una laxitud y fragilización del lazo social, del sentimiento de pertenencia. Hay un declive de las grandes representaciones de la vida social: religión, estado, nación, sociedad; las representaciones que se recomponen no tienen metas claras, no hay reemplazo de las utopías colectivas. Los ritos colectivos, banalizados en su estilo narrativo hollywoodense y trivializados para su uso mercantil televisivo resultan en el ridículo (al decir de Leopoldo Nosek) que un Papá Noel brasileño, a 40 grados de temperatura, está vestido como en los países nórdicos, porque así lo requiere el marketing. Si este absurdo toma la vigencia de «lo establecido» (el *stablishment*); ¿qué tipo de disidencia contestataria se avendrá a esa propuesta?

En un texto reciente (Primacía de lo subjetivo), José Pedro Barrán destaca el carácter liberador del sujeto sujetado desde siglos o milenios a los mandatos de la religión y el estado, y la potencia emancipadora de poder ser lo que se es, lo que se quiere ser y el progreso que comporta la libertad de grupos históricamente oprimidos y sojuzgados (la mujer, los homosexuales y otras minorías).

La disminución del peso de preceptos religiosos e ideológicos que ordenan el presente, requieren una contraparte de autocontrol, lo que comporta un aumento de la responsabilidad y del peso emocional que soporta el individuo autónomo.

Los adolescentes llegan a este mundo en ebullición, y esto implica riesgos y ventajas. Encuentran obsoleta buena parte de los valores y creencias que conformaban la constelación de representaciones de sus mayores y que ordenaban sus acciones colectivas; pero el presente no le da claves precisas para la lectura de sus experiencias. A falta de espacios compartidos donde cristalizar pactos de pertenencia y reconocimiento, las reglas de convivencia se fragmentan, se hacen insulares o se volatilizan. El exceso de signos y de códigos crea una saturación donde es difícil seleccionar lo propio y concebir un sí mismo. Qué paradoja, cuando la plétora de la diversidad y el vasto abanico de oportunidades disponibles, se convierte en un exceso o un agobio.

Las experiencias de desigualdad y de exclusión, reforzadas por los traumas y la lógica de las dictaduras, del crecimiento urbano, rápido, caótico e inicuaamente desigual, fragilizan las posibilidades de un lazo social que fortalezca el reconocimiento del mito de un Nosotros que lo acoja, lo modele, y lo proteja. Hasta aquí es un comprimido personal del libro de Lechner, quien viene de las ciencias sociales.

* * * *

Ese nosotros que nos acoge, nos modela, a veces nos acuna y otras nos sofoca. Esta disyuntiva está exacerbada en la etapa adolescente. A veces es un elixir de pertenencia que nos ampara – que nos adormece – ¿para qué pensar si ya somos pensados por los hábitos y costumbres del grupo? Otras veces es monotonía meliflua y letal que nos aburre y nos obliga a sacudir la modorra. Hoy, que estamos frente al estallido del espacio colectivo, ¿cómo y dónde replegarse a formular nuestros espacios compartidos y aquéllos de intimidad? ¿Cuándo estos movimientos son de búsqueda y cuándo de fuga? ¿Cuándo son estrategias y cálculos para construir y tener un lugar, o autodefensa de cambios ininteligibles y avasalladores?

Es propio de la historia que los ideales y utopías cambien, pero la rapidez, multiplicidad y levedad de las referencias de hoy día, los estímulos incesantes y cambiantes, contrastan con la estabilidad de los ideales y utopías de antaño. La memoria de sacrificios y promesas de las generaciones precedentes ya no sirve. La sociedad de consumo se orienta por la instantaneidad o temporalidades fugaces. El horizonte temporal que supo ser largoplacista, con el mito del desarrollo y del porvenir radiante, es hoy agobio y contracción al tiempo presente. El ciudadano se definía por su participación activa en las pautas de convivencia, su acción cívica. La urbe moderna, su tamaño y organización distancian al individuo de esa función de corresponsabilidad. La distancia urbana y la distancia de poder adquisitivo separan a los grupos entre sí.

Sujeto y Cultura

Usted, ¿quién es? Cualquiera de nosotros transita por la vida y por el mundo intentando, docenas o miles de veces, respuestas a variantes de esta pregunta que nos formulan, desde afuera, interlocutores diversos, o nosotros mismos desde nuestro fuero interior.

¿Quién soy? Esta conciencia de sí mismo, conciencia reflexiva o su expresión mayor, la postura autoteorizante, parece ser inherente o constituyente de la condición humana. Nos posiciona de un modo distinto a cuando nos concebimos como seres naturales. Una cosa es la muerte, otra la conciencia de la finitud. Una cosa es estar vivo, otra muy diferente, es responderse en palabra y en acto, para qué lo estamos, qué queremos hacer de nuestro destino.

La manera simple y económica es responder desde la cáscara de una respuesta objetivante, con la ficha identificatoria, nombre propio y de familia, edad, género, raza, religión, nacionalidad. La operación sería obvia y sin vuelo si no se calibra el efecto devastador que acontece cuando uno de estos pilares o fundamentos es falente o fallante. Otra vía, más difícil, es la de transitar, desde la poiesis subjetivante, el camino de construir un fuero interior.

“El Narrador asume la transmisión de su propia experiencia. El relato configura al ser” (Revault D’Allones). Pero no hay narrador sin oyente, no hay narrador sin testigo. El destinatario configura el relato tanto como el autor.

Esta es la matriz de un espacio íntimo, un espacio potencial donde se genera el psiquismo que en cada acto se produce o se cancela, aunque en la suma de momentos sincrónicos, en sus continuidades y discontinuidades, se producen melodías, (espacios poblados) o silencios (espacios desiertos). Así cada destino humano traza andariveles e itinerarios donde se construyen amores y soledades.

La tragedia griega -como prototipo, quizás todo el teatro y cierta novela- nos ayudan a descubrir y aprehender al sujeto hablante, también escénico y dramático, que discurre en la sesión, bajo el mandato de la asociación libre y la atención flotante. La tragedia es la representación-tipo, donde el espanto se actualiza y produce la catarsis de la emoción. El otro sufriendo provoca el miedo, la piedad, la huida, la repulsión. Esos sentimientos humanos que están al borde de lo inhumano son una zona privilegiada para el espejo donde se produce el reconocimiento del prójimo. Postura cognitiva que Revault D’Allones, estudia en la mimesis de Aristóteles, en sus efectos de organización subjetiva. La mimesis muestra que el re-presentar no es copiar o repetir, sino una recreación activa entre el modelo sabido, y algo nuevo e inédito, donde cada sujeto singular se expresa y realiza.

Compartir vivencias en el grupo al que se pertenece forma parte de la condición humana y es condición para el advenimiento de un sujeto singular. No es entonces, el hecho pasivo de que el humano viva en sociedad, sino que cada individuo construye lo social para vivir. De allí surge un espacio relacional íntimo –del que la sesión analítica es un prototipo casi experimental- que es lo que está afectado, averiado en situaciones extremas⁴ y en la cultura de hoy. Es en esta trama vincular que se teje lo que en el espacio público llamamos referentes identitarios de una cultura y en el privado mitos y leyendas de un origen. Los procesos identificatorios que configuran el andamiaje de eso que en la intimidad se llama estructura psíquica y en su expresión consciente, (interpersonal o psicosocial) se llama construcción identitaria.

Un sujeto psíquico se construye a través de procesos endopsíquicos que modelan su erotismo y su moralidad, pero simultáneamente a través de una inscripción en la genealogía y la cultura que lo conforma como sujeto social. En esta doble vertiente, una que configura lo privado y lo íntimo, eso que luego llamamos nuestro fuero interior- y en un espacio microsociedad y público de donde surgirá el ciudadano.

El tejido y la trama de afinidades, lealtades y pertenencias es uno de los ejes significativos de la experiencia y el destino humano. En la memoria del horror, en la experiencia de exclusión, en el martirio de la tortura y el mundo concentracionario, esta función constituyente de la humanidad del humano, queda amputada. El horror, el dolor extremo, no genera experiencia, sino espanto, no genera representaciones y relato, sino vacío representacional y por ello lo ocurrido es difícilmente transmisible y compartible. Esta necesidad perentoria del otro para ser uno mismo, es expresada por Paul Celin: *“...Siempre elegimos un compañero no para nosotros, sino para algo en nosotros o fuera de nosotros, que tiene necesidad de que nos fallemos a nosotros mismos para franquear la línea de lo que no alcanzaremos a decir. Compañero perdido por anticipado, pues la pérdida misma estará en lo sucesivo en lugar nuestro...”*

⁴ Llamo situación extrema al desamparo y el hambre crónico en la pobreza extrema, a veces asociada al maltrato doméstico. Su expresión máxima y más estudiada es el campo de concentración. Arendt dice que no hay nada comparable, algo increíble para el sujeto mismo, que no sabe si está vivo está muerto.

Crear un devaneo donde navegamos por las galerías de los recuerdos, de los anhelos y las angustias es parte de las necesidades humanas. Crear un espacio de confianza y confianza. Buena parte de este devaneo no se toma a sí mismo como destinatario, sino que busca un testigo y confidente a quien está destinada la interlocución, que nunca es neutra, que siempre está cargada de deleite o de temor. Desde el amigo imaginario de los niños que hablan solos, hasta “hablar con el hombre que siempre va conmigo”, como dice en sus «Cantares» Don Antonio Machado, crea un coloquio interior que dura toda la vida.

En el mundo vertiginoso de hoy y en la cultura de lo visual, el remanso de la palabra analítica, no es el refugio de un fundamentalismo retardatorio, sino el espacio donde preservar la expresión de singularidad que es propia de la condición humana, un ideal y foco de resistencia contra el Homo Aequalis que propone la globalización mercantil.

Resumen

La ruina de los ideales: en la bisagra de lo psíquico y lo social ¿qué sujeto pensamos para hoy? ¿qué diálogo entre las generaciones?

Marcelo N. Viñar

Luego de un breve resumen del concepto de Ideal en la obra freudiana, el autor releva algunos cambios societarios y culturales operados en las últimas décadas y su impacto en el psiquismo, para terminar interrogándose sobre cómo las diferencias de códigos y claves pueden influir en el establecimiento del proceso terapéutico: sobre todo lo que concierne al tiempo vivenciado y la cultura de la instantaneidad. Quizás la interiorización de estas pautas sea sensiblemente diferente en nuestra generación y la de los jóvenes que construyen la historia del presente. Este texto es una invitación a escuchar este intervalo en la clínica psicoanalítica.

Summary

Ruins of ideals in the hinge between the psyche and the social aspects. What kind of individual are we thinking for our time? What dialogue between generations?

Marcelo Viñar

After a brief summary on the concept of ideal in Freud, the author points out some social and cultural changes that have taken place in the last decades and its impact on the psyche. He ends up asking himself on how the differences in codes and keys might have an incidence in establishing a therapeutic process: specially concerning experienced time and the culture of the instant. Internalization of these guidelines by our generation is possibly quite different from that of the young people who are building the present history. This paper is an invitation to listen to this interval in the psuchoanalytical practice.

Descriptores: **IDEAL DEL YO / YO IDEAL /
SOCIEDAD / CULTURA /
ADOLESCENCIA /**

Obras-tema: **Política de lo subjetivo. Norberto Lechner**

Bibliografía

BARANGER, Willy: Posición y Objeto en la obra de M. Klein. Ed. Kargieman, Buenos Aires, 1971.

BARRAN, José Pedro: Primacía de lo Subjetivo. Coloquio: Qué Sujeto para el Siglo XXI, Instituto Goëthe, Montevideo, octubre, 2003.

BENJAMIN, Walter: Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV. Ed. Taurus Humanidades, Madrid, 1991.

DUMONT, Louis: Homo Aequalis. I Genèse et épanouissement de l'idéologie économique.. Ed. Gallimard, «Bibliothèque des Sciences Humaines» Francia, 1985.

FREUD, Sigmund: Duelo y Melancolía. En: Obras Completas, Vol. 14. Pág. 235. Ed. Amorrortu Editores. (1917 [1915]).

FREUD, Sigmund: Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. En: Obras Completas, Vol. 14. Pág. 313. Ed. Amorrortu Editores. (1916 d).

GLISSANT, Édouard: Tout-monde. Col. Folio - Ed. Gallimard, Francia, 1993.

LECHNER, Norbert: Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. Col. Escafandra. LOM editores, Chile, 2002.

REVAULT D'ALLONES, Myrian: Fragile Humanité. Alto, Aubier, Paris, 2002.

ROSOLATO, Guy. Pour une psychanalyse exploratrice dans la culture. PUF, Bibliothèque de psychanalyse», 1996, 193 p., 2º ed., 1998.

Ideales

Myrta Casas de Pereda¹

Introducción a la propuesta

La impronta del pensamiento evolutivo en el psicoanálisis ha dejado marcas fuertes que siguen gozando de buena salud. Así la idea de un objeto parcial que devendrá total, o un supuesto tránsito de lo disperso a la unificación, del caos a la integración (por citar sólo una ínfima parcela de nuestro campo de pensamiento) ha sido siempre bienvenido. Se trata de una lógica altamente persuasiva, ya que se organiza dentro de una secuencia, de menos a más, del pequeño al adulto, que acapara un sentido claro y distinto, que se capta en forma intuitiva.

Sin embargo, muchos conceptos freudianos, retomados y ampliados en la obra de Lacan y también de Winnicott, con la introducción de la paradoja como concepto psicoanalítico, permiten afianzar una reversión de dicha perspectiva. Nociones como el *a posteriori*, la resignificación, lo real o lo imposible o lo indecible que en Freud recalcan en el inconciente sistemático o en el ombligo del sueño, abren a un tiempo lógico y no cronológico.

También el psicoanálisis se ha visto enriquecido por las innovadoras propuestas de los autores del “giro lingüístico”, por ejemplo, y que en parte Lacan hace ingresar al corpus psicoanalítico.

Así, elementos de la lingüística estructural de De Saussure son introducidos, fuertemente modificados, permitiendo sostener una perspectiva diferente del significante, de hecho el descubrimiento freudiano por excelencia en la *‘talking cure’*.

También valoramos las reformulaciones de la lingüística que se suceden desde la pragmática y la semiótica con autores como Austin, Searles y Peirce. Al mismo tiempo pensadores como Derrida, con una fuerte impronta heideggeriana, aportan consistencia a la dinámica construcción-deconstrucción, y permiten repensar la relación significante-referente con los desarrollos acerca del valor de la palabra o el gesto con valor significante creando el objeto (M. Casas de Pereda, 1999).

Son cambios epistemológicos que se suceden en el pasaje de la modernidad a nuestra contemporaneidad que a través de complejas transformaciones culturales y sociales despiertan incertidumbres en torno a la subjetivación y la configuración del ideal. En este sentido podemos pensar hoy, tal vez un poco más que ayer, las patologías del ideal.

Pero también dichos cambios, nutren al psicoanálisis desde sus bordes permitiendo también cambios significativos en sus abordajes teórico-clínicos, enriqueciendo la escucha.

Así sucede con la idea de que, entre el referente y la creación, se ubica la producción, donde lo encarnado de la pulsión subordinada y sujeta al deseo del otro, se realiza como marca, en tanto sucede el acontecimiento de una pérdida (Das Ding),

¹ Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Rivera 2516 – 11300 Montevideo – e-mail: mcasas@uyweb.com.uy

como resultado de la experiencia con el objeto (acción específica)² que da lugar entonces a una escritura, a una huella. Articulación siempre con déficit entre sujeto, el objeto y una pérdida, que acontece como simbolización, cuyas señales (significantes) enlazadas a la palabra, crearán y recrearán la experiencia historizable.

Estoy pensando en la constitución de los ideales en la estructuración psíquica, desde una articulación personal que incluye a Freud, Winnicott y Lacan en un discurso contemporáneo que me determina.

Diría que Freud es derridiano en el Proyecto... cuando habla de la represión primaria (*esfuerzo de desalojo*), dado que en la experiencia en que ella acontece (*la experiencia de satisfacción*), se deconstruye el referente como presencia (objeto natural o empírico), así como la concepción referencialista de la verdad pues Freud ubica un *predicado* como efecto de la pérdida que dice de la cualidad del acontecimiento y que se constituirá como *Vorstellung* (*Sachtvorstellung* y *Wortvorstellung*). Lo que emerge es pues una marca de la experiencia pulsional: representación o significante.

La ubicación de la pulsión en el campo psicoanalítico de nuestra praxis, definitivamente por fuera del instinto, en su atadura representacional o significante, deja entre sus mallas el cuerpo erógeno y los afectos. Y éstos, los afectos, en su deslizamiento metonímico despiertan sucesivamente huellas mnémicas. La pulsión sólo la reconocemos en tanto hubo escritura significativa (*Vorstellung*) inconsciente y emerge así en el discurso transferencial, donde el lenguaje recogiendo historicidad y cultura, moldea los deseos.

La noción de espacio en psicoanálisis sufre cambios solidarios a los mencionados en relación al tiempo, *a posteriori* mediante. De la linealidad de algunos esquemas freudianos (carta 52) al anudamiento borromeo de los tres registros R, S, I en Lacan, asistimos a un cambio sustancial donde la noción de discurso pierde la univocidad de lo comunicacional para Complejizarse en el mismo sentido del espacio y el tiempo donde una banda de Moebius metaforiza de modo ejemplar un sentido de atravesamiento con la sola condición del movimiento. Nos hace presente de modo topológico, la salida de la oposición de lo interno externo, donde lo propio y lo ajeno confluyen en momentos significativos de subjetivación.

Es por todo lo antedicho que el discurso en psicoanálisis habitado por el deseo inconsciente queda alejado de toda apropiación posible desde la lingüística.

Del ideal y las identificaciones

Esta introducción resulta imprescindible para abordar el interjuego yo ideal-ideal del yo, que entiendo constituye un verdadero enclave de nuestra praxis.

El ideal se constituye en la medida que el sujeto puede discriminarse del objeto, sea éste su imagen especular o el otro que sostiene su mirar y que también le ofrece su imagen. Esta peripecia simbólica sólo es posible si el deseo del Otro se hace presente en su cualidad específica: la de desear que el sujeto viva en un contexto transitorio de intensa atadura narcisista con que el otro parental sostiene tal acontecer (perspectiva fálica del narcisismo parental).

² He señalado antes que lo específico de la acción específica radica a mi entender en la cualidad del afecto materno que vehiculiza su división estructural y por ende su deseo inconsciente (Myrta Casas de Pereda 1999).

Ello implica un sesgo de corte o desanudamiento que dicha función simbólica propicia, en el sentido de no someter al sujeto en ciernes a cumplimientos ligados solo al narcisismo parental.

Tarea ímproba que requiere de un procesamiento de repetidas resignificaciones. Ello implica los límites desde donde se efectúa la acción específica, por lo cual este sesgo de constitución del ideal se sostiene de la doble prohibición, del incesto (para el sujeto) y el no reintegrarás tu producto para el otro parental. En ambas, la muerte es el resultado físico o Psíquico.

Esta es una propuesta acerca de la intrincada y consustancial relación entre ideal del yo y yo ideal. El ideal constituye una piedra angular sobre la que se construyen y deconstruyen armados fantasmáticos a la vez que estructuradores, dando cuenta de cada singularidad.

El ideal siempre estará presente en la función yoica. Si la 'relación' con uno mismo es, inexorablemente, a través de la relación con otro, si la subjetividad se constituye alienadamente, el trabajo constante en torno a unión-separación, identificación-desidentificación van a estar presentes o implícitas en toda formación del inconsciente.

El yo es un efecto del otro y su sexualidad (deseo inconsciente) que se configura en la imagen que lo identifica.

Si el yo se configura al mismo tiempo del ideal, dando así cuenta del 'nuevo acto psíquico' (libido al yo, Freud, 1914), y de la marca del ideal (del otro-Otro) en los movimientos alternantes que de allí en más se suceden, yo ideal, ideal del yo, debemos reconocer que en nuestro basamento narcisista hay una imagen idealizada.

Es a través de la peripezia especular³ (Lacan 1949) donde asistimos al estrecho vínculo entre el narcisismo originario de la identificación primordial que Freud percibiera en la ambivalencia de amor-odio y la agresividad que, por la reciprocidad propia de lo imaginario, retorna como temor a ser agredido.

Aquí entra en escena el deseo del otro Otro, '*matriz simbólica*' (Ibíd) que señala la impronta imprescindible de este deseo para la vida del sujeto. El temor del deseo de muerte proveniente del otro, idas y vueltas, propias del transitivismo y de la reciprocidad narcisista, constituye la estofa incipiente del temor a la castración.

Es así que el temor a la castración, que involucra el temor a la integridad corporal (es la vida lo que está en juego, y castración y muerte se vuelven consustanciales, Freud 1926) implica a la agresividad propia del narcisismo, donde atacar y ser atacado redundan y amenaza. Se trata de la "*tendencia primitiva a la pura y simple agresión*" (Lacan 1957, p.314). Es en este contexto en que se vuelve esencial entender de qué modo es ubicado el sujeto en el fantasma materno y allí desde Freud y desde Lacan emerge la idea del falo que recubre lo imposible, que nombra la falta esencial del pene materno, del 'acontecimiento' psíquico de la madre castrada por el padre y es esto, el falo, lo que se erige como ideal en la vía de la idealización: ser todo para el otro, que el otro sea todo para mí.

Freud en su texto "Sobre las trasposiciones de la pulsión..." (1917) inaugura estas metonimias para la estructuración psíquica.

Quedamos enfrentados a la simultaneidad de la constitución y la pérdida, para abarcar la idea de simbolización. Pérdida del objeto con la represión que constituye diques, límites, representaciones y la interiorización de rasgos del objeto que pasan a constituir identificación (ideal del yo). Represión e identificación en simultaneidades estructurales.

³ Lacan 1949, *El estadio del Espejo es un concepto que Lacan trabajó en diversos textos contemporáneos. Se trata de la conceptualización de la función yoica entramada al narcisismo, la pulsión y el deseo del otro.*

Será desde el yo ideal que emergen las aspiraciones narcisistas ilusorias, que como creencias desmienten y revelan al mismo tiempo la anticipación de la castración. Este acontecer donde emerge como aspiración narcisista yo ideal forma parte de la naturaleza de las funciones del yo.

Los aspectos que caracterizan el yo ideal como propios del narcisismo basculan en torno a **la creencia** con todo el matiz omnipotente que le es propio y que implica el funcionamiento dual del todo o nada. Su fundamento radica en que la imagen, propia y ajena, viene desde afuera. Imágenes reales y virtuales que por el mismo hecho de serlo (imagen) conllevan el engaño, la parcialidad, la ilusión. Todo ello contribuye a la complejización progresiva de lo imaginario que no es sino un lado consustancial a toda peripecia yoica y por lo tanto nuestra arena de trabajo analítico.

Es innegable que psiquismo se constituye todo el tiempo y que no es igual de comienzo que con la consistencia adquirida luego. Pero me interesa subrayar que los dinamismos en juego son los mismos que se reiteran y que esa cuota de libido vuelta al yo que Freud nombra como nuevo acto psíquico, dando lugar al narcisismo, contiene en sí y como anticipación la noción de ideal unida a la imagen. Yo-ideal, ideal-yo, alternan diadas (yo ideal, ideal del yo) que van dando cuenta de la división del sujeto en tanto al yo ideal le cabe la tarea de creer que puede todo y el ideal del yo comienza a asumir la dura carga que desde lo simbólico concierne a la identificación y por ende a la discriminación del otro. Y desde entonces se transita entre la gratificación narcisista que siempre proviene del otro y los efectos de la represión y límites que de allí en más irán desplegando el ideal.

Pero para que el imaginario narcisista y especular, cumpla su rol estructurante (entrenamiento con la pérdida, en los sucesivos y naturales momentos de frustración), debe estar sostenido por ese simbólico que llega como deseo de que el sujeto viva y que instituye fuertes marcas simbólicas que integran el ideal del yo.

No es sencillo escribir en un lenguaje ordinario la simultaneidad psíquica de los diferentes planos temporales.

Nuestra praxis se nutre del tiempo lógico, donde el pasado es presente y donde lo desiderativo del fantasma que presentifica y anticipa futuro, define los perfiles transferenciales.

Hay pues una suerte de telescopaje espacio temporal que describe la simultaneidad psíquica que caracteriza el funcionamiento inconsciente donde subjetivación y formaciones del inconsciente revelan el *a posteriori* como una de las herramientas fundamentales.

Este telescopaje de espacio y tiempo es propio de la tarea analítica, en tanto inherente al funcionamiento inconsciente.

Así entendemos con Lacan que sólo habrá fantasías de cuerpo fragmentado *a posteriori* de la unificación. O la de Freud cuando nos muestra en Emma (1895) que lo traumático se instala *a posteriori*, que el trauma aparece en el *a posteriori* del acontecimiento o “*donde quiera se descubre que es reprimido un recuerdo que sólo con efecto retardado (Nachträglich) ha devenido trauma*”⁴.

Pasado y presente en un espacio otro que los reúne y los vuelve reales por un instante de escritura que deviene síntoma (la fobia de Emma). Este aparece como un acto de ‘decir’ que repite algo que no estaba “*un recuerdo despierta un afecto que como vivencia no había despertado...*” (Ibíd.). O con Winnicott cuando hace trabajar la paradoja de crear el objeto cuando le es presentado.

A su vez el superyó como instancia será esa mega construcción

⁴ En parte II. La proton pseudos histérica, p. 403.

yoica integrada desde la segunda tónica freudiana por el ideal del yo, la observación de sí y la conciencia moral, pero también por elementos propios al yo ideal que no abandonan nunca al yo

y que de allí en más se constituyen como guardián y sometedor del yo. Pienso que los rasgos más feroces del superyo responden precisamente al mantenimiento del yo ideal.

Estos acontecimientos son los que la transferencia trae a escena.... repetidamente...

Tomo entonces el acontecimiento estructurador del par ideal del yo -yo ideal- donde **seríamos consecuentes al proponer que no habría posibilidad de estatuir un yo ideal si no contamos con el registro simbólico solidario del ideal del yo.**

El lado imaginario y autosuficiente del yo ideal señala la fuerte dependencia en la valoración narcisista que a su vez funciona de un modo transitivo: valorar-ser valorado de modo insistente y recurrente. Hace así presente un modo de relación con el objeto con toda la gama de idealización y vivencias consecutivas como la que aparece al comienzo de todo análisis. Allí asistimos (y vivimos en carne propia) la fuerza del poder del ideal que nos transforma en ese *sujeto supuesto saber* con que Lacan nomina este perfil de la transferencia.

Idealización y afectos entre los que se destaca una extrema vulnerabilidad a la frustración, donde los vaivenes señalan tanto afirmaciones narcisistas, como derrumbes persecutorios.

Depende del posicionamiento analítico en nuestra escucha, el tolerar ese poder del ideal que contribuye a la 'luna de miel' psicoanalítica mencionada por Freud entendida como una ilusión imprescindible. La transitoriedad es lo que mejor podría definir la función estructuradora, la impronta del yo ideal, dado que a su vez también la transitoriedad, debe estar presente desde el lugar del posicionamiento analítico.

He propuesto en un trabajo anterior (M. Casas de Pereda, 1994), que sólo la transitoriedad habilita ese amor verdadero o ese lado verdadero del amor que incluye la castración materna y donde la transitoriedad es testimonio de la misma.

Dicho perfil yoico está sostenido, en la neurosis, por un nivel simbólico que entrama los avatares narcisistas y que orienta no hacia la creencia sino a la castración. Y éste constituye el par aceptación-denegación que implica avatares de la castración. Esta última nombra los límites y pérdidas que la represión va estableciendo.

Trabajo incesante de lo que nominamos ideal del yo que con el reconocimiento de los límites propios y ajenos reubica deseos y aspiraciones.

Pero el ideal basculando entre dos perfiles del yo nunca deja de ejercer sus efectos. Menos aún si ubicamos el superyo como el heredero de la grandiosidad yoica que vuelve con todo el poder del mandato.

Cuando hablamos de patología del ideal ello involucra un soltado de las amarras simbólicas que pueden dar cuenta de diversas entidades en una diversidad de trastornos que integran los cuadros sintomáticos: envidias devoradoras, chirriantes autoestimas presentes en muchos momentos del vivenciar neurótico, a los extremos de las más patéticas expresiones del sometimiento al ideal o los que lo encarnan con las también ominosas transgresiones de los límites del sadismo de la tortura, por ejemplo.

Idealización del poder que queda soltado de todo lazo simbólico y se erige en la figura siniestra del poder por el poder que alude al goce de la muerte.

No se trata entonces de un primero que da lugar a un tercero, sino que desde esta terceridad, que también propicia el posicionamiento analítico, se habilita el despliegue de la creencia que va anudando los momentos transferenciales (vicisitudes duales imprescindibles).

Hilda Doolittle, H. D. fina poetisa norteamericana del S. XX, se analiza por un breve lapso con Freud y viaja a Viena con ese solo propósito y con un tiempo previsto limitado. Su análisis transcurre entre la primavera de 1933 y el otoño de 1934.

Comienzo singular donde el enorme reconocimiento al psicoanálisis en la cultura de la época se aunaba a la exquisita sensibilidad de una de las poetisas más importantes de USA, para contribuir a una gran admiración hacia Freud, “*la imagen de otro universal*”, escribe.

Comienzo signado por límites reales en el tiempo en una doble perspectiva: la edad de Freud y lo avanzado de su dolencia y por otro lo acotado del plazo a trabajar que estaba establecido previamente en alrededor de seis meses.

H.D. llega enviada por Hans Sacks quien la deriva a Freud luego de un período poco fecundo de análisis imbuída de una extrema valoración de Freud al que homologa en sus escritos a Psyché, “*guardián de la eternidad que recibe el alma misma*” (H.D. 1956, p.215).

También Freud se prepara para recibirla pues lee una de sus obras publicadas, Palimpsesto. H.D. Diez años más tarde escribe ‘Escritos sobre el muro’ que junto a ‘Advenimiento’, notas tomadas durante el curso del análisis, forman parte de un libro que titula ‘Tributo a Freud’. (Ibíd).

Acude al psicoanálisis a los 46 años para intentar despejar incógnitas que reclamaron una intensa rememoración de su vida, junto a expectativas de poder reconocer sus lados más oscuros, (un matrimonio fracasado, la intensidad de sus afectos por una mujer).

Veamos el relato privado escrito el mismo día de su primera sesión (Helena Fernández del Valle, 2000)⁵: “*Creo que si no le hubiera caído bien al perro me habría ido, tan asustada estaba...*” Después, ya en el diván, H.D. habla de una poco satisfactoria experiencia analítica anterior. “*El pareció algo desconcertado, y comentó: ‘Veo que va usted a ser muy difícil. Y aunque va contra las reglas, le diré algo: Se sintió decepcionada y se siente ahora decepcionada por mí’. Yo aullé y grité ‘pero no se da cuenta de que es usted todo, es sacerdote, es mago’. Y dijo: ‘No. Es usted quien es poeta y maga’.*”

Entonces lloré tanto que apenas podía hablar, y él dijo que yo había mirado los cuadros prefiriendo los restos muertos de la antigüedad a su persona viva. Yo chillé, ‘pero ya ve que le caí bien a su perro, supe que todo iba bien porque el perro no me habría querido si a usted le cayera mal yo’. El dijo ‘Ah, el proverbio inglés, like me, like my dog pero al revés’. Yo le corregí, ‘love me, love my dog’ (...) y él me lanzó un largo discurso sobre lo triste que debía ser para un poeta escuchar su mal inglés. Yo aullé un poquito más y le dije que él no era una persona, sino una voz, y que al mirar la antigüedad lo miraba a él. Dijo ‘...’ que nos habíamos reunido, que habíamos llegado a un mismo sitio, él en la niñez de la humanidad -la antigüedad- yo en mi propia niñez. Seguí llorando y había pasado ya más de la mitad de la hora. Fue terrible (...) El no está realmente allí, es un fantasma, y yo no hago sino temblar y llorar.”

Temores e incertidumbres aparecen en las palabras de H.D. Al parecer y cotejando con lo escrito 10 años después, luego del episodio con Yofi (la perra chow chow de Freud), comienza a hablar sobre el entorno que mira con cuidado, los libros, las piezas de esculturas antiguas... y luego de su experiencia analítica anterior poco satisfactoria. Freud le hace allí una articulación transferencial de sus dudas y decepciones y H.D. protesta trayendo a primer plano la idealizada imagen de Freud:

⁵ Este texto es retomado por la autora desde Robinson J.S., H.D. *The life and work of an American poet*. P.278.

-“*Es usted todo, sacerdote, mago*”, a lo que Freud responde con una negativa y le devuelve a ella la magia de la ilusión o lo ilusorio. Es tanta la idealización, que Freud se ve empujado a desarticularla, aún en ese comienzo y se aboca a señalarle la disimetría de sus vidas, le hace presente de ese modo indirecto su muerte y con ello tejía la malla simbólica del encuentro.

Malla imprescindible para el despliegue idealizador en que estaba inmersa su paciente. No olvidemos que junto a la idealización, también asomaba el fracaso anterior.

Al refrán inglés que él verbaliza y que ella enmienda, insistiendo en su transferencia idealizadora, (donde también recalca el amor), Freud vuelve a los límites, esta vez de su acento y mala pronunciación.

Desde la advertencia que él formulara “*no se acerque*”, o “*no la toque porque muere*” y la desafiante proximidad que ella establece, Freud va a transitar entre concesiones y límites durante todo el proceso analítico.

No se trata de un modelo a seguir, sin duda, en su globalidad, pero sí escuchar cómo en ésta, su decantada y casi final experiencia, Freud hizo gala de ese imprescindible aval a la función del ideal con que el yo entra en contacto con el otro. Una sutil danza entre yo ideal e ideal del yo que acompaña éste y todo periplo analítico hasta el fin.

Ha corrido mucha agua bajo el puente de la historia desde entonces; Marta Labraga en una comunicación personal decía que “*los descaecimientos de las funciones parentales golpearon también fuerte al análisis desde la Viena del ‘36 al hoy y algo de esos golpes muestran los sujetos en análisis hoy y los analistas*”.

Sin duda los ideales se mueven junto al paso de las épocas y nuestra sociedad sufre por muchos lados los efectos de la idealización del poder, sin embargo, creo que el sujeto en sufrimiento que acude al análisis necesita empecinadamente apostar (crear) por la vida.

Ogilvie (2000, p.109), en una feliz frase, condensa estos balbuceos con que intento aproximarme al tema. Hablando del sujeto del inconsciente dice: “*Ambiguo nombre de sujeto designando una pretensión que tiene la forma de una servidumbre...*”.

Resumen

Ideales.

Myrta Casas de Pereda

El trabajo propone una reflexión sobre la intrincada y consustancial relación entre yo ideal e ideal del yo. Así el ideal será un componente siempre presente en la función yoica y determina a su vez los matices de la relación con el otro, en el proceso de subjetivación que trabaja constantemente entre la alienación y la separación.

El yo es un efecto del otro y su sexualidad (deseo inconsciente) que se configura en la imagen que lo identifica.

El narcisismo en su perspectiva estructural está implicado necesariamente en todas estas peripecias de lo ideal.

Desde el trabajo de lo especular, con sus aspiraciones ilusorias, narcisistas, que no abandonan nunca al sujeto y contribuyen a la fuerza de lo imaginario, al carácter de matriz simbólica que constituye la impronta del deseo del otro para la vida del sujeto, nos enfrentamos a la simultaneidad de la constitución y la pérdida para abarcar la idea de simbolización en todo proceso de subjetivación, donde está implicada la identificación.

Se subraya la importancia del tiempo lógico, donde el pasado es presente y donde lo desiderativo del fantasma que anticipa y presentifica futuro, define los perfiles transferenciales (telescopaje espacio-temporal propio del inconsciente).

Se propone como hipótesis que el acontecimiento estructurador del par ideal del yo – yo ideal implica la idea de que no habría posibilidad de establecimiento del yo ideal si no contáramos con el registro simbólico del ideal del yo.

En una breve viñeta de una paciente de Freud se ejemplifica la fuerza del ideal que contribuye a esa dimensión inicial del análisis donde está en juego el analista en posición del ideal del yo.

Summary

Ideals.

Myrta Casas de Pereda

This paper proposes a reflection on the intricate and consubstantial relation between the ideal ego and the ego ideal. In this sense, the ideal will be a component which will always be found in ego function and which will determine, in turn, the nuances of the relationship with the other in the process of subjectivization which is constantly working between alienation and separation.

The ego is an effect of the other and his sexuality (unconscious wish), which find shape in an image that identifies it. Narcissism, in its structural perspective, is necessarily implied in all these vicissitudes of the ideal.

Working on the mirror-like, with its illusory, narcissistic, aspirations, which never abandon the subject and contribute to the strength of the Imaginary, to the quality of symbolic matrix which the imprint of the wish of the other constitutes for the life of the subject, we face the simultaneity of constitution and loss in order to cover the idea of symbolization in every process of subjectivization, where identification is implied.

The present paper tries to underline the importance of logical time, where the past is present, and where the desiring character of the phantasy, which anticipates and realizes the future, defines the transferential profiles (space-time telescoping process which is characteristic of the unconscious).

It is advanced as a hypothesis that the structuring event of the pair ego ideal- ideal ego implies the idea that there is no possible establishment of the ideal ego unless we can count on the Symbolic register of the ego ideal.

In a brief clinical vignette of a patient from Freud, there is an attempt to exemplify the strength of the ideal which contributes to this initial dimension of analysis where the position of the analyst in the place of the ego ideal is in play.

Descriptores:

**EPISTEMOLOGÍA / OTRO / IDEAL
DEL YO / YO / YO IDEAL / VIVENCIA
DE SATISFACCIÓN / DESEO /**

Bibliografía

CASAS DE PEREDA, Myrta; (1994). “Lo femenino en lo maternal, función de un enigma”, en *Mujeres por Mujeres*, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis. Editor. Lima, Perú.

——— (1999). “Juego y simbolización” En: *En el Camino de la Simbolización, Producción del Sujeto Psíquico*. Paidós, Buenos Aires, 1999.

DOOLITTLE, Hilda; (1956). *Visage de Freud*, Editions Denoël 1977.

FERNÁNDEZ DEL VALLE, Helena; (2000). “Freud y el Tiempo”. En *Versiones psicoanalíticas* de Mireya Zapata compiladora, Editorial La tinta en el diván, México 2000.

FREUD, Sigmund; (1895). “Proyecto de Psicología”, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, T. I, 1976.

——— (1914). “Introducción al narcisismo”. *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, T.XIV, 1976.

——— (1917). “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”. *Obras Completas*, Amorrortu Ed. T. XVII, 1976.

——— (1926). “Inhibición, Síntoma y Angustia”, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Ed. T. XX, 1976.

LACAN, Jacques; (1949). “El estadio del Espejo como formación del yo, tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” en *Escritos I, Siglo XXI México*, 1972.

——— (1957-58). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Paidós, Buenos Aires, 1999.

OGILVIE, Bertrand; (2000). *Lacan, La formación del concepto de sujeto*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.

El poder de lo socio-cultural y de lo arcaico en las patologías alimentarias

María Cristina Martínez de Bagattini¹

Lo socio-cultural y lo Femenino ¿Cuál es la importancia de los factores culturales y sociales en el desencadenamiento de este Síndrome?

¿La sociedad tiene el poder de enfermar de Anorexia y/o Bulimia a jóvenes normales?

Sin pretender ahondar en las características de la sociedad actual, intentaré marcar algunos aspectos que influyen –como factores predisponentes– y han convertido los Trastornos alimentarios, junto con las Adicciones y la Depresión, en verdaderas epidemias mundiales.

Lo social se expresa en formas de patología que se asocian con paradigmas que cada época impone. Así, la Histeria de principios de siglo, asociada a la represión de la sexualidad. La Anorexia, hoy, asociada a “ideales de perfección” y a la denominada “era del vacío”.

Ph. Jeammet y M. Corcos en su libro sobre Conductas de Dependencia dicen: “Nosotros concebimos que el desarrollo psíquico del niño, y del adolescente después, puede adoptar el “ritmo” y la “forma” de la evolución socio-cultural, y que es influenciado por la naturaleza y la intensidad de la presión social”... Ellos piensan que, incluso, a esto se debe el predominio de las patologías límites en relación a la Neurosis. Expresan: “...La realidad social puede poner en jaque y volver inoperantes mecanismos de defensa, hasta ahí protectores de una problemática de dependencia (represión, desplazamiento etc.), y favorecer otros (clivajes, desmentida)”. Agregan estos autores: “Sin límites, sin sustancia suficientemente densa y auténtica y sin ligazón con el otro, la exigencia de afirmación narcisista se volverá problemática”.

Para estos autores, se expresan entonces y fundamentalmente las Patologías de “la idealidad” (Chasseguet-Smirgel, 1984), las Patologías del “Self” (Estados Límites, Patologías Narcisistas), las Conductas Adictivas a Drogas.

En el Río de la Plata, los problemas alimentarios hacen eclosión con toda su fuerza en la década de los 90 en clases socioeconómicas medias y altas. Es decir, 20 años después que en los países occidentales del primer mundo.

Si bien actualmente están apareciendo en sectores más pobres de nuestra sociedad y, en los últimos años, están visitando los hospitales públicos, no se producen en sectores carenciados al extremo de que falte el alimento. Es una patología que se desarrolla en **presencia de alimentos**. Luego, ellas mismas, crearán a su alrededor su propio “campo de concentración”.

Tenemos que aceptar, que la Anorexia se ha hecho expresión histórica, y se ha convertido en paradoja que aparece denunciando hipocresías familiares y sociales. Disponiendo de alimento están desnutridas y “muertas de hambre”, mientras tanto, mueren realmente de hambre, por carecer de alimentos, enormidad de sectores de la humanidad.

Es obvio, sin embargo, que el poder de los factores sociales no se ejerce en forma universal en todas las adolescentes; es decir, que no todas las jóvenes que comienzan un régimen alimentario y que desean ser delgadas, desarrollan un cuadro anoréxico con riesgo de perder la vida.

Es necesario pensar que hay “algo más” que hará de una adolescente o púber aparentemente normal hasta ese momento, una enferma grave.

Creo que existen en estas pacientes desde antes de enfermar, factores que llamaremos “**mudos**” a los que se suman las características de la sociedad actual y otros hechos

¹ Miembro Titular de A. P. U. Atilio Narancio 3117 - CP. 11600. Tel.: 487 8472. Montevideo.

(separaciones, duelos, pasaje al liceo, inicio de la pubertad...) que hacen “hablar”, provocando el desarrollo del cuadro.

Los *aspectos “mudos”* a los que me refiero, forman parte de la Estructura del psiquismo de esa niña que devendrá anoréxica; me refiero a *las características del narcisismo femenino muy estrechamente unido al cuerpo*. Las patologías alimentarias severas se desarrollan actuando sobre aspectos *mal constituidos de lo femenino*, que presenta *profundas heridas en los soportes narcisistas*. Lo que se denominará luego, popularmente “baja autoestima” de estas pacientes.

Sobre estas heridas, es donde puede actuar una sociedad muy exigente y perversa, que presiona primero sobre el escenario familiar, luego, los padres, transmitirán a sus hijos esas exigencias y, en algunos casos, se van a *duplicar en eco* las ambiciones del *narcisismo mortífero de algunos padres*. No ser querido y aceptado a lo largo de la primera infancia, en relación a un ideal inalcanzable de los padres, constituye en esta patología (como en otras) un factor predisponente.

Me dice Analía: «No ves que, si no sos como se exige en el mundo actual, no sos nada... yo a veces, tengo mucho odio, tanto! que me lo como y me destruyo a mí misma». (*La madre había sometido a Analía a múltiples intervenciones estéticas desde muy pequeña, pero, a su vez, encontraba cirujanos que se las hicieran*).

Con conductas demasiado adaptadas, Analía y otras pacientes fueron en su infancia niñas brillantes, “alumnas ejemplares”. No sólo producían orgullo en los padres (lo que sería normal), sino que, oficiaban de “prótesis” para llenar vacíos narcisistas, sobre todo en las madres. Estamos hablando, ya, de otra generación con fallas.

Su madre nos dice que, por el bien de Analía: *“siempre le dijimos que tenía que ser la mejor»*. Lo que no expresa esta madre -ni a sí misma- es otra frase que actúa desde el inconsciente materno: *“si no eres como yo quiero que seas, entonces no seas”*.

Los sentimientos de envidia y de odio, constitutivos del narcisismo mortífero, se encuentran incrementados en estas estructuras narcisistas familiares, que se presentan la mayoría de las veces como *familias ideales*, hasta el momento en que se desencadena la enfermedad de sus hijas.

El “Poder” de lo arcaico.

En un trabajo anterior me planteaba (6): “no es la primera vez que enfrentados a un cuadro clínico, nos preguntamos si el conflicto se sumerge en los vericuetos del *Edipo, el incesto y la castración* del sujeto y sus progenitores o, si el conflicto se sumerge en un mundo más primitivo, en la propia *estructuración del psiquismo en sus inicios*. Me pregunto si es lícito plantearnos a la altura de múltiples trabajos escritos, la pertinencia de *“elegir”* uno de los polos de este dualismo indefectiblemente entrelazado.

¿Cómo separar nuestras arcaicas raíces del devenir posterior y del a-posteriori?”

Es a través del tránsito de los *primeros vínculos*, y su posterior ingreso en *lo edípico*, siempre en relación con la función de lo femenino en su propia madre, y con la función de lo masculino en su padre, donde la mujer encuentra su *destino de mujer y de lo femenino*.

Dice Freud en “El Yo y el Ello”: “en la mujer aparece *la angustia* en relación a la *pérdida de amor*, que puede dilucidarse como *la angustia del lactante cuando echa de menos a su madre”*.

Daniel Gil (15) plantea que la *angustia de castración femenina*, puede sentirse *vinculada a no ser amada; a no ser reconocida; a no existir*. Dice: “la pérdida de amor, como sustituto en la niña, a la pérdida del pene, la aproxima más a una experiencia dentro del campo de lo pre-edípico, con la consiguiente amenaza a su propia existencia”.

Pienso que, una situación así de amenaza, puede entrelazar Edipo y Narcisismo en forma mucho más intensa en la mujer.

Es irremediable que *desde antes de nacer* se produzcan *diferentes proyecciones* de los padres sobre ese bebé que va venir. Esas proyecciones son diferentes *según el sexo del bebé* y repercutirán sobre el funcionamiento del vínculo posterior.

Annick Le Nestournos (18) dice que el *sexo del bebé* influye inevitablemente y masivamente en las interacciones, no sólo comportamentales, sino imaginarias y fantasmáticas de sus padres. Esta autora, nos acerca un dato interesante en relación a la *anorexia del lactante*: las *anorexias neonatales* han encontrado que son patrimonio de las *bebas niñas*; las *anorexias del destete* se corresponden por igual a ambos sexos y, las *anorexias del segundo semestre* vuelven a pertenecer “*esencialmente a las niñas*, acompañada de conductas de oposición, a veces insidiosas, a veces provocantes...”

Creo importante señalar que, *la negativa a alimentarse* aparece, entonces, como paradigmática del *trastorno del vínculo entre la madre y la hija desde los primeros momentos de existencia*.

Podemos inferir que, en la Anorexia, existió una madre que amamantó, quizás, correctamente la necesidad biológica pero, dejó un *vacío en el deseo de la bebé*. En ese aspecto la madre se sintió impotente e incapaz de colmar a su hija.

En el momento que sus hijas enferman, las conductas de las madres dan cuenta de la perturbación *intensa y arcaica del vínculo* que tienen con ellas. Los *aspectos tanáticos* se expresan en: *transgresiones a las indicaciones técnicas*, (Elina, estaba anémica e hipotérmica; se comienza el tratamiento ambulatorio con mucho temor y, sólo porque no había posibilidades reales -en su centro asistencial- de una correcta internación. A los tres días, nos enteramos por Elina que no tomó la medicación indicada. La madre nos explica que no se la dio, porque su hija *iba a ir a bailar y podía tomar alcohol*, por lo que ella consideró correcto no dársela. En la internación de Irene, la madre hizo cuanto pudo para transgredir la indicación de aislamiento, llegando a enloquecer al personal del Hospital, convertidos en espías que trataban de evitar los *pactos de encuentros con su hija*); *complicidad con las conductas anoréxicas*. (Cuando la madre va a buscar a Verónica, luego de 22 días de internación, le ofrece bebidas “diet”, con el recuerdo de una promesa, de no tomar nunca más bebidas edulcoradas. Trabajado esto con los padres y solicitando la ayuda del padre para impedir estos “actos fallidos”, la madre traerá bebidas “diet” *a escondidas a la casa*, y, al ser descubierta por el padre, explicará que a ella y a su hija les gusta más el sabor de estas bebidas. La madre de Liliana *le sacaba fotos en ropa interior* estando Liliana totalmente emaciada, fotos que el padre encuentra y trae a la consulta).

Las trasgresiones y la complicidad le dan también al vínculo de la madre con su hija anoréxica, un especial “*rasgo perverso*”.

Es de destacar la *ausencia total de angustia de estas madres*, a pesar de estar bien informadas sobre la gravedad del cuadro. En la gran mayoría de los casos, las madres de estas pacientes no se angustian; ni lloran por sus hijas en las entrevistas.

Los padres, comúnmente ausentes en esta dinámica, permiten un vínculo fusional, dual, al no interceptar los deseos inconscientes maternos que se vuelcan sobre la hija. Muchas veces, el padre tiene conductas que se emparentan también con “*lo perverso*” y/o con patologías adictivas (alcoholismo, juego etc.).

Las angustias de desmoronamiento narcisista que presentan *las pacientes*, expresan también *lo arcaico* de las fallas en la estructura de su psiquismo. Nos encontramos con *angustias primitivas* en el sentido Winnicottiano. Una forma de defensa para Winnicott (23), *es dar vida a la existencia de lo que falta, de lo negativo*. El vacío primario es para este autor aquello que existe: “antes de empezar a llenarse”. El paciente, dice Winnicott: “*teme la horrenda sensación de vacío y, para defenderse, organiza un vacío controlado, esto es, se niega a comer..., o bien se llena implacablemente mediante una avidez que es compulsiva...* Cuando el paciente puede *llegar al vacío mismo y tolerar ese estado...* comer empieza a ser una función que no está disociada (o escindida) como parte de la personalidad”. (Los subrayados son míos).

Jimena de 12 años, estando internada en *grave estado de desnutrición*, necesitaba *canturrear en forma permanente*, como forma de *sostener un Yo* que se desvanecía al igual que su cuerpo. Sólo dormida podía dejar de canturrear. En determinado momento, pide unos

masajes a las enfermeras que *la cuidaban y jugaban con ella*. Los masajes, que podían sentirse sólo como “libinizadores”, marcaron *un precario límite corporal* a través de la mano del otro. Mientras los masajes eran dados, *ella podía abandonar su canturreo*.

Cuando estas pacientes salen del estado de desmoronamiento lo logran, a veces, *a través del odio que las arma* y que es dirigido a sus madres. Este odio es de una intensidad tal, que creo está tratando de tapar el odio que tienen a su propia dependencia con sus madres. *Es un odio discriminatorio*.

Jimena le dirá a su madre tiempo después del alta: - “*si tu decís que me querés, te tenés que matar, porque yo quiero que tú te mueras...*” “*no soporto tu cara, no soporto verte, parecerme a vos...*”. En ese momento, Jimena vivía la situación como “*Yo ó el otro*”, sin ninguna alternativa a esta lógica.

Esta pacientita golpeará a su madre, quien, me mostrará los moretones como víctima inocente de su hija. *Un vínculo sadomasoquista* violentísimo se desarrolla ante mí. Sometido-sometedor alternan y temo por la vida de mi paciente, que amenaza con matarse y no es cuidada lo suficiente. Un día, la madre entrará a una entrevista sola para preguntarme: -*Dígame la verdad Cristina; Jimena ¿me puede matar?* Aparece la misma lógica en la mente de la madre. *El fantasma parricida* -que me deja impactada- denuncia *el filicidio anterior*. Pienso que, quizá, la fantasía de que si nacía una niña la podía matar, estaba en la mente de esta madre desde antes de nacer Jimena.

Esta fantasía materna, producto de su propia conflictiva edípica, *impide* que el *discurso materno* -parafraseando a Winnicott- sea lo “*suficientemente bueno*” como para vehiculizar el afecto, y tenga, como dice Green (14), “la función de proveer un relato del pasado como garantía de existencia desde antes de nacer, cuyas huellas no se borrarán jamás”.

Sin discurso materno “suficientemente bueno” se despliega una sintomatología que escapa a la posibilidad de crear espacios separados entre lo psíquico y lo somático. Lo subjetivo pasa a ser lo objetivo: el cuerpo. *Sin este discurso*, hay escasos o nulos recuerdos de infancia.

Casi sin excepción, estas niñas han tenido escasas fotos, casi nunca un álbum armado por sus madres y casi no encontramos fotos de ellas cuando bebés en brazos de sus madres. Según P. Jeammet, en una comunicación personal, esto puede deberse al “escaso contacto libidinizador de estas madres con el cuerpo de sus hijas mujeres”.

Tampoco le han “*armado una historia*” que les dé el sentimiento de una continuidad a su existencia.

Sabemos que existe un tiempo vivido al lado de Otro que ha querido nuestra existencia. Este tiempo es mito y sostén (Realidad psíquica y Realidad material) de un tiempo presente y futuro. Este tiempo, enlazado con el tiempo de los otros, esta historicidad permitirá que el *a-posteriori* tenga su lugar.

Cuando todo esto falló una de nuestras funciones es “convertir” los “eventos” (Meltzer) vividos en “acontecimientos” que den un *sentido simbólico a lo acontecido y a lo que está aconteciendo* logrando una subjetividad propia. Fotos, restos de recuerdos propios y ajenos, arman en varios casos, un precario “puzzle”, que les permite empezar a salir de un angustioso estado de anhistoricidad. *Escapar del puro registro de lo somático*.

Una paciente me dice: “*Me siento como si no pudiera sentir nada, mi madre lloraba angustiada y yo la miraba y la sentía lejos, como que no tenía nada que ver conmigo, no me daba pena, ni rabia, no me daba nada... me pasa con muchas cosas... a veces pienso que sólo yo me importo y a veces, pienso que ni ahí, por eso debe ser que ni de mí misma me acuerdo*”. Otra paciente dirá: “*Siento que no he tenido una vida desde que me doy cuenta que no tengo recuerdos; antes no me daba cuenta o creía que todo el mundo era igual. Me esfuerzo y es imposible, ellos me cuentan o veo las fotos, pero nunca estoy segura si algún recuerdo es mío o es de otro y yo estaba ahí*”.

Cuando aparecen recuerdos éstos pueden tener el carácter de “*lo siniestro*”. Volvamos a *Jimena* ahora con los 14 años y a dos de comenzado su análisis. En una sesión traerá un recuerdo de su no muy lejana infancia: “*cuando yo tenía 6 ó 7 años, me acuerdo que no me quería parecer a mi mamá y todos me decían que era igual a ella. Yo pensaba que ella usaba una careta para parecerse a mí y que su cara yo no la conocía*”

.Jimena y sus padres, me habían expresado, hasta ese momento, de **los miedos intensos** que la niña tenía **a una muñeca** de porcelana antigua, que su padre le había traído de un viaje. Esta muñeca, debía permanecer siempre escondida de su mirada, la podía asesinar con solo mirarla. Jimena la había traído, para que “la miráramos juntas”, a una sesión (escondida dentro de una bolsa).

Lo arcaico, con toda su fuerza esquizo-paranoide, (identificación proyectiva mediante), intensificado por la problemática narcisista especular y fusional, dan cuerpo a estas **fantasías bizarras** que sostienen lo siniestro de este recuerdo. **Aquello que debía ser familiar, se convierte en mi doble especular, asesino y persecutorio.**

El “Poder” que tienen las pacientes

¿Cuál es el “supuesto poder” que ellas tienen y las lleva, a veces, a la misma muerte ante la impotente mirada de los otros?

Estas pacientes se manejan con **mecanismos** defensivos que les otorgan un **sentimiento enorme de poder** (6) al que no quieren renunciar.

Tomaremos en forma provisoria lo que Piera Aulagnier denominó estructura de la perversión, pues nos sirve para ejemplificar lo que queremos expresar.

Las pacientes poseen un **mecanismo defensivo: la desmentida**. Desmentida de la delgadez, que es una desmentida de la posibilidad de la muerte. No sienten el hambre ni el cansancio, en suma, **la necesidad y el deseo por el objeto**. Su reconocimiento las sumiría en una angustia absoluta ante la indefensión y el desamparo. Es así que se autoabastecen devorándose a sí mismas y creen, así, que el desamparo no las toca.

Me dice Verónica de 17 años: “Llegué hasta acá (31 k.).

No me puedo imaginar cómo puedo ser yo sin sentirme flaquita. Me acostumbré. Me agarro la pierna y digo: está flaquita, pobrecita”. (Se toma la pierna con ambas manos y le habla dulcemente, cuando le dice “está flaquita” a la pierna, el gesto es como de sostener un bebé y mimarlo). Continúa: “Yo me protejo, me abrazo yo a mí misma, me quedaría así, sin placer, sin dolor, seguiría así...”

Presentan una **actitud frente a la Ley**: si el perverso subvierte la Ley del Edipo y la Castración, ellas que subvierten?: **una ley primordial es desafiada: el hambre y la vida**. En estado de caquexia me dirá: «Nunca me sentí débil; ni un resfrío; no entiendo cómo decís que hay riesgo de vida. Yo asocio muerte con cama y sanatorio; la gimnasia que yo hacía, es lo contrario de la muerte. Nunca me mareé en gimnasia y **cuanto más flaquita, más gimnasia hacía; bastante resistente era**». (Lo dice desafiante) «Por dentro mi organismo estaba fuerte. **Cuanto menos comía, más sana me sentía; si como chocolate, más insana; si como verdura, más sana. Mi madre me empezó a obligar a comer dulces; entonces, yo dejé de comer lo de ella y lo mío. Estoy cansada, todo me repugna, toda la comida... De repente me mira con odio y, bruscamente, aparece otra paciente que con gran hostilidad me dice: «No les importa lo que yo siento, lo importante que esto es para mí; no les importa lo que yo siento al comer esas cosas; lo único que les importa es que yo engorde, por eso no engordo nada, para darles bronca».**

Jugando a una especie de Ruleta Rusa con su quinceavo vómito en un día, Cecilia me dirá: «compré comida para poder seguir vomitando, yo no vomitaba para comer, comía para vomitar... **pero salí viva ¿viste?**

El placer de **la trasgresión** no es ajeno a estas palabras. **Momentos puntuales de desafío** en donde el **vacío de sentido, la omnipotencia y la desmentida** se entrelazan en una trama **perversa autodestructiva**. Dominando la necesidad, el poder se vive como absoluto y omnipotente.

Para P. Jeammet (18) éste es **el riesgo: aceptar los desafíos** pues ellas lo pueden continuar, si se los aceptamos, hasta la misma muerte.

En estas pacientes **la repetición** se impone como escenario de lo acontecido. La repetición tiene que ver con el yo ideal y los efectos del Narcisismo primario tanático. Para B. Brusset se ve aquí la: **“dependencia con el objeto materno en toda su destructiva intensidad”.**

Dice la misma paciente: *Viviría comiendo flores (llora amargamente). Querría salir corriendo; desaparecer; ser libre; correr, correr y que nadie me pare; llegar al horizonte y tirarme al pasto, sola*. «Deseé ser siempre un pájaro, desde niña. Pájaro en libertad, lo deseé siempre (llora).

Un deseo de inexistencia psíquica alcanza el cuerpo en su realidad somática que, bajo el supuesto deseo de delgadez, se convierte en símbolo de esa inexistencia. Para Verónica, *separarse del Objeto es desaparecer... la inexistencia es la libertad*.

Unos años después, Verónica puede expresar: “mamá me despierta, es feo usar despertador; me trae el café a la cama... pero hoy, será que no estuvo un tiempo pero... mirá lo que me pasó! Yo me levanté para ir a hacer pichí, cuando volví a la cama, me iba a tapar y mi madre se me adelantó... yo sentí algo raro...eran mis manos y las de ella haciendo el mismo movimiento...*de quien eran las manos?*...me enojé..., la eché del cuarto..., me dio miedo. Pobre! ella no entendió nada, pero... es que no me deja ni un minuto en silencio, que ya me pregunta lo que estoy pensando...

A *la Repetición* le sucede ahora el *reconocimiento de un vínculo mortífero*, expresado antes sólo como *Fetiché en su cuerpo* que caminaba sin ser visto, en el filo de la muerte física, esperando que alguien lo libidinizara para poder vivir.

Creo fundamental, en el tratamiento de estas pacientes, mantener un lugar *de terceridad* desde el inicio, diferenciando nuestro deseo del de ellas. Un lugar *de límite* -que es un lugar *de protección* de la identidad-, donde disminuye el miedo a la fusión y a la dependencia, permitiendo, “si todo va bien” -como nos decía D. W. Winnicott- que *encuentren el camino de su propia identidad*.

Resumen

El poder de lo socio-cultural y de lo arcaico en las patologías Alimentarias

María Cristina Martínez de Bagattini

En este trabajo se trata de tender un hilo conductor entre lo social, lo familiar y la propia estructura de estas pacientes que habrán de devenir anoréxicas. Dentro de lo social, se resaltan las características de factores que caracterizan nuestra época, y tienen incidencia en determinadas estructuras familiares. Se resaltan los aspectos del Narcisismo tanático materno, de los fantasmas que producen trastornos vinculares precoces, que, entramados en el posterior tránsito Edípico, generan fallas en la estructuración del psiquismo de la hija. Fallas en soportes narcisistas adecuados y en la constitución de “lo Femenino”. Se utiliza, provisoriamente, la estructura de “la Perversión”, para dar cuenta del funcionamiento de estas pacientes en la etapa aguda de la enfermedad.

Summary

The power of the social and cultural aspect as well as that of the archaic in eating disorders.

María Cristina Martínez de Bagattini

This paper tries to set a connecting theme between the social and family aspects and the self structure of these patients who will turn into severe food disorders.

From the social side, the author points out characteristics which are typical of our time and have an incidence on some family structures.

Some aspects of the mortal maternal narcissism and those of the phantoms taking part in the mother-daughter relation are brought up.

These archaic disorders are later entwined in the oedipic process and cause failures in the structuring of the psyche, failures in satisfactory narcissistic supports and in the constitution of "femininity".

The author provisionally uses the structure of "perversion" to show how these patients behave in the acute stages of their illness. Clinical vignettes are shown to illustrate these ideas.

Descriptores: **GENERO / PERVERSIÓN / DESMENTIDA/
ODIO / MATERIAL CLÍNICO /**

Descriptor propuesto: **LO ARCAICO**

Bibliografía

1. ARLOW, J.: GREEN, A. (1994). El tiempo en psicoanálisis. En: *Zona Erógena* (18).
2. BAGATTINI, C.: (1989). Entre el placer de un vínculo perdido y el fetiche. Trabajo presentado en Reunión Científica de la A.P.U. Montevideo, Octubre
3. BAGATTINI, C.: (1993). En los límites entre la perversión y la neurosis. En: *La Neurosis Hoy*, VIII Jornadas Psicoanalíticas del Uruguay, APU.
4. BAGATTINI, C.: (1994): María de los Ángeles: Un caso de Anorexia Nerviosa. Trabajo presentado en Jornada Científica de APU al Prof. Otto Kernberg Montevideo, Noviembre 1994.
5. BAGATTINI, C.: (1995): Cuerpo, tiempo y recuerdos en la Anorexia Nerviosa. IX Jornadas Científicas Abiertas de A.P.U. En: «*Lo Arcaico, Temporalidad, e Historización*». Montevideo Set. 1995 Comisión de Publicaciones de A.P.U: 351-357.
6. BAGATTINI, C.: (1997): Anorexia nerviosa y bulimia. Su relación con lo perverso. En: *Rev. Uruguaya de Psicoanálisis*, APU 84-85.
7. BAGATTINI, C.: (1998). Trastornos severos de la Alimentación. Anorexia Nerviosa y Bulimia. En: *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. V.62, Nº 2.Octubre 1998.
8. BAGATTINI, C. (2000): Duelo por algo que nunca existió. Angustias narcisistas en la niña y su posterior evolución. Congreso: Los Duelos y sus Destinos.
9. BAGATTINI, C. (2003): El Proceso de Enfermar. Congreso de APU.
10. BRUSSET, B. (1992): Psicología y Metapsicología de la adicción bulfímica. En: *La Boulimie- Monographies de la Revue Française de Psychanalyse*, PUF.

11. BRUSSET, B. (1969) : L'anorexie mentale des adolescents: Contributions a l'étude de ses significations psychopathologiques, Thèse, Paris, 116 p.
12. CORCOS M., JEAMMET, Ph.: (2003). *Las Conductas de Dependencia* Ed. Masson, París,
13. FREUD, S.: (1914). Recordar, repetir, reelaborar. *O. C.* Ed. Amorrortu, T. XII.
14. GREEN, A. (1992). Tiempo y Memoria. *Psicoanálisis* 14:3
15. GIL, D. (1989). *La Castración*. En: Gil D., Porras L. (edit). *La Castración: Freud, Klein,*
16. JEAMMET, P. : (1989) Psychopathologie des troubles des conduites alimentaires à l'adolescence. Valeur heuristique du concept de dependance. En: *Confrontations Psychiatriques*, No. 31.
17. JEAMMET P., BRETON, G. :(1991) Le devenir de l'anorexie mentale: une étude prospective de 129 patients evalues au moins 4 ans après leur première admission. *Psychiatrie de l'enfant*, XXXIV, 2, 1991, p. 381 a 442.
18. JEAMMET, P.: (1992). Psicopatología de la Anorexia Nerviosa Infantil y de la Adolescencia. Conferencia realizada en el Servicio Psiquiatría Facultad de Medicina, Montevideo.
19. LAWRENCE, M.: (2003) Amándonos hasta la muerte. La anorexia y sus objetos. En: *Libro Anual de Psicoanálisis XVII*.
20. LE NESTOUR, A.: (2003). Quelques réflexions sur les relations précoces entre mère et bébé fille. En: *Mères et filles. Les menaces de l'identique*. Press. Univ. de France.
21. SAMI-ALI, M.: (1979). Cuerpo y tiempo. En: *Cuerpo real, cuerpo imaginario*, Buenos Aires, Paidós.
22. VARELA , G. (2000).- Duelo y adolescencia.. 1ª Congreso de A.P.U.
23. WINNICOTT, D.: (1974). El temor al derrumbe. En : *I.R.P.A.* V.1, Parts.1-2., págs. 103-107.

Poder y Diferencia

Saúl Paciuk*

El *poder* y *el poder*. El primero, poder para, poder de, seduce, es amable cuando susurra que está para ser ejercido invitando a poner en juego habilidades y capacidades a fin de intentar un cambio -¿crear?- en el estado de las cosas. Pero al cabo de un leve giro nos encontramos con *el poder*, poder sobre, desplegado sobre -¿contra?- la gente como imposición, dominio y sometimiento, creando una sombra que se cierne sobre variados escenarios, domésticos o públicos.

Sustantivo o verbo, el poder se hace tema, vasto campo a conocer y conocer *el poder* es des-encubrirlo (desde que se presenta como que algo *debe* ser tal como es).

Es comprensible que la consideración de lo que socialmente se llama “el poder” y sus circunstancias pueda tentar a los psicoanalistas, pero ese interés no excluye la necesidad de dirigir la mirada hacia el interior del psicoanálisis, hacia los nichos internos en que el poder tiene residencia.

I) Escenarios del Poder

En ese interior del psicoanálisis podemos considerar varios escenarios: el poder social de quien posee un saber, que deriva en el peso otorgado a las opiniones de los psicoanalistas sobre temas diversos, ajenos al psicoanálisis; el poder que va junto con el dominio de un lenguaje técnico cuya aureola de precisión y legitimidad lo pone a distancia del lenguaje de los legos; el poder que el imaginario social otorga a quien está “curado” y se presenta como pudiendo “curar” a otros; las características del poder en el seno de las instituciones psicoanalíticas (con sus “autoridades” y con el papel de los grupos que lo ejercen); el peso de las ideologías y hasta del poder político en la institución psicoanalítica; el poder del psicoanalista en el ámbito de su práctica; finalmente, el lugar del poder en la antropología psicoanalítica.

La lista es larga, por lo que mi propósito se limitará a dejar de lado los primeros, hacer una referencia somera a algunos de los siguientes y detenerme en el último escenario.

1) **Psicoanálisis y poder político.** En su contexto, Freud no ahorró sus críticas al poder. Así en “¿Por qué la guerra?” (Cartas Einstein Freud, 1932) sostiene: Comienza usted con el nexo entre derecho y poder. Es ciertamente el punto de partida correcto para nuestra indagación. ¿Estoy autorizado a sustituir la palabra ‘poder’ por ‘violencia’, mas dura y estridente?”

El poder impone, se ejerce en la imposición, y protagoniza la historia, que es historia contada por el poder, frente a la cual muchos participan de la convicción de que en cuanto cuenta el poder no contó como fin la liberación sino el ejercer -y el mantenerse en- el poder, ejerciendo la cuota de violencia que estimó necesaria.

Por otro lado, la experiencia del pasado siglo mostró la incompatibilidad entre el poder político exacerbado (como fueron los casos de los diversos autoritarismos) y las instituciones psicoanalíticas. Allí el poder se ejerció puntualmente contra el psicoanálisis

2) **En el escenario de la práctica,** la manipulación es una forma de ejercicio del poder y la renuncia a la misma debiera hacer la diferencia entre el psicoanálisis (dado su objetivo liberador) y otras formas de psicoterapia.

* Miembro Titular de A.P.U. Luis A. de Herrera 1042, Ap. 708. Montevideo

Es que esa renuncia marca el nacimiento del método psicoanalítico. Freud excluyó la manipulación desde que dejó de lado la hipnosis, la sugestión, la presión, etc. Al hacerlo postuló la vía de la escucha y de la interpretación (finalmente, la formulación de una hipótesis y su puesta a prueba) como canal de la relación analítica, y estableció como reglas la asociación libre y la atención flotante, enfatizando así la libertad como atmósfera del trabajo psicoanalítico.

Sin embargo y en los hechos, esta renuncia no siempre ha sido ni es aceptada. Así es frecuente que los psicoanalistas se reserven para sí baluartes en los que asientan su situación en posición de poder, por ejemplo, validos del poder que piden para su saber. Situación visible por ejemplo, cuando se identifican interpretación y verdad y el analista se presenta como la vía para el acceso a la verdad, dando por supuesto que el paciente no dispone de ella.

Por otro lado, el poder nutre ciertas prácticas como la que impone la duración variable de la sesión, duración que decide el analista en un ejercicio de omnipotencia y omnisciencia. Así, según la versión que da un diccionario (Chemama): “De ese modo la escansión, la detención de la sesión fuera de la jurisdicción del reloj, no sólo permite que surja en el discurso algún término esencial que así recorta: impide también al sujeto, descaminado por lo que ha podido decir, reasegurarse en su completud imaginaria, pone fuera de juego la resistencia, antes que combatirla o analizarla.”

El reloj habla (entre otras cosas) de que el trabajo del psicoanalista y del analizando acepta reglas claras y conocidas por ambos, en un psicoanálisis que lucha con una materia a la que reconoce dignidad como adversario: la resistencia que el analizando opone al poder del pretendido saber del psicoanalista, por lo tanto el psicoanalista no debería desconocer la resistencia ni ponerla fuera de juego, sino dejarla ser para hacerla objeto del trabajo.

Recordemos a Foucault: donde hay poder es que hay resistencia, y agreguemos que el ejercicio del poder brota en cuanto no se acepta (o tolera) la resistencia. Es que la resistencia es lo que hace presente a “otro” sujeto; presencia que ya está en la relación con un objeto: el objeto objeta y es objeto por su posibilidad de objetar al sujeto.

¿Cómo pensar entonces en que la resistencia quede impedida de aparecer? Si lo que hace otro al sujeto queda fuera de juego, ¿qué de él queda *dentro* de juego?

II) Momentos del poder en la teoría

Vayamos al otro escenario, eje de nuestro tema, la centralidad del poder en la teoría psicoanalítica.

Las teorías no son emanación de los hechos, más bien ellas recortan y definen y organizan los hechos de acuerdo a los criterios más o menos generales entendidos desde el ángulo de quien teoriza y nutridos por supuestos que le son propios.

Entonces, ¿podemos dejar de interrogarnos acerca de los supuestos que fundan los giros que los distintos autores han impreso a la teoría (antropología) psicoanalítica, si aquellos supuestos son, finalmente, los que dan sentido a cada teoría desde que la nutren desde su base? Y además, cómo soslayar el que los supuestos no están aislados, sino que se relacionan entre sí y forman cadenas?

De la primacía de la sexualidad, el pene y el falo. Así, por ejemplo, junto con el reconocimiento de la primacía de la sexualidad, se establece la idealización del pene y su entronización (“zona erógena directriz”), trasponiendo así el imaginario cultural y la fantasía del sujeto al campo de la teoría psicoanalítica. Ese pene idealizado y condición de poder conlleva su ecuación con el falo, el que es tomado como su representante, continuando la tradición cultural en que el falo -objeto de culto y veneración- aparece como representación del pene idealizado. Frente a lo cual cabe adelantar aquí una opción: que la idealización corresponde al orden del falo, y que es necesario invertir el orden porque el pene puede representar al falo y ser así uno de los asientos del falo, uno a igual título que otros posibles asientos, como veremos más adelante.

Pene equivale a varón, forma parte de su dotación y constituye el elemento central en la identificación tanto del varón como de lo masculino (es obvio que Freud no llega a distinguir

entre género y sexo, distinción que recién apareció en la segunda mitad del siglo XX). Y su ausencia es tomada como identificación de la mujer.

Por otro lado, la adjudicación al pene de ese lugar central, ¿deriva acaso de lo que se le adjudica en cuanto a poder? Es conveniente dar un paso atrás y decir que el pene es una vía por la cual se pone sobre el tapete y de modo inequívoco, *la diferencia*, concretada en este caso bajo el rubro *diferencia de sexos*. Cuando se privilegia al pene como marcador que diferencia -y veremos que sus razones tiene este privilegio- los humanos no se dividen entre seres con pene y seres con vagina, sino entre seres con o sin pene, con y sin valor. Este privilegio llega al punto que se sostiene que en la constitución de la llamada fase genital, el acceso a la condición de mujer se plantea como resignación o aceptación de la falta (de pene) manifestada en deponer el reclamo por esta falta.

A la vez **la diferencia funda una valoración: pene equivale a valor; pene, un órgano corporal, vale como falo, que es una fantasía**. En esta fantasía podemos reconocer varias fuentes. Una es que el pene pone de manifiesto la posesión de un valor frente a quienes carecen de él, las mujeres, y lo hace de tal modo que la presencia de vagina *sólo* es señal de carencia -y de sus consecuencias.

Otra es la dinámica propia del valor: lo valioso se funda en la medida de su escasez. El pene es un rasgo universal pero sólo entre los varones; el falo va más lejos, aparece como un bien limitado que es de pocos o de uno. Ese bien escaso es dotado de contenidos, tiene un valor simbólico, valor de autoridad, de poder soberano y hasta mágico, valores que se trasladan al varón sobre la base de que su pene legitima este traslado.

En esta cadena de conceptos tercia el complejo de castración, una fantasía que nace como una “explicación” de la diferencia anatómica: se trata de una “falta” (del falo, del valor). A su vez el marco de esta castración es el Complejo de Edipo que, como lo plantea Foucault, es un “cierto tipo de coacción, una relación de poder que la sociedad, la familia, el poder político establece sobre los individuos”, relación de poder que, decimos nosotros, se basa en un juego de idealizaciones del que participan varones -y también mujeres: pero este juego no ocurre sobre el plano de lo anatómico sino en el plano de la fantasía del valor.

A la primacía del poder. La figura del varón es la tenida y tratada como dominante -valiosa- en el ámbito de nuestra cultura, por lo cual la diferencia anatómica se une a una diferencia social que enfatiza los valores (fálicos) del pene. Desde que el pene y el falo se asocian a poder, el lugar de privilegio que Freud les otorga está en continuidad con el que le reconoce la cultura y así como la naturaleza legitima al hombre como poseedor del pene, la cultura legitima la posesión del falo y del poder por quien tiene pene y el psicoanálisis está propenso a tomar como “mujer fálica” a quien es vista como encarnando algún poder. Quizá sea un síntoma la indistinción frecuente entre falo y pene.

El valor del pene como señal de poder está reforzado por el complejo de castración, un barrunto de la voluntad de otro (con falo) que impone al sujeto determinados límites a sus deseos.

De modo que a su turno la castración también habla de poder, de un poder que supuestamente otro puede ejercer y que es capaz de quitar poder a algunos de los que poseen pene. A partir de aquí, habrá que decir que si bien todos los varones tienen pene, no todos tienen falo. Por lo tanto no todos los penes (falos) tienen igual poder, lo que saca a los varones del terreno de la superioridad otorgada por la naturaleza y los reinstala en el terreno de la diferencia, que es un terreno social.

Lo natural (pene), lo social (poder).- ¿Qué importancia tiene la asociación pene-falo-poder y el que la diferencia quede -o no- anclada en (y legitimada) por la naturaleza?

En la medida en que Freud afirma como eje de su teorización el conjunto pene/falo/castración, haciendo girar en torno a ellos su concepto acerca del desarrollo personal (desarrollo psicosexual) y la psicopatología y por lo mismo, la antropología que sustenta su sistema, está haciendo una fuerte apuesta por el poder como siendo, por naturaleza y de hecho, un centro de gravedad de la vida humana.

Ahora bien, ¿qué conlleva esta “naturalidad”? El pene habla de diferencia, es un signo de una diferencia que, en la medida en que ancla en la naturaleza, dice que fue y será siempre así, planteando una concepción fuertemente conservadora.

La diferencia como asunto natural manifestada en lo anatómico, es evidente, pero en lo social, en la interacción entre humanos, el poseer poder no está en lo evidente sino en el terreno de lo supuesto y, por lo tanto, de lo necesitado de reconocimiento por parte de los otros. Por lo cual la castración no necesita ser un hecho ni una huella de hechos pretéritos, le alcanza con ser un complejo que especula en torno al reconocimiento debido o esperado.

De modo que ambos planos, el natural y el valorativo, pueden dissociarse y por ello si bien los varones pueden invocar su falo frente a las mujeres (las que se deberían considerar castradas), a su vez los hombres pueden esperar sentirse castrados frente a otros hombres, los dotados de poder o de mayor poder ¿o de esa idealización que es el falo?

III) La castración, ese sostén del poder.

El término “poder”, en tanto verbo, reconoce al menos dos sentidos:

-poder para (algo), poder de hacer tal cosa, *potentia*

-poder sobre (alguien), *potestas*

Pero además se habla de “el poder”, un sustantivo. El poder es abstracto, no es una posesión o una carencia absoluta y definitiva. Es que hablar de *el poder* es referirse al establecimiento de *relaciones de poder*, en el marco de contiendas por el reconocimiento que toman la avenida del cotejo acerca de cuánto es el poder de cada contendor. De modo que “el poder” es siempre relativo, refiere a relación entre poderes en las que un poder puede cuestionar, invalidar o someter a otro poder, por ejemplo, imponiéndole normas propias, lo que sería igual a perder el reconocimiento de su posesión (castración).

¿Qué ofrece el poder que lo hace tan tentador a pesar de su precariedad? Digamos que el poder se asienta en varios supuestos. Supuestamente, el poder le abre a quien lo detenta, el acceso a los bienes (por ejemplo, mujeres o riqueza) que se supone que son fuente de infinitos goces, y el poder también permite defender esa posesión. Es que, supuestamente también, otros desean el lugar de quien detenta el poder y desean desplazarlo, quitárselo.

Entonces el poder habilita para ser tenido por los otros como sujeto de esos goces supuestos y para disuadir a otro en su intención de privarle de la posesión de esos bienes. Algo de esta lucha entre poderes es lo que ocurre en la “fantasía antropológica” formulada por Freud: allí el padre usa su poder para apoderarse de las mujeres e impedir la unión de sus hijos con ellas, impone su norma como propietario. Y a su vez los hijos se reúnen para sumar poder y librarse del obstáculo que representa el poder del padre, enfrentándolo con un poder más poderoso. Todo lo cual supone que la norma busca alejar de los goces indecibles de que disfruta el poderoso en sus uniones.

Si esta descripción es correcta, ¿no dice ella que estamos ante la tensión -llamada por Freud *displacer*- originada en las señales que hablarían de que se está en el escenario de la fantasía conocida como ¿pareja combinada?, la que es la matriz de fantasías fundamentales en el mundo psicótico tales como la de la madre prostituta?

Es decir, estamos más allá de lo estrictamente dual del cotejo entre uno y otro sujeto, se involucran otros, la estructura ternaria que conocemos como complejo de Edipo. Y el Edipo ha sido fuertemente vinculado con lo social y lo político, con el poder socialmente entendido.

Poder en las teorías.- Varios pensadores se muestran discordantes (¿hasta dónde?) con Freud en cuanto a la centralidad y referencia última del pene, y sus planteos son de interés para nuestro tema. Por ejemplo Fromm, en “El lenguaje olvidado” sostiene que Edipo “es el símbolo no del amor incestuoso entre madre e hijo, sino de la rebelión del hijo contra la autoridad del padre en la familia patriarcal.” Lo que interesa entonces es la victoria del hijo sobre el padre en los conflictos del pasaje de la sociedad matriarcal a la patriarcal, siendo su pareja con Yocasta (lo erótico) un elemento secundario. Lo probaría el que su emparejamiento no ocurrió como deseo incestuoso, sino como recompensa por haber descifrado el enigma de la Esfinge, y el que

esa recompensa consistiera en primer lugar, en ocupar el trono que había sido de Layo, padre de Edipo.

En esto Fromm está próximo de Foucault, quien en “La verdad y las formas jurídicas” sostiene la tesis de que la tragedia de Edipo no reposa sobre el “deseo inconciente” sino sobre la historia de la lucha por el poder político. Foucault encamina su análisis a mostrar que uno de los temas de la obra de Sófocles es el descubrimiento de la verdad. Agrega que es necesario tener en cuenta que el título de la obra no es Edipo el incestuoso, ni Edipo asesino de su padre, sino Edipo Rey. Claro que ello no obliga a leer la obra de Sófocles vaciándola de su contenido erótico.

Raíz de la diferencia.- ¿Qué busca entonces el poder? El complejo de castración habla de una imposición, somete a la norma que establece otro, para mantenerse en su lugar (un lugar atribuido por el sometido) en la fantasía de la pareja combinada, así se demuestra y preserva el poder su titular. Esa norma impone *reconocer* el poder y desistir de desafiarlo.

De modo que el planteo apoyado en la diferencia por naturaleza hace crisis desde que no basta con tener pene, desde que algunos de los que tienen pene son capaces de (tienen la potencia, el poder de) imponerse a otros sujetos también dotados de pene.

La diferencia ahora aparece anclada en lo relacional, en la necesidad del reconocimiento (y la posibilidad de que le sea negado) y esto debilita la base de la certeza acerca de la posesión del poder. El recurso al narcisismo también supone que no basta lo anatómico, por lo que el sujeto debe colocarse a sí mismo más allá de toda diferencia, y por encima de todo posible cotejo con otros, antes de toda relación efectiva con ellos.

Cabe decir entonces que el poder (y la castración como una de sus manifestaciones) se juega en el terreno de la relación con el otro y la castración ocurre no como hecho real sino como una manifestación de la presencia de un otro.

Para hacer algo de luz sobre esto, volvamos a preguntarnos ¿qué quiere el poder? El poder es de quien puede aparecer (en la fantasía de alguien) como cumpliendo sus deseos (hace, logra y tiene todo lo que puede querer). Es decir, vive en la fantasía que se hace un sujeto acerca del lugar de otro en la pareja combinada.

Al poder le va unida la fantasía de la pareja combinada propia (que por el solo hecho de ser fantaseada por un sujeto como siendo la situación de otro, este otro deroga el valor de la pareja del sujeto). Es la fantasía de la unión de los poderosos, la orgía, que dice que el sujeto en esas uniones puede todo –“coitos” múltiples y relaciones sin límites, todo el tiempo: poder a nivel de omnipotencia.

El poder tiene aquí un fin, el no reconocimiento del otro como otro, el negarlo o impedir que se manifieste como otro porque entonces puede aparecer como capaz de dar cumplimiento a sus deseos, es decir, desbaratar la fantasía de la pareja combinada.

Daré un ejemplo tomado de una situación cotidiana. En la playa, un niño lleva un perro con una correa al cuello. Van por la orilla del agua y el perro hace esfuerzos por entrar al agua en tanto el niño se lo impide, retirándolo con vigor apenas toca el agua. Alguien le dice que sería bueno que lo deje hacer lo que el perro quería, que lo deje entrar al agua, que puede hacerlo sin necesidad de soltarlo y respondió: “No. Hago así porque tengo ganas.”

El niño satisfacía sus ganas -impedir que el perro pudiera satisfacer las propias- y así ejercía su poder.

El poder esclaviza, fuerza, impone hacer lo que el amo quiere, que parece ser sobre todo, impedir que el esclavo pueda hacer lo que quiere. Finalmente, busca impedir que el esclavo se le aparezca como otro sujeto. Es poder de decir ¡No! ¿No a qué? No al otro como otro, porque como tal precipita en la fantasía de la pareja combinada, pero la de él.

Entonces la lucha por el poder se vuelve lucha por el lugar en o fuera de la pareja combinada o por impedir o separar la pareja de otro. Y la diferencia se hace diferencia en el lugar: en o fuera de la pareja combinada.

IV) “Otro”, nombre de la diferencia.

El pene articula la diferencia y la naturaliza y hace lo propio con el poder en la medida en que lo encarna siendo asiento del falo. Si se considera que cuentan otras diferencias, el pene pierde su lugar como referente último y privilegiado. Freud no las reconoce (puede hablar de niños y heces como encarnación del falo, a los que toma como sustitutos del pene), por lo que su planteo soslaya que hay un “antes” de la posesión o carencia de pene, otras posibles fuentes de diferencia.

Demos vuelta la cuestión. Hagamos otra hipótesis: que a lo que Freud se enfrenta es al hecho de la diferencia, un enigma vivido como tensión y que desde siempre desafió la situación del humano y que quizá sea uno de sus rasgos salientes.

Veamos la tensión. Freud pocas veces usa el término tensión y más bien habla de *displacer*. La tensión está ya en la excitación y su presencia se refuerza al presentarse como *displacer* originado en los obstáculos que encuentra la excitación en su camino hacia su descarga, obstáculos que llevarían al síntoma, esa nueva fuente de tensión.

A toda vida le es inherente un cierta tensión y lo que diferencia las diversas formas de vida es el modo como cada ser se ubica frente a esa tensión. Para acotar nuestro planteo bastará que recordemos que es propia del ser vivo la atención a su medio y la curiosidad, una especie de interrogación acerca de qué está pasando; que a los sistemas musculares les es propio mantener siempre un cierto tono; y que rescatemos la necesidad de modificar el medio, sea para satisfacción de tensiones internas (hambre por ejemplo), sea para adecuar el medio al mejor cumplimiento de las necesidades de cada sujeto.

V) El planteo de Klein

Por otro lado, si el falo escapa a la necesidad de su ecuación con el pene y puede encarnar en todo otro atributo, entonces lo que se diga del falo puede valer tanto para hombres como para mujeres y con ello entramos en otro terreno, terreno que precisamente explora la obra de Melanie Klein. Ese terreno es el de la diferencia y sus destinos en el sistema signado por la alteridad y la envidia.

Toda diferencia menta lo valioso que tienen algunos y no tienen otros y esa diferencia en ciertos casos –en los que ella se vuelve importante, decisiva– puede ser representada por el falo; todos esos aspectos viven en la fantasía, es decir, que la posesión o la carencia y el valor, ocurren como fantasías.

La atmósfera de estas fantasías es la envidia, ella enmarca tanto que exista o no algún valor (falo) en juego, como el valor de su posesión, como el riesgo de su pérdida, como la importancia de la carencia. Digámoslo de otro modo, el valor y la certeza del valor y de la posesión del falo radica en que otros (reales o imaginarios) reconozcan al sujeto como su poseedor -que valoren como falo lo que alguien muestra como su posesión. Ello hace que para el propio sujeto sea siempre precaria esa posesión, ya que su base pende del reconocimiento que puedan otorgarle o negarle otros, otros que a su vez están afectados por el falo que postula tener el sujeto. Una forma de confirmación, de reconocimiento, es el que le otorga la envidia de otro, pero a la vez que reconoce, la envidia tienta destruir el valor -fuente y manifestación de la diferencia- y así poder negar el reconocimiento. Esta envidia ahora es propia tanto de varones como de mujeres.

En este marco, falo nombra lo envidiable, lo dado a envidiar, el falo diferencia o da contenido a **toda diferencia** (quién tiene, quién no tiene, qué es lo que tiene) y establece una diferencia **que hiere a otro a partir de reconocerla**, por lo que cada uno puede negar que ese otro posea el falo y vivir al otro como que lo niega a él.

Si lo buscado y afirmado es el marcador de una diferencia, ¿por qué el *éxito* del pene? La idea de “defensa” podría darnos una pista para la respuesta: quizá por esta vía sea posible atenuar (o trabajar) la angostura propia del ámbito de la diferencia. En efecto, asentándose en el plano del poder, la diferencia se transforma en controversia, en disputa acerca de los poderes relativos de los que pasan a ser contendientes. En cambio mantenerse en el terreno de la

diferencia abre hacia el reconocimiento de la envidia como atmósfera de la relación, con sus angustias propias, sus tensiones específicas. Es desde allí que cobrará sentido la opción por el poder, la tentación del poder como “defensa” frente a la tensión de la diferencia.

En un sentido y sin que ello implique voluntarismo, *se opta* por el poder (en la vida y quizá también en la teoría) como modalidad de defensa frente al otro y frente a la envidia. En todo caso ella puede intentar la ruina del otro (por el sometimiento, la manipulación, su negación como otro) y justificarla en tanto lo puede presentar como enemigo (posición esquizo-paranoide).

La opción por el pene es, culturalmente, lo manifiesto, y también la más exitosa; ella es la materia de las crónicas históricas y políticas (el mundo es de los varones y sus competencias) y estamos condicionados para leerla de ese modo (además, no hay otra historia). Sin embargo, claro que privada y silenciosamente, la opción por la envidia satura nuestras vidas reales y cotidianas, y es la materia de todas las crónicas sobre la vida contadas por la literatura más difundida: teleteatros y telenovelas. Solo que para los varones, ello no existe, se trata apenas de un asunto menor, propio de mujeres, asunto del cual ellos piensan que, por fortuna (la fortuna de tener pene), están libres.

Mientras Freud hace del tener o no tener pene *el punto crucial de toda diferencia*, en el pensamiento de Klein la tensión por la diferencia se mantiene y toma distintas formas: angustia, envidia, y vale como motor de la vida y no como molestia a eliminar.

Si podemos hablar todavía de un referente último, allí podría estar la fantasía de la pareja combinada en la que el otro dispone de todos los goces, con lo que se elude el solipsismo freudiano y se va al reconocimiento de una socialidad de fondo. Las diferencias concretas remiten a la diferencia en cuanto al lugar de cada uno en la fantasía de la pareja combinada, es decir, al lugar de cada uno en la situación edípica primordial.

La envidia parte de reconocer la (pretensión de) igualdad y (la tenida por realidad de) la diferencia. Ella expresa la protesta y sufrimiento porque la igualdad (supuesta como base, la indiferenciación) ha sido alterada, en beneficio de otro.

Ese otro tiene entonces lo bueno, ha recibido un don, esto quiere decir tiene un goce por algo que se considera como recibido (ha sido beneficiado, privilegiado) y que a su vez por eso bueno es capaz de dar goce a otro, de ofrecerle un don. Es que la propia gratitud es ya un don, es permitir el placer al donante y a través del placer del recipiente.

Entonces el poder (envidioso) queda como poder para impedir la unión gozosa de otros, escapando así a lo que se le presenta como la pareja (parental) combinada del otro. El énfasis en el poder recubre otra diferencia, la diferencia frente al goce. Lo que castra es el goce supuesto entre “ellos” en la fantasía de la pareja (parental) combinada. Es para el padre (ejecutor supuesto o potencial de la castración) el goce que podrá tener el hijo, es para el hijo, asesino de su padre, el goce que supone que el padre debe tener.

Pero goce es un término demasiado general. Este “goce” cambia de contenido, contenido que va desde una ocasión para lograr un placer infinito e ilimitado, hasta la capacidad de dar y recibir, es decir, un marco esencialmente reparatorio, capaz de hacer lugar a la creatividad.

VI) ¿Posmodernidad?

Quisiera hacer una mínima consideración acerca de la actualidad del giro kleiniano en la antropología psicoanalítica, por permitir recuperar el valor de las diferencias y la diversidad, en contradicción con la postulación de un único plano de diferencia, el de la presencia o ausencia de pene.

Los ensayistas que consideran este momento de la sociedad y la cultura hablan de profundos cambios en proceso que irían en dos direcciones opuestas: mayor centralización (por ejemplo, globalización) y empujes hacia la diversificación (cuestionamiento del poder, reclamo de descentralización, crisis de la familia y del lugar de los padres, cambios en los roles sociales, devaluación de los ideales y de las utopías, etc.). De modo directo, estos cambios ponen en cuestión el lugar del poder tal como lo conocimos y llevan tanto hacia la unificación bajo un

superpoder o bien hacia la desagregación en camino hacia la afirmación de cada singularidad: el énfasis en el poder representaría la acción destinada a cerrar este camino.

El giro planteado en el psicoanálisis parecería acompañar esos cambios y ofrecer elementos para comprenderlos.

Frente al centralismo y la uniformidad -que son a la vez necesitadas e impuestas por el poder- aparece hoy con fuerza el empuje hacia la diversidad y con ella la libertad para ser y crear fuera de todo canon, lo cual hace lugar a la multiplicidad de las diferencias.

Estos cambios conllevan sus consiguientes malestares, aparecen como una fuente multiplicada de esa tensión, de esa angustia que llamamos envidia.

Resumen

Poder y Diferencia

Saul Paciuk

El pensamiento de Freud se sustenta en una antropología que intenta responder al *enigma de la diferencia*. Plegándose al prejuicio vigente, la diferencia es entendida por Freud como girando en torno del pene (tener, no tener) y su ocasional correlato, el falo.

Por esa vía queda preso en el círculo del poder evidenciado, por ejemplo, en la importancia otorgada al complejo de castración (el que habla, finalmente, de coacción y dominio).

Enfatizando la vertiente del poder, deja en la sombra el supuesto goce fantástico del padre con sus mujeres, del cual el hijo se considera excluido.

Todo progreso en el pensamiento supone dar un paso hacia atrás. Y es Klein quien se ubica “antes”: recupera el énfasis en lo que hace a la diferencia y permite que ella exhiba el valor de sus variados contenidos: en fecundidad, en capacidad de don y de creación, de goce. Concomitantemente la envidia toma su lugar como complejo de posiciones ante la diferencia.

Summary

Power and Difference

Saul Paciuk

Freud's ideas are sustained by an anthropology that tries to answer the *enigma of difference*. Joining the standing prejudice, difference is understood by Freud as revolving around the penis (to have, not to have) and its occasional correlation, the phallus.

In this way it is trapped in the power circuit evident, for example, in the importance given to the castration complex (that finally speaks about coercion and authority). Emphasizing the power's point of view, it casts a shadow upon the assumed father's wondrous possession of his women, from which the son is excluded.

Every progress in the field of ideas supposes a step back.

And it is Klein who places herself “before”: recovers the emphasis in that which makes the difference and allows it to exhibit the value of its various contents: in fecundity, in capacity to give, to create and to enjoy. At the same time envy takes its place as complex positions before the difference.

Descriptores:

**PODER / FALO / CASTRACIÓN /
ANTROPOLOGÍA / PSICOANÁLISIS/**

Bibliografía

CHEMAMA, *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, s. f.

FOUCAULT, M., *Microfísica del poder*. Madrid, Ed. La piqueta.

FREUD, S. (1912) Totem y Tabú. En S. Freud, O.C. T. XIII, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.

FREUD, S. (1932); ¿El porqué de la guerra? En S. Freud, O.C. T. VIII, Madrid, Biblioteca Nueva.

FREUD, S. (1931) Sobre la sexualidad femenina. En S. Freud, O.C. T. VIII, Madrid, Biblioteca Nueva.

FROMM, E. El lenguaje olvidado.

KLEIN, M, (1957) *Envidia y gratitud*. Buenos Aires, Ed. Hormé, 1969.

PACIUUK, S. (2003) Horizontes de la relación de objeto. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, N°. 98, 60-86.

La fobia, estructura originaria del pensamiento¹

Annie Birraux*

La investigación que culminó, hace algunos años, en la elaboración y publicación de esta tesis teórico-clínica, se había orientado inicialmente hacia el tema de los movimientos de transferencia y de contra-transferencia en las curas de adolescentes. La idea, el hilo conductor de este trabajo, no era tanto el de calificar la relación de objeto adolescente, de especificarla en contraposición a un caso infantil o adulto, sino más bien la de comprender en el inicio de la terapia, la forma de emerger casi sistemática de posiciones fóbicas, a veces violentas, a veces más moderadas pero comprometiendo todas de manera crítica la continuación del proceso.

Hoy podría generalizar con gusto, el hecho de que toda cura adolescente se organiza en un momento en el que el analista es vivido como un perseguidor. Esta experiencia trae aparejada, ya sea el rechazo, la ruptura del vínculo, o el advenimiento de un espacio de *insight*. Diría también que estos momentos fóbicos no pueden ser asimilados a aquello que emerge sintomáticamente en las curas de adultos. Primero, en razón de su imprevisibilidad: no se pueden anticipar dentro de una “lógica de sentido”; tampoco pueden ser siempre considerados como producto de una falta técnica; y segundo, de acuerdo a su resolución: estas posiciones no generan necesariamente una evolución psicopatológica cualquiera, pero pueden testimoniar un momento potencialmente fecundo, siempre y cuando se puedan marcar las salidas.

En realidad, estos movimientos parecían tener una mayor relación con el miedo o con el terror, incluso con el pánico, que con una eflorescencia de angustia neurótica. Parecía tratarse de certezas de *hic* y *nunc* que no requerían necesariamente una relación con la historia infantil o testimoniaban una incapacidad de reinvestir ésta de acuerdo con una especie de fracaso al recurso del pensamiento, o de forma más amplia, a la representación. Me interesaron entonces estas puntualizaciones en el decaimiento de la cura en donde el encuadre, en el cual estaba incluida, se tornaba malo, peligroso y persecutorio, y en donde todo estaba coordinado para significármelo, ya fuera en la palabra, o en las múltiples puestas en escena de la agresividad o del rechazo.

Hace veinticinco años, la adolescencia ya no era quizás la “Cenicienta” del psicoanálisis, pero nuestros instrumentos de pensamiento permanecían aún sin ser pulidos. Las indicaciones del inicio de terapia del adolescente, por parte del psicoanalista, estaban a priori afectadas por valencias limitantes, de manera que una interrupción de la cura o una imposibilidad de iniciar el trabajo con el adolescente podían aparecer, en suma, como cosas completamente banales y normales, siendo la excepción la conducción de la cura. El recurso a lo ya sabido sobre la tendencia del joven al acting, sobre su incapacidad para comenzar con las representaciones incestuosas y parricidas, o para entender su mundo interno, siendo éste un real no elaborable, cerraría fácilmente la dinámica de trabajo antes siquiera de haberle dado la oportunidad de comenzar.

En esta coyuntura sin embargo, se perfilaban nuevos modelos, esencialmente del lado de la psicopatología grave- psicosis y dependencias- que alimentaban a los clínicos con la idea de que quizás todo no habría sido dicho, o que en todo caso este período de la pubertad merecía una segunda lectura, merecía ser aprovechado como paradigma del tema del sujeto, de la apropiación que éste último realizara de la historia de su infancia y de su destino. Un momento crítico de repetir el Edipo, de modelar la economía psíquica posterior, o un momento específico de vincularse o desvincularse luchando por un poder organizador (desorganizador o reorganizador) del impacto de la pubertad sobre el psiquismo.

¹ . Birraux, A. (1997).- *La phobie, structure originaire de la pensée*. En: Fine, A., Le Guen, A., Oppenheimer, A.-dir.- **Peurs et phobies**. - pp. 135-157. - París: Presses Universitaires de France.

* *Psiquiatra, Psicoanalista. Profesora de la Universidad de París 7.*

La idea de que la contra-transferencia precedía e inducía a la transferencia, provocaba grandes cuidados internos y obligaba a examinar tanto la seducción por el objeto como el miedo que éste podía engendrar. Quedó demostrado gracias a los historiadores, que los jóvenes siempre habían causado temor y que las sociedades nunca habían dejado de preocuparse por crear instituciones para contenerlos. Por social que fuera esta constatación, no podía ser dejada entre paréntesis por el terapeuta de adolescentes confrontado a la emergencia de una nueva pulsionalidad que busca, tanto a sus objetos de satisfacción como a sus soportes representativos. Sin embargo, la afirmación de un punto cero en la relación terapéutica, originado en un análisis detenido del deseo del analista, podía derivar de manera sospechosa de un postulado, pero del tipo indemostrable, como si de la gallina y el huevo, el flujo y el reflujo, el día y la noche, sólo se pudiera poner una figura única para borrar la tirantez producida por la incertidumbre o la contradicción.

“Al principio era” ilustra bien esta necesidad de anclar la historia sobre un cuerpo muerto², de un punto de fijación, el cual no podría ya intervenir respecto a lo ya precedido pero determinaría en cambio lo que sigue. Como bien sabemos, esta singular exigencia está presente en los relatos sagrados de la creación del mundo.

No obstante, “Al principio era el verbo” “era la carne” “era el acto” conforman tantas reescrituras de un relato del que cada cual se nutre, se funda en aquellas imágenes y palabras que les dan consistencia y existencia, al punto que un predicado valdría por otro si no pensáramos que sólo hay fundamentos en el enigma, en la ausencia de certezas y en el espacio de interrogación y misterio del cual procede todo pensamiento y toda creación. “Al principio” de aquello en lo cual experimentamos la existencia, hay necesariamente una relación de alteridad, del verbo, de la carne o del acto, a condición de que éstos sean compartidos. Los fantasmas de auto-engendramiento y todo-poderío originario, limitan en este caso la capacidad de recepción psíquica de una afirmación contraria que sería ideológica y como consecuencia reducible. Esta tendencia a la escansión temporal de la interrelación es una manera de negar esta última. El origen del sujeto se encuentra esencialmente en el espacio de una puesta en común que no se deja controlar, ni verbalizar fácilmente.

En la definición de transferencia dada por Freud³, repetición en la relación de amor de los imprevisibles de la neurosis infantil, “reimpresiones, copias, mociones y fantasmas que deben despertarse y tomar conciencia en forma conjunta con el progreso del análisis (lo que) cuya característica es... la sustitución del médico por una persona anterior ya conocida”, y lo que significa de esta transferencia al servicio de la resistencia, “aquello que se repite y que no corresponde a la actualización de lo que efectivamente fue vivido, pero sí a la realidad psíquica, es decir a lo más profundo del deseo inconsciente y de la realidad conexas” se deja lugar para el espacio de la constitución de la interpretación. La evidencia de formas repetidas, aun cuando se caracteriza una construcción posible siempre respecto a otra parcialmente sustraída, razón incluso por la cual el analista prefiere una interpretación a la otra, se torna justamente evidente sólo a través de las palabras y el afecto ambos reencontrados y reinvestidos. En cada ocasión la situación es única. Y lo que es más, la coincidencia de estos dos movimientos en el proceso, sólo pueden señalarse en *après-coup*, en los efectos mutantes de esta interpretación. ¿Qué sucede entonces con aquello que resiste, no sólo a ser verbalizado sino a también a ser representado, e incluso figurado por parte del paciente? Describo aquí la figura como una proto-representación, un ícono, prestado por el exterior y que mantiene una actividad de pensamiento, creando ligaduras entre cosas certeras.

El recurso a los textos históricos, el desvío utilizado por Freud para comprender y dar cuenta de la interrupción abrupta de la cura, de los ataques contra el encuadre, de los pasajes al acto, se impuso de este modo con el objetivo de teorizar, de constituir “una figura” que me permitiera continuar pensando en situaciones en donde el “blanco psíquico” del paciente podría sugerir terror, así como también en situaciones de contagiosidad riesgosa, amenazadas por el

² *Boya, cuerpo muerto que identifica el lugar y la eventual deriva de un barco en el puerto.*

³ *Me remito en este caso a J. Laplanche y J-B. Pontalis: “En el origen, la transferencia para Freud, al menos en el plano teórico, es tan sólo un caso particular de desplazamiento del afecto de una representación a la otra.”* Vocabulario del psicoanálisis. Paris. PUF. 1967 (p. 494).

azoramiento. O por decirlo de otro modo, con la condición de pensar los movimientos de transferencia dentro de una elaboración “de a dos” pero suspendida en el tiempo, a partir de la convicción, o de la certeza de medir aquello que la pubertad puede despertar en cada uno de nosotros: necesidad de seducir y de destruir. Es decir que a partir del momento en el que el adolescente no es más, *a priori*, un objeto de riesgo para el psicoanálisis y para el psicoanalista, el movimiento fóbico visto desde una perspectiva teórica, tal como se daba a entender durante las curas de adolescentes, se imponía como un crisol propio de la elaboración de la dinámica de transferencia-contratransferencia, de otro modo incomprensible.

Los trabajos de Kohut sobre la transferencia narcisista o idealizadora, que actualizan por otra parte el tema de la transferencia en los psicóticos o en los estados límites, allí donde las vicisitudes de la subjetividad problematizan también la construcción del objeto y el recurso de compartir las representaciones y las palabras, fueron, al igual que los trabajos de Melanie Klein, de un gran aporte. Pero la adolescencia no es ni psicosis, ni estado límite, sino tan sólo un tiempo y un trabajo de apropiación de la historia de infancia en un lenguaje de pulsión desde entonces genitalizado. La utilización de modelos marcados por el sello de la psicopatología no era adecuado, aunque en ciertos aspectos podía ser pertinente.

La hipótesis de lectura de la clínica a partir de un modelo teórico estructural no eliminaba ni la interrogante planteada por la transferencia, ni “la prueba por la palabra”. Enunciado que en la relación de amor-odio, en plena crisis de adolescencia, en donde alguna cosa se reactiva solicitando la otra parte que se verbaliza de la relación, a saber los fundamentos del sujeto psíquico y los mecanismos de la creación de su mundo interno del cual ni el determinismo transferencial, ni el de su significante podían dar total cuenta, obligaba a pensar las constantes del funcionamiento psíquico y su utilización.

Remitimos al lector al *Eloge de la fobie*, en donde se inspira esta comunicación. Pondremos el acento, fundamentalmente: 1) en el estado de los lugares teóricos, 2) en los trabajos de Freud respecto a la fobia, 3) en las fobias adolescentes, 4) en la fobia como estructura originaria del pensamiento. El espacio que nos es dado no nos permite una exposición clínica. Es evidente que esta construcción la implica y que una no funciona sin la otra, pero una vez más, el manejo de estos momentos violentos y fecundos “de adolescencia” no podría haber sido realizado sin este modelo estructural.

Historias de fobias.

La fobia ha estado atormentando desde siempre a los hombres, poetas, médicos e investigadores⁴. La institucionalización popular de fobias colectivas a través de ritos y sacrificios, parece por otra parte haber regulado la angustia provocada por la relación con lo exterior, en el comercio de la alteridad, contribuyendo de este modo a la constitución de la identidad y a su defensa. La creación de un léxico de la fobia⁵, a fines del siglo pasado, parece haber tenido como único fundamento, utilizando para ello la ciencia, el de trivializar la conducta ordinaria del humano ordinario⁶. Si bien la fobia parece haber conquistado la autonomía en el siglo XIX con la nosografía y el psicoanálisis, las fobias, nunca dieron lugar a una modelización

⁴ . A. Birraux. *Les phobies*, Paris, PUF, “*Qué sais-je?*”. 1995)

⁵ A este respecto, ver los trabajos de Angelo Hesnard: *Las fobias*. Paris. Payot. 1961.

⁶ *En las clasificaciones a las cuales nos remiten, todo en uno es fóbico, desde la cifra trece hasta la vista de sangre, pasando por las serpientes, las ratas, los grandes espacios o los pelos de los perros. Este uso del hecho fóbico en beneficio de su objeto nos recuerda lo que sucede hoy, pero inversamente, en la aproximación de las dependencias (todo se confunde: de la droga al alcohol, del tabaco a la anorexia, de la bulimia a la sexualidad). El hombre siempre tiene la necesidad de establecer un orden explicativo en lo real que sin embargo, está hecho para sucumbir con el movimiento de las ideas. Mallet (1961); A. Freud (1977) *Fears, anxiety and phobie phenomenon. Psychoanalytic study of the child*. (1932); Lebovici y R. Diatkine (1968).*

consensual. Entre las monomanías de Esquirol, la paranoia rudimentaria de Morselli, la manía sistematizada de Ferrus, las fobias de Régis y Pitres y las fobias psicasténicas de Janet, no podemos tejer ninguna concordancia teórica. En el mismo orden de ideas, la cuestión que se debate a menudo sobre la fobia como síntoma o estructura, parece caducar en la constatación clínica de las características de su surgimiento: fobias de la neurosis infantil, fobias en la psicosis, fobia aislada de un funcionamiento neurótico, fobias de adolescencia, fobias que preceden las implosiones melancólicas... La estructura que puede dar cuenta de este funcionamiento sintomático sólo podría ser una estructura de tipo primario, arcaico, cuya utilización es solicitada a lo largo de toda la existencia. La fobia sería entonces un valor de la humanidad, recurso en el cual se funda, pero también quizás se aniquila, el funcionamiento psíquico.

Sobre la génesis de la fobia (Mallet, 1961), su lugar en la conceptualización nosográfica del hecho psicopatológico (A. Freud, 1977; Melitta Sperling, 1972), su sentido del pronóstico (Lebovici y Diatkine, 1968), o su significación (Torok y Abraham, F. Perrier), no se ha dicho gran cosa si la comparamos con la histeria o las perversiones o las psicosis, que desde tiempos remotos han solicitado la atención de los investigadores, haciendo correr mucha tinta. Sin embargo, éste es probablemente el objeto clínico que más encontramos en nuestra práctica, a pesar de ello y en detrimento del aporte del pensamiento post freudiano a la clínica, la literatura sobre el tema sigue siendo globalmente bastante clásica, reiterativa y no refleja las preguntas constantes planteadas por el propio Freud.

De este modo, Ana Freud, quien en 1972 tuvo la inquietud de resumir los trabajos de su padre, hizo abstracción de las cuestiones teórico-clínicas que alinearon el trayecto elaborativo de Freud. En su artículo "Fears, Phobias and Anxieties", vilipendia a aquellos que otorgarían la característica de fóbicos a los síntomas que tan sólo se aproximan o que tienen una causa desconocida, y defiende la idea de que una verdadera fobia (*a full-blow phobia*) se asocia incondicionalmente a: simbolización, condensación y proyección. Esta posición rígida que la opone a Sandler, quien evoca las formas menos clásicas de la fobia, las angustias de diferente naturaleza que las infiltran y sobre todo la labilidad de los mecanismos de defensa del niño que pone en escena cuadros a menudo mixtos para mantener un umbral tolerable de angustia engendrada por su actividad fantástica, debe ser examinada cuando recordamos las dudas planteadas por Freud a lo largo de toda su vida, sobre el hecho fóbico. Este debate tiene sin duda otros aspectos que no es necesario poner aquí en el orden del día, pero es cierto que utilizando como pretexto la fidelidad a Freud se demuele completamente un espacio que siempre fue de interrogación y de incertidumbre para el fundador del psicoanálisis.

En el legado de Ana Freud, los trabajos de Melitta Sperling⁷ sobre la fobia escolar encuentran los mismos límites. La necesidad de tratar todas las fobias como neurosis, a nuestro entender, sólo puede constituir un aspecto escolar o de formación inicial. No se necesita realizar la prueba, por una parte porque como síntoma la fobia participa de cuadros nosológicos muy diversos y por otra parte, la fobia escolar no ha encontrado su espacio de definición. Si otorgamos a las fobias de objeto identificadas, la significación de alguna cosa en común, al menos mínimamente, vemos que la escuela elude tal exigencia. La escuela es un espacio, pero es también los que enseñan, los alumnos, los objetos inanimados y lo que es más, es un lugar en donde se impone la obligación de pensar. La fobia llamada escolar puede ser una agorafobia, o miedo a los transportes, a la piscina, al cuerpo exhibido durante el curso de educación física, miedo a algunos objetos aparentemente inocentes o un miedo a pensar. Sin ceder a conclusiones apresuradas, podemos preguntarnos si este rechazo de problematización no tiene como función la de preservar la cohesión del edificio teórico de las neurosis de transferencia, de las cuales la fobia siempre se mantuvo alejada.

La teorización más interesante y construida que hemos encontrado es sin duda la de J. Mallet (1961) a partir de la hipótesis de un punto cero de la fobia originada en el terror nocturno, y del impacto del proceso madurativo del sujeto sobre las formas y declinaciones de este primer síntoma. Es cierto que podemos, a justo título, preguntarnos por qué entonces, la histeria, la neurosis obsesiva, incluso las psicosis, no encontrarían su preforma en este mismo

⁷ M. Sperling (1972). *Las fobias escolares*, in RFP Paris, PUF.

terror, pero el interés de esta arqueología de la fobia permite pensar en los orígenes del tema, como en las formas más espeluznantes de pesadillas sin imágenes:

- un estado de desamparo somato- psíquico inconmensurable;
- una falla de la capacidad representativa;
- una función de la fobia que participaría en las pruebas que el sujeto se debe dar sobre su propia existencia cuando las referencias interno/externas desaparecen.

La lectura de los trabajos de J. Mallet nos incitaba a interpretar que “la fobia” podría contribuir a mantener el “poder representarse” antes que contribuir al “poder pensar”.

Desde esta perspectiva, el tema tan a menudo invocado⁸ en las fobias, de la separación imposible y de la angustia que ésta genera, o de la puesta en marcha de defensas del tipo sádico-anal eran epifenómenos, constataciones quizás irreductibles, que no sabríamos cómo eliminar o subestimar, pero que no constituirían los prolegómenos del asunto sino tan sólo sus consecuencias o sus diversas figuras. La idea, por otra parte, de que la angustia pueda calificarse (como derrumbe, separación, castración), habla en favor del hecho de que momentos de Particular maduración inicien también elaboraciones posibles de esta angustia en diferentes escenarios. Ya que la angustia no es siempre sólo esa marca de la neotenia o de la impotencia primitiva, miedo-señal del no-ser por la cual estamos indefinidamente movilizados. La angustia, es la memoria sedimentada pero siempre activa de nuestra historia de los orígenes, sobre la cual pesan amenazas aterradoras e insensatas. Cualquiera sea su teoría, exceso de libido o señal para el yo, la angustia es siempre el afecto de la amenaza de destrucción. La angustia no tiene muchas causas.

La historia de las fobias podría retomarse de manera más amplia. Sin embargo, no hay nada más para decir en este caso. En algunos textos de clínicos eminentes y de algunos no tanto, aparece la dificultad de situar el tema entre el miedo y la angustia, como si la problemática narcisista se lo disputara a la historia objetal; también aparece la dificultad para problematizar la modelización freudiana del “Pequeño Hans” en aquellos textos que precedieron o que siguieron a este análisis. El modelo estructural aquí propuesto no borra la validez de éste. Al contrario, permite comprender cómo el funcionamiento fóbico irá declinando la complejidad de la historia y de sus sedimentos en el inconsciente.

Sólo una puntualización como conclusión de esta breve reseña: el sufijo de fobia aparece por primera vez en clínica, en un texto de Caelius Aurelianus en el siglo VI antes de Cristo para caracterizar un síntoma que no se sabía si pertenecía a una enfermedad del cuerpo o del alma. Este síntoma conjugaba a la vez el deseo de beber con la aversión al agua. Era la hidrofobia, de la cual hoy sabemos que caracteriza la rabia. ¿Podríamos calificar a este acto de nacimiento como un simple hecho de azar? Es un hecho cierto que la fobia se substantivó muchos siglos después, pero no es un hecho cierto que podamos volver a llevar al espacio psíquico una cuestión que inicialmente se relacionó con el espesor corporal.

La fobia en la obra de Freud.

Las concepciones freudianas de la fobia se reducen a menudo al Pequeño Hans o al Hombre de los lobos. Sin embargo, éstas aparecen hoy como una modelización obligada por el deseo de una construcción lógica de una teoría de conjunto de neurosis de transferencia, en las cuales la fobia parecería sin embargo, tener un espacio específico. No borran las dudas posteriores de Freud sobre la propia cuestión del síntoma y no aparecen tampoco como una

⁸ Es una de las ideas de Spitz que hace de la fobia la heredera de la angustia del octavo mes pero que no nos parece del todo apropiada. La angustia hacia lo extraño sólo aparece como prototipo de situaciones fóbicas para aquel que se le aproxima en demasía. Por cierto, la angustia del lactante surge además en los brazos de la madre.

solución dada por las interrogantes anteriores que ya en 1892 habían encontrado su primera formulación.⁹

Durante el transcurso cronológico de los textos a los cuales nos remite esta introducción, señalemos en 1894¹⁰ una afirmación de la cual podemos decir que se mantuvo en reserva surgiendo luego en un texto conocido pero de tardía difusión de las “impresiones conjuntas sobre las neurosis de transferencia”: “El grupo de fobias típicas, de las cuales la agorafobia es el prototipo, no se deja reducir al mecanismo psíquico descrito antes... No encontramos aquí la representación reprimida de la cual el afecto de angustia habría estado separado. La angustia de estas fobias es de otro origen¹¹.”

Unos veinte años más tarde, luego de haber recordado que la humanidad descubrió la ansiedad bajo la influencia de las privaciones provocadas por la glaciación de los continentes y que un mundo inhóspito creó las condiciones necesarias para que surgiera una angustia de lo real, Freud, se preguntó si esta última precedía o no a la angustia del deseo, luego de lo cual concluyó: “Un cierto número de niños traen al nacer la ansiedad que viene desde el inicio de la época glaciación y esta ansiedad los induce a tratar la libido insatisfecha como un daño externo”¹². La angustia de la fobia remitiría de este modo a la neotenia* del pequeño ser humano, “a su falta de ayuda”, a su impotencia primitiva y de manera secundaria “a una complacencia de azar”¹³ en donde el hecho orgánico, social, cósmico se conjuga con el hecho psíquico “en efígie o *in abstentia*”.

Esta puesta en perspectiva de la angustia fóbica con la fragilidad narcisista “fuerza o debilidad del yo (1892), pérdida de confianza en sí mismo (1894), fragilidad del sujeto: vértigos, manifestaciones somáticas del miedo, terror, hiperestesias (1895)” podría interrogar de hecho sobre el estatus metapsicológico del miedo. Freud parece estar siempre dividido entre la idea de que existe “una herencia” de la historia de la humanidad, una certeza de amenaza de inexistencia que se reactiva en distintas circunstancias de la existencia y que recuerda a “las fobias banales” o a los miedos “normales”, y la idea de una constatación innegable de un tipo de afecto distinto como resultado de las vicisitudes de la represión. Los psicoanalistas parecen haberse alejado definitivamente del miedo, como si éste no pudiera estar en los orígenes del sujeto psíquico, como si no fuera parte de “Los estudios sobre la histeria” en la propia noción de traumatismo, y como si se hubiera olvidado el hecho de que no existe probablemente ningún texto de Freud sobre la angustia en donde no se mencione el estado original o consecuente del miedo. Éste es sin embargo, la constatación más común y trivial que puede haber. En una temporalidad específica, expresa la primera respuesta del sujeto hacia la representación aunque haya sido poco precisa, del peligro y de la amenaza vital.

Habría entonces motivos para brindar una mayor atención, pues la angustia podría no ser más que la memoria de miedos primitivos tejidos en las redes de figuraciones traumáticas. Síntoma o defensa, contaría la historia mientras que el miedo contaría el suceso, el hecho. En este sentido, el miedo sería el objeto y la angustia el sujeto.

En las curas de adolescentes, siempre que se tenga seguridad de estar atento a esta puesta en perspectiva, la mutación de la angustia en miedo es una constatación trivial. En las zonas de sombras cercanas, en donde tratan de imponerse representaciones inaceptables de escenas incestuosas y parricidas, el adolescente expresará el peligro puntual de un objeto hasta ese entonces familiar y que quizás podrá dominar al otro día o varios días después. No obstante, nunca habla de miedo: hay “angustia”. El error terapéutico consistiría en señalar demasiado pronto el sentido de tales desplazamientos, ya que estas puestas en escena inconscientes en donde participa por supuesto la represión, son intentos por localizar la maldad

⁹ S. Freud (1892-1893). Un caso de curación por hipnosis. En Resultados, ideas, problemas. Paris. PUF. 1984 trad. Francés p.31 CF Elogio de la fobie. Op. Cit. P.23.

¹⁰ S. Freud. 1894. Las psiconeurosis de defensa. En Neurosis, psicosis y perversiones. Paris. PUF.

¹¹ S. Freud. Ibid p. 11 nota al pie de página.

¹² S. Freud. 1914. Perspectivas de conjunto sobre las neurosis de transferencia. Paris, Gallimard, 1986.

* (N. del T.) Néoténie en el original: Persistencia de caracteres larvarios en el estado adulto en algunos animales.

¹³ Sobre este concepto, remito al lector a los trabajos de Roland Gori y en particular a La prueba a través de la palabra o de la causalidad en psicoanálisis. Paris. PUF. 1996.

del objeto, el cual deberá ser reintroyectado para permitir una elaboración. Esta “maldad” deberá ser contenida antes de reenviarse para que pueda entonces ser soportado.

Una vez entendido, recibido, digerido y metabolizado por el otro, se torna menos peligroso, quizás al menos queda limitado si aún no fuera elaborable, hasta que el sujeto toma conciencia de la repetición de las estrategias defensivas que utiliza.

Sin duda alguna, la fobia no habla de miedo sino de angustia, pero de esa angustia de la cual el sujeto busca las circunstancias en las que surge para poder librarse de ella.

En 1895¹⁴ podemos leer que la fobia se relaciona con otro tipo de funcionamiento psíquico distinto a aquellos evidenciados en la histeria y en la obsesión, ya que “la reductibilidad mucho antes que el afecto no proviene de una representación reprimida. No es accesible a la psicoterapia”. Al mecanismo de sustitución que no podemos invocar, se agrega en esta diferenciación la represión, que en este artículo, en donde se duda en situar la fobia entre neurastenia, neurosis o histeria de angustia, no existiría.

Este texto es evidentemente muy importante, aunque rara vez haya sido citado por Freud en sus argumentaciones críticas de las modelizaciones de la fobia. Tomarlo al pie de la letra probablemente nos desviaría, pero no tomarlo en cuenta nos induciría a otros errores. En un plano histórico, esta afirmación es casi contemporánea al caso de fobia de Emma, en donde el recuerdo reprimido de abuso infantil se encuentra durante la pubertad, reinvestido. Vemos entonces que se da en Freud un conflicto de ideas, más aún porque nos encontramos frente a una fobia relativamente común¹⁵ como es el miedo a salir. Este conflicto de ideas no podrá ser resuelto de forma definitiva.

Sin retomar el mismo trayecto que Freud realizó sobre la fobia¹⁶, observamos que en el transcurso de sus primeros trabajos se desarrollan al menos tres puntos de vista: -la fobia es un síntoma de la neurosis histérica (1892); -la fobia tiene características propias que le otorgan su particularidad fuera del cuadro de las neurosis de transferencia (1894). No es accesible a la psicoterapia porque no hay represión; -la fobia tiene que ver con el miedo (1892 y 1894). No obstante, no será posible para Freud separar la fobia de la angustia y veremos a lo largo de los años, cómo su teoría se enriquece buscando ser más precisa, pero a la vez adquiere una mayor complejidad en la medida en que nunca abandona sus primeras perspectivas. Tal es así, que en 1905, en *La interpretación de los sueños*, la fobia es absorbida de nuevo por la histeria de la cual había sido separada de manera bastante categórica en 1894. El caso propuesto tiene su interés. Se trata en efecto de una joven “que manifiesta una aversión hacia su madre... mientras que se muestra particularmente buena y obediente con su hermana mayor... La fobia que más la atormentaba, era la idea de que alguna cosa pudiera ocurrirle a su madre. Sin importar donde se encontrara, corría a su casa para asegurarse que su madre estuviera bien”¹⁷.

Una fobia curiosa, si aceptamos la idea de que en este caso ningún objeto es particularmente persecutorio, salvo justamente *la ausencia* de la madre. El desamparo de no sentir la mano materna, producido también sin duda por la opresión extraña de las agorafobias¹⁸ para las cuales el gentío, así como los espacios despoblados son percepciones suficientemente importantes para desatar el pánico o incluso el terror, como si faltara el sentimiento de seguridad de una presencia, confiere un estatus causal tan extraño como problemático. En este caso la causa de la fobia, y eventualmente de su reinscripción obsesiva, sería la intensidad del deseo de poseer un objeto, de aferrarse a él, quizás para destruirlo, pero en su figura inversa y no obstante correlativa, sería el miedo a que la integridad narcisista sea dañada debido a la ausencia del

¹⁴ S. Freud (1895) “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia”. En: Neurosis, psicosis, perversión. Paris, PUF. 1973

¹⁵ . Suponiendo que Freud mantiene la idea de que hay una diferencia de mecanismos entre las fobias comunes y las fobias de otra naturaleza, la fobia de Emma estaría dentro de la primera categoría.

¹⁶ . A. Birraux. Eloge de la phobie. Paris. PUF. “Le Fil rouge”. 1994 y Les phobies. Paris.PUF. “¿Qué sais-je?”1995.

¹⁷ S. Freud (1900). La interpretación de los sueños. Paris. PUF. 1967. p. 226.

¹⁸ *Que la agorafobia pueda hacer surgir a aquellos fantasmas reprimidos de degradaciones verdaderas, no quiere decir que la supresión de esta represión, haga desaparecer el malestar y produzca una reconciliación con el espacio y la masa. El desamparo primitivo surge como algo infranqueable en todos los análisis de estas puestas en escena. (palimpsesto)*

objeto. En este caso, sólo se puede hablar de constatación dentro de una forma motriz, impulsiva que no encuentra para expresarse ningún soporte ideativo. El sujeto está en este caso bajo la influencia de una obligación representativa- algo podría llegar a sucederle a su madre- a la cual no puede eludir pero que sería sin embargo, secundario. La persistencia de un riesgo de desmoronamiento (que no se asocia entonces a una representación), es inicialmente lo que lo conduce a la necesidad de verificar que su madre sigue con vida. El dolor de esta constatación de soledad y de impotencia para auto ayudarse genera, de esta forma, una construcción de identificación proyectiva.

La fobia, de todas formas, no es una neurosis de angustia: “No es sorprendente que la ansiedad de las fobias obedezca a condiciones completamente distintas de la propia ansiedad: en las fobias, la ansiedad está relacionada con un contenido perceptual o ideacional, y el surgimiento de este contenido es la principal condición para la constitución de la fobia”¹⁹. En algunas de sus formas podría tratarse de histeria de angustia: “para las fobias del tipo de las de nuestro pequeño paciente (Hans), que son de hecho las más comunes, la designación de histeria de angustia no parece inadecuada: se la propuse al Dr. Stekel cuando emprendió su explicación de los estados ansiosos neuróticos y espero que la cite”²⁰ más aún si damos por descontado que no implica los mismos mecanismos de funcionamiento psíquico. Sin embargo, cuando se trata de dar cuenta del análisis del pequeño Hans, Freud parece haber borrado todas sus interrogantes anteriores. Este psicoanálisis, por intermedio del padre, fue tan difundido que nos vemos obligados a exponer su contenido.

Retengamos tres cosas:

1) La fobia aparece en un niño imposibilitado de dar cuenta de los enigmas de la existencia: la diferencia entre los sexos y el misterio del nacimiento de su hermana pequeña. La *exigencia de saber* hace tambalear el equilibrio pulsional anterior, creando las condiciones necesarias para una verdadera disarmonía. Encontramos las mismas condiciones de derrumbamiento narcisista en las fobias normales de la adolescencia en donde la necesidad de saber, de hacer teoría, esencialmente respecto a las relaciones de los padres, y con los padres, es una necesidad del yo cuando se desestabilizan, bajo el efecto de la pubertad, las lógicas de placer anteriores.

2) La fobia se constituye en dos tiempos: primero, se da una crisis de angustia mórbida, y segundo, un efecto de desestabilización, de proyección de la angustia sobre un objeto simbólico que se tornará persecutorio. El efecto en *après-coup*, particularmente explícito en el caso de Emma²¹, nos permite comprender los tonos y formalizaciones distintos y matizados de una construcción fóbica, así como también, el nivel de maduración del yo permitiendo combinaciones elaboradas mientras que el sistema proyectivo puede ser solicitado por objetos absolutamente inocentes. La fobia es una manera de sobrellevar la angustia; pero quizás haya que admitir que esta angustia podría no ser, inicialmente, “angustia de deseo”.

3) A la incapacidad de represión o a sus vicisitudes, que se mantienen entonces al nivel de maduración del yo, puede emplearse una operación psíquica concerniente a los contenidos conscientes del pensamiento, como por ejemplo, la condena o el juicio, mecanismos en todo caso sometidos a la lógica de los procesos de desarrollo y que no pueden ser solicitados en los estados de desamparo primitivo o de repetición de éstos en las etapas de la vida. No se trata de hacer de la fobia una “operación intelectual” sino de señalar las condiciones que la hacen posible: en todos los casos, encontramos la fragilización del sentimiento de existencia, ya sea de manera crítica, de descripción de los acontecimientos, o de un estado infranqueable envolviendo al sujeto en la precariedad de la vida.

No se trata tampoco de debatir sobre la validez del modelo metapsicológico de la fobia del pequeño Hans, sino de observar que éste es un síntoma transitorio en un proceso de subjetivación sacudido por la neurosis infantil, pero sin embargo, resuelto. La utilización de la fobia, su función positiva y organizadora, podrían haber sido subestimadas, y no obstante, en la mayoría de los casos, las fobias de la primera infancia, así como las de la adolescencia (de las

¹⁹ S. Freud. Neurastenia y neurosis de angustia .op cit.

²⁰ S. Freud. Cinco conferencias. Op. Cit. P.175.

²¹ El proton-pseudos. En: Proyecto de psicología. Paris. PUF.1986 p. 363-369.

cuales volveremos a hablar más adelante), no dan lugar a evoluciones psicopatológicas. Las fobias, en este caso, participan de un movimiento fundamental de estructuración progresiva, de una estrategia de gestión libidinal en la cual el funcionamiento psíquico arcaico es requerido, para una buena evolución en la mayoría de los casos, aunque los resultados favorables no son una garantía tal como testimonia el relato del psicoanálisis de “El hombre de los lobos.”

Los primeros trastornos fóbicos del niño Sergueï estallan justo antes de su cuarto cumpleaños, y lo hacen en condiciones que podrían parecer idénticas, de no estar atentos, a aquellas que precedieron los trastornos del pequeño Hans. Se trata también aquí de una fobia a los animales. El análisis de Sergueï, quince años después de que aparecieran sus trastornos, que adquirieron por otra parte en forma progresiva el carácter de complejidad e invalidez que ya conocemos, culminará en un modelo metapsicológico idéntico al que fuera propuesto en el análisis de Hans: una escena de seducción pasiva cuyo sentido proviene de los efectos de una escena primitiva traumática, en este caso reinvestida²², y sus consecuencias inmediatas que se manifiestan por un cambio espectacular de carácter.

Freud, a partir de un sueño y de elementos perceptuales que parecen situar al niño en el más grande de los desconciertos y desamparos, pretende probar que la neurosis infantil tiene una causalidad traumática, a saber una escena de seducción pasiva.

En esta construcción, la inquietud de hacer corresponder un funcionamiento estructural ya presentido con el síntoma fóbico de Sergueï, lo va a conducir a duplicar el modelo anteriormente planteado en el caso de Hans.

La exégesis de los textos freudianos ha sido suficientemente difundida como para que no tengamos que volver a citarla²³ aunque también en este caso se observa una presión por construir una estructura teórica coherente, en detrimento de la significación sintomática de estos dos casos.

Ya que lo que Freud no ve en el caso de El hombre de los lobos, es la debilidad de los objetos narcisistas²³. Todo acontece, como si los niños, sin importar su calidad de desarrollo precoz y la maduración de su yo, presentaran la misma capacidad de reacción frente a los efectos intrusivos de la seducción sexual. Sin embargo, la “actitud indiferente e inestable de Sergueï, que escucha, comprende, (pero) no se deja acercar demasiado”, protege cierta cosa de la infancia que se mantiene en reserva. “El horror que siente ante una situación independiente y tan grande que para él vence todas las molestias de la enfermedad” que reitera las dificultades relacionales infantiles, no es para nada comparable a la actitud del pequeño Hans, quien cuenta ya desde la época de sus trastornos, con buenos cimientos identificatorios.

Sergueï, “cuyos padres se casaron jóvenes... y a los cuales la vida ensombrecerá pronto con enfermedades - la madre comienza a sufrir de trastornos abdominales y el padre a tener sus primeros períodos depresivos, períodos éstos que lo llevan a estar ausente del hogar”- es de golpe colocado en el lugar de objeto narcisista de la nodriza para la cual éste reemplaza el niño muerto a temprana edad, antes incluso de haber sido investido por sus padres. La llegada de la gobernanta inglesa que lo separa de su nana produce un inmenso, y hasta inconmensurable desamparo. Para expresarlo, Sergueï, construye un discurso fóbico que no será escuchado como tal y que va a perdurar pues en ningún momento logrará tener sentido para el otro.

Es la falibilidad de los objetos de apuntalamiento que hacen imposible para Sergueï la negociación de su neurosis infantil y que hará de su fobia un recurso indefinidamente necesario. El après-coup, en lugar de ser de integración y participar de una maduración, aparece en este caso como inductor de un choque frontal traumático de los afectos y de las representaciones para el cual ninguna salida significativa puede ser propuesta.

²² Cinco conferencias. Op. Cit.

²³ Sin embargo, remito al lector a los trabajos de Nicolas Abraham y Maria Torok, en *El verbario del hombre de los lobos*. Paris. Aubier, 1976 que tienen el mérito de mostrar cómo la construcción de un síntoma crea una tensión entre el determinismo estructural del cual hablamos y el del significante del cual no podemos hacer abstracción. La decisión tomada para preservar la coherencia de lo expuesto, sería que tomar en cuenta sólo una parte es como borrar la otra, la del sentido o de manera más generalizada la de la simbolización.

²³ S. Freud, *Cinco conferencias*. Op.cit. p. 345. Podremos observar la oposición intratexto entre “el pequeño Hans” y “El hombre de los lobos”, como si estos títulos prestaran testimonio de una mirada a priori diferente sobre los dos pacientes. *El hombre de los lobos nunca fue en realidad visto como un niño*.

Para Freud, la diferencia entre la fobia de Hans y la de Sergueï se debía entre otras cosas, al hecho de que el animal de angustia no era un objeto de fácil acceso para la percepción (como un caballo o un perro) ya que sólo era conocido a través del relato y la imagen. Lo que se retiene entonces es la ausencia en uno de ellos de simbolización y desplazamiento. El objeto perseguido parecía poder captarse en la propia irrupción de su construcción ideativa, casi como una proto-representación. Por otra parte, la fobia no se había constituido luego de un episodio de ansiedad, sino luego de un sueño, o para ser más precisos, una pesadilla. Estas diferencias deberían ser tomadas en cuenta, ya que vemos cómo contribuyen en la constitución de una topología de las fobias. Este es un indicador interesante del uso que el sujeto puede dar a sus representaciones, no obstante, plantea más precisamente la cuestión de la relación de la fobia con la posibilidad de pensar, la capacidad de mantener viva la actividad psíquica proporcionándole objetos, cuando ésta no es capaz de asegurar su función representativa. He aquí lo esencial de nuestra investigación: el haber mostrado que los pacientes que manifiestan trastornos fóbicos no reprimen necesariamente ciertos escenarios incestuosos insostenibles, sino de manera más arcaica, las fobias se dan, en situaciones particulares en las cuales existe un impedimento para poder pensar, y para sobrevivir simplemente.

Las fobias adolescentes

No existe la adolescencia sin fobias; no hay reordenamiento psíquico pubertario sin el surgimiento de estos temores oscuros que se despliegan en el entorno, se enfocan en un objeto particular, se abaten sobre el cuerpo o sobre una parte del cuerpo o sobre la psiquis para limitar, o incluso paralizar, su uso y funcionamiento.

No existe la adolescencia sin fobias, silenciosas, discretas, disfrazadas, compensadas o invalidantes, porque el movimiento fóbico está en el núcleo mismo del trabajo psíquico de la pubertad, instrumento de restauración de los objetos narcisistas desfallecientes y reducción de la escisión que instaura el advenimiento del cuerpo sexuado.

Ya hemos mencionado que la clínica las presenta, pero la observación atenta de adolescentes “normales”, si este calificativo tiene un sentido, lo confirma. No existe adolescencia si en un momento u otro de su curso no aparece el surgimiento de ese síntoma o se utiliza esta función. La fobia a tocar y más particularmente a tocar la tiza, hace que este adolescente se ponga guantes en clase; la fobia a los medios de transporte induce al joven a “hacer jogging” cuando debe desplazarse; el temor al agua mineral y sus efectos corrosivos en el estómago hace que este adolescente beba solamente leche (en el caso en el que hubieran burbujas minúsculas invisibles); la fobia a pensar está en el nacimiento del investimento que éste hace de la informática y la lógica binaria; nuevamente, una dismorfofobia explica que este adolescente prefiera correr carreras a hacer gimnasia.

En la mayoría de los casos, estas fobias son transitorias; como en el caso de la neurosis infantil se desvanecen en el transcurso del proceso de subjetivación. Sin embargo, en algunos casos, desencadenan la evolución posterior al punto que resulta imposible evadir la pregunta de su funcionalidad y utilidad, incluso su uso en el curso del trastorno de la pubertad. Las condiciones de emergencia de la fobia, el sentido de las mismas, quedan suspendidos para la comprensión de los procesos de la adolescencia, de este trabajo de restauración de la continuidad del sujeto afectada a causa de la pubertad.

El posible inventario de estas fobias de la adolescencia, dejando de lado la cuestión de su complejidad manifiesta, su trivialidad, simplicidad o extraña naturaleza, daría lugar a una topología del espacio exterior percibido en el impresionante cambalache de objetos indómitos, en el cuerpo, o una parte del cuerpo tomado él mismo como objeto perseguidor porque por escisión es exterior al sujeto, el espacio físico en el que posiblemente se desplegarían las estrategias más elaboradas que debemos conocer para mantener la capacidad de pensamiento, o dicho de otra manera, para luchar con lo experimentado del no-ser. (La fobia de la adolescencia podría ser un paradigma de cualquier negociación narcisista-libidinal, ilustrando los efectos de la oscilación de investimentos del yo en el objeto por intermedio de la calidad y la naturaleza del objeto perseguidor).

Esta topología tiene la ventaja de poder metaforizar el uso que se hace del límite. A la confusión interna del tema que preside a la instalación de las agorafobias, las fobias del pensamiento, crisis de pánico o pavor se opone la estructuración tópica de las fobias de objeto nombrado, ya sea este un perro, gato, serpiente o ratón. Sin duda el carácter animado o inanimado de dicho objeto no carece de interés, pero la posible identificación del objeto perseguidor da prueba de un funcionamiento psíquico especializado, regido por reglas de diferenciación que en el primer caso no existen para nada o existen apenas y de manera insuficiente. A estas dos categorías se agregan lo que llamo las fobias del límite, fobias del cuerpo, esencialmente, del envoltorio material de la psiquis, ereutofobias, dismorfofobias, incluso hipocondrías: en este caso el espacio exterior e interior se conjugan en el envoltorio del cuerpo sexuado y su espesor.

En los tres casos, la proyección entra en acción, descargando el mundo interno de lo que le es ajeno e insoportable, pero la eficacia de la descarga no es comparable en cada ocasión. Atribuir al caballo o cualquier otro “animal de angustia”, o a cualquier otro objeto identificable una característica persecutoria, permite circunscribirlo y evitarlo en procedimientos eventualmente cada vez más complicados. No es el mismo caso en los otros dos tipos de fobia, en las que el depositario es el sujeto en sí mismo, ignorante de sus propios límites. Por motivos que restan aún por comprender, la proyección no funciona. La maldad que se deposita en el otro continúa acechando, como si el otro fuera aún una inclusión del yo. La pregunta queda planteada en lo que se refiere a si esta ineficacia de la proyección es lo que fragiliza al yo o lo que se desprende de la fragilización narcisista, en todo caso se impone la evidencia de un vínculo entre el buen uso de esta función y las vicisitudes de la constitución del narcisismo.

Por otra parte, no es casualidad que los momentos privilegiados de aparición de las fobias, de la neurosis infantil, la adolescencia o el curso de la vida sean tiempos fecundos de estructuración psíquica o reestructuración, momentos de fragilización narcisista: edipo, edipo genital, eventualmente períodos de duelo o de reordenamiento psíquico vinculado con una enfermedad, separación o desempleo. La proyección se solicita entonces para mantener en un nivel de tensión soportable los ataques internos de un objeto malo no identificable que compromete al sentimiento de existencia y el valor del yo. De manera menos sistemática que las fobias de la tercera edad o la adolescencia, las fobias del adulto están todas parcialmente vinculadas con la amenaza de la integridad narcisista: es el miedo a la calle luego de la enfermedad, la pérdida de un ser querido; la nosofobia, la claustrofobia luego de una separación no metabolizada. No tenemos la intención de constituir una especie de sistema causalista de las emergencias fóbicas, pero la idea de vincularlas con la reparación narcisista tiene un interés clínico seguro, a condición de escuchar la expresión en palabras de estas lesiones que no se sabría expresar de otra manera en lo que, para el paciente, se teoriza.

Sin embargo, una cosa resulta segura de nuestras observaciones. Todas las fobias, cualquiera sea su naturaleza, aparecen precedidas de un movimiento de creación de un objeto contrafóbico. El llamado de ayuda precede a la designación del perseguidor. Cuando el adolescente llega a la sesión con sus objetos fetiches, decide que ya no puede dormirse sin sus animales de peluche, se hace acompañar por la calle por una amiga, el objeto fóbico no está lejos, está constituyéndose y se lo verá asomar la nariz en los días o semanas siguientes, focalizando de manera más o menos simbólica las representaciones persecutorias. Tal vez, la designación del objeto contrafóbico no precede en tiempo real al uso de la función fóbica. Participa sin duda en ésta en una temporalidad psíquica que, de manera manifiesta, no se acompaña. La interpretación que se puede asignar a este movimiento es la siguiente: la amenaza de desmoronamiento, la angustia primitiva a la que reenvían todos los mensajes que vehiculizan las representaciones sexuales requieren en los hechos dos tipos de respuesta: por una parte, llamar a sus objetos internos, movilizar lo que Winnicott llamaría sus objetos subjetivos, aunque este término pueda incurrir en el terreno de la diferenciación yo-no yo en perspectivas que no deseo debatir en esta instancia; por otra parte, apelar a la proyección. Me parece que estos dos mecanismos se activan desde que hay una amenaza al yo. En ciertos casos, el llamado al objeto subjetivo, al buen objeto en uno mismo en el que se funda el sentimiento de existencia es suficiente, incluso si este buen objeto requiere ser representado en lo externo como un fetiche o

amuleto. En otros casos, este recurso es completamente insuficiente y la designación de un perseguidor externo que pueda evitarse en luchas representables es una exigencia psíquica.

En los hechos, en el movimiento fóbico, existe un conjunto de recursos internos primitivos más arcaicos, para luchar contra la experiencia del desplome cuya amenaza se perfila. La angustia en el origen de las fobias es una angustia primitiva, una angustia de no ser que la madurez relativa del yo declinará en formas más o menos figurables: es algo experimentado de inexistencia que resulta del ataque interno por representaciones peligrosas y de la confiabilidad de los objetos narcisistas o subjetivos. En el plano exterior, la designación del mal objeto racionalizará lo que no puede ser vivido como un riesgo interno, salvo si se pone en peligro la capacidad de representación y pensamiento. La designación del objeto fóbico es por ende una manera de restaurar la continuidad de pensar en donde la misma está fragilizada, pero la designación del objeto contrafóbico es por adelantado una tentativa de consolidación de los objetos narcisistas claudicantes.

La estructura fóbica

A partir de 1911, la noción de estructura fóbica se perfila en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”. Encontrará su descripción exhaustiva en 1925 en “La negación”. La formulación que aporta Freud, que toma más cuerpo en los aportes de *Metapsicología* permite la comprensión de la constitución del sujeto psíquico y su sentimiento de existencia en una oscilación constructiva entre la toma en cuenta del interior y el exterior, del pensamiento y el acto, de la representación y la percepción. Este modelo elemental es, sin importar lo que pase, una constante y una coacción del funcionamiento psíquico. Existe en los orígenes del sujeto un mecanismo que contribuye a la distinción interno/externo y que es seguramente un mecanismo fóbico. “En la psicología fundada en el psicoanálisis, nos hemos acostumbrado a partir de procesos inconscientes... Consideramos esos procesos como los más antiguos... pensamos que en ellos se perpetúa una fase de desarrollo durante la cual no había otra forma de proceso psíquico... La tendencia matriz a la que obedecen estos procesos es fácil de reconocer; se la designa como principio de placer/displacer”²⁵. “Expresado en el lenguaje de las mociones pulsionales más antiguas, las mociones orales: esto quiero comerlo o escupirlo... esto quiero introducirlo en mí y aquello quiero excluirlo de mí. Por lo tanto, eso debe estar dentro de mí o en mi exterior... El yo-placer original quiere introyectarse todo lo bueno y expulsar de sí todo lo malo. Lo malo, lo extraño al yo, que se encuentra en el exterior es para él ante todo idéntico”²⁶.

En “Pulsiones y destinos de pulsión”²⁷ podemos leer que las adquisiciones progresivas del yo, primeramente sensoriales, luego perceptivas y motrices, van a contribuir a instaurar nuevos criterios de apreciación del origen de la satisfacción y para utilizar mecanismos cada vez más complejos y al mismo tiempo adaptados para mantener la experiencia del placer coexistente con este funcionamiento primitivo. Si, originalmente, lo que es bueno o malo es equivalente a lo que es yo u otro, esta dicotomía va a complicarse, refinarse a causa de los efectos de la maduración del yo y de sus recursos. Por ejemplo, aquello que originalmente se alucina se torna insuficiente si las herramientas del yo permiten la satisfacción objetal (aunque se conozcan situaciones en las que la alucinación conserve el triste privilegio de ser cualitativamente más satisfactoria que cualquier otra de otro tipo). Esta complicación funcional de la satisfacción, que va por ende de la mano con el desarrollo del yo, no da lugar a la convicción de que el exterior, con su representante objetal, esté en el origen del displacer, la privación, la frustración y ulteriormente la castración. La ambivalencia del objeto es una conquista sobre este

²⁵ En Resultados, ideas, problemas. p. 137, nota 2 al pie de la página, que muestra cómo el bebé realiza esta ficción.

²⁶ S. Freud, *La negación*, en RFP, t. II, op. Cit., p. 137.

²⁷ S. Freud, *Metapsicología*, París, Gallimard, 1968, p. 38.

experimentado primario que sólo busca resurgir, pero en el que se constituyen las raíces mismas del narcisismo y del investimento del yo, único objeto que no es jamás fundamentalmente malo²⁸ salvo que se disuelva fuera de los límites o se confunda con el exterior.

El yo “corporal” embrionario expulsa entonces hacia el exterior aquello que es malo, guarda en el interior lo que es bueno. La persecución llega inicialmente desde el exterior o de lo que no es conocido y se trata como exterior. El esbozo del yo/placer primitivo resulta de las funciones defensivas de exteriorización y eyección. Sólo hablaremos de proyección cuando el objeto perseguidor pueda ser designado. El yo se constituye en estas condiciones. Se construye en este tipo de contacto con la realidad, al mismo tiempo que en la integración de las funciones instrumentales. El desarrollo del yo rinde cuenta de las figuraciones cada vez más complejas, tanto de las situaciones de ataque de los objetos como de la defensa del yo.

La proyección y su uso en el funcionamiento fóbico aparecen de este modo como una estructura original del pensamiento, estructura en la que ya en el proceso de adolescencia, entre otros, muestra nuevamente toda la necesidad funcional. Pero ésta puede verse convocada en todos los momentos críticos de la existencia y en particular cuando la amenaza que se cierne sobre el ser humano vuelve a actualizar el riesgo de angustias primitivas y de abandono, cuando los cimientos narcisistas están en juego. La fobia repite, en el lenguaje de las mociones pulsionales que el sujeto transforma en lenguaje, una problemática en los orígenes del sujeto psíquico en donde el yo se edifica sobre la dialéctica externa/interna y pulsiones/defensas. No se trata solamente de un asunto interno, una triangulación edípica que debe elaborarse de manera definitiva. Se trata primeramente de saber si el narcisismo puede resistir a la violencia de la seducción incestuosa sin recurrir a la expulsión de la maldad que lo parasita. Lo que realizará la eventual complejidad del funcionamiento proyectivo es la creciente inadaptación de la realidad a la exigencia de placer del sujeto/yo, por ejemplo, cuando el juicio introduce la capacidad de decidir “la inclusión en el yo o la exclusión fuera del yo”. El juicio, complicado a causa de la represión, introduce una capacidad de desplazamiento en el tiempo (designación de lo ocurrido, lo actual y lo futuro) y en el espacio (experiencia de diferenciación de lo que pertenece propiamente al sujeto y de lo que es del objeto). El síntoma fóbico se complicará a causa de estas separaciones.

Lo que es malo puede preverse, ser tratado como algo actual y evitado.

Lo que es malo nunca puede haber sido experimentado como tal pero serlo por contigüidad, proximidad, condensación con el objeto amenazante.

Lo que ha sido percibido como malo puede desplazarse, encontrarse (como representante-representativo de la pulsión) o recreado, reinvestido en el medio exterior y por el juicio o el acto.

Si se otorga al pensamiento, contemporáneo en su emergencia a la constitución del principio de realidad, el aliviar la necesidad de represión, la proposición admite una simetría: todo juicio no pertinente, es decir generador de conflictos internos, inducirá un correctivo. “Piensa que se trata de mi madre, pero se equivoca” implica que existe en el sistema Ics/pcs un conflicto alimentado por el reconocimiento de dicha representación, no aceptable, de la madre. De este modo, la negación expulsa al mal objeto, si se puede decir de manera interna, preservando en dicho sistema la representación aceptable y probablemente gratificante de la madre. El punto de la funcionalidad proyectiva se plantea entonces en los límites de la operatividad de la represión.

Pero volvamos a la proyección como mecanismo en los orígenes de la discriminación yo/no yo. De manera similar, esta función discriminatoria, consecuencia de un protojuicio (o de una forma previa del juicio) es a la armonía del mundo interno el equivalente de la función de represión. La diferencia, dado que ésta existe, entre dos mecanismos, se refiere a los siguientes elementos:

²⁸ Aquí tal vez exista un tema terminológico en el sentido en el que el yo del cual hablamos incluye a una buena parte del otro y podría llamar el “sí mismo”. Pienso particularmente en E. Kerstemberg. Se trata de otro debate que obligaría a retomar el tema de la indiferenciación yo-objeto primitiva o su diferenciación, algo que no podemos hacer aquí.

La represión, sea primaria o secundaria, afecta una representación en el interior del sujeto mismo, creando de este modo una doble interioridad, una doble intimidad, por una parte consciente, por otra parte, inconsciente. La maldad se sustrae del mundo, se la oculta, se la esconde.

La proyección, en cambio, explota al mundo exterior como tal para hacerlo depositario de lo malo, lo extraño; lo exterior, siendo la alteridad por esencia inicialmente perseguidora.

El principio de placer utiliza de este modo ambos mecanismos, ambas herramientas cuyas finalidades se confunden y complementan. Se trata de mantener el mundo interno a un nivel de tensión que sea soportable para el sujeto. Cuando la represión regula la relación del sujeto consigo mismo, la función proyectiva, al servicio de la diferenciación yo/objeto, actualiza el tema de la alteridad. En un sentido, garantiza la construcción del sujeto psíquico. El sentimiento de existencia es efectivamente una convicción solitaria que también está destinada a la mirada ajena.

Otro hallazgo: la proyección es el mecanismo de homeostasis interna que regula las presiones demasiado fuertes del mundo exterior y las consecuencias de la intrusión del mismo en la intimidad del sujeto. Cuando estas coacciones son demasiado fuertes, cuando su tratamiento ya no surge de un reparto equilibrado entre lo que es propio y lo que es de otro, se solicita la proyección. No es necesario decir que la única forma de la que dispone el sujeto para defenderse contra la insistente penetración del mundo exterior, incluso cuando se realiza con el pretexto de la seducción y el aporte de un código erótico, es primeramente la eyección y luego la proyección. El elogio de la función fóbica es este reconocimiento de la utilidad de la proyección como mecanismo que otorga al sujeto un cierto grado de libertad en una historia que de otra forma sería alienante. Es necesario pensar que si la seducción originaria y sus poderes no encontraran del lado del joven algún límite mecánico y erótico, estaríamos en una lógica del poder absoluto materno. De aquí a decir que la proyección proviene de lo masculino hay tan solo un paso, que no daremos aquí pero que refuerza la idea de que está al servicio de la conquista y la apropiación. En resumen, en todo caso es para la seducción el factor de equilibrio, el factor tampón.

El fóbico, dice François Perrier²⁹, no tiene lugar en la constelación edípica. Pero no es acaso esa una característica propia de lo neurótico, de lo psicótico o del estado límite, cada uno, bajo la etiqueta, allí donde se lo reconoce como que no ha podido o querido inscribirse en la estructura relacionada, estando cada uno de lado o excluido de una posible triangulación, de su propio deseo o del hecho de la violencia de los primeros vínculos objetales. De este modo, la idea de que la fobia atestigua un obstáculo de la neurosis infantil parece poco defendible. En cambio, que se manifiesta o adviene en condiciones que son las de la exhortación de triangulación y amenazas de inexistencia que la misma trae sobre el yo/sujeto parece más coherente con el pensamiento freudiano. “La angustia no proviene de la represión de la libido; ella provoca la represión. Dicho de otra forma, expresa un peligro que el yo siente.”³⁰

¿De dónde proviene la angustia si no es de esta experimentación de impotencia absoluta que hemos evocado en los orígenes del sujeto psíquico? Impotencia de ayudarse a sí mismo, de satisfacer las necesidades más elementales al igual que de manejar el influjo de excitación endógena o seductora. ¿Qué hacer con la angustia? ¿Convertirla en temor, tratarla como una amenaza externa, recuperar las fuentes para evitarlas mejor y convencerse de que es sólo un efecto maligno? ¿Vincularla con una representación que racionaliza su aparición? ¿Abandonarse a ella y consumir actos dañinos? La alternativa de vida, aún invalidante, convoca al pensamiento, la capacidad de representar lo que ataca utilizando objetos externos figurables, similares a prótesis en un imaginario siniestrado.

Este es el hallazgo clínico que a mi juicio es más importante. La fobia no es un asunto de mal valor sino una expresión de deseo del sujeto de encontrar representantes-representativos para su vida pulsional peligrosa y amenazante y que sin las mismas se expresaría probablemente sólo en el acto y la destructividad.

²⁹ F. Perrier (1964), *Neurosis fóbica en Encyclopédie médico-chirurgicale, Psiquiatría, 10, 37360, A. 10; Fobias e histeria de angustia, en El Psicoanálisis, n 2.*

³⁰ F. Perrier, *Fobias e histeria de angustia, op. cit. P. 191.*

Recordemos que en la clínica, si el síntoma es la efracción, cuestionamiento de la continuidad, es también el instrumento de una tentativa de puesta en sentido de esta continuidad. Si todas las historias se basan sobre la noción de continuidad, la discontinuidad es necesaria para su percepción y su expresión en palabras.

De este modo, el síntoma guarda con el sujeto somato-psíquico una complicidad totalmente particular. Es la expresión singular de lo vivo. Es detectable, manifiesto o latente, es íntimo, secreto, informe, espera las condiciones de una posible elaboración; en otras palabras, utiliza en cada uno formas singulares que son sólo accesibles al sujeto. La inteligibilidad del síntoma, de acuerdo con Freud, se limita exclusivamente a la dificultad de las vías de acceso al inconsciente. La vía principal del sueño no siempre se encuentra despejada en los hechos.

El síntoma es, en sí mismo, una figura sin apoyo, un pretexto sin referente textual. El síntoma como tal no puede descifrarse, solamente el sujeto puede formular su teoría.

Dar sentido al síntoma, es arrancarlo de la economía autoerótica del sujeto para transformarlo en un objeto de comunicación, en el análisis y en los movimientos transferenciales. Ello significa que el síntoma puede figurarse, no sólo describirse como se comenta una imagen, sino representarse, inducir una coincidencia de la cosa y la palabra, del afecto y la palabra, inmerso en un sistema en el que se intercambia y comparte, en un lenguaje común en donde la palabra “sirve de prueba”.

Pero es de este lado de la palabra en donde se origina la función fóbica, ¿cuáles son nuestras herramientas salvo pensar que lo que se manifiesta en el transcurso de la existencia siempre es reinvestible mediante las palabras de las que poseemos la huella antes de conocer el uso?

Existe sin dudas un gradiente de manifestaciones fóbicas que depende, como ya hemos visto, de la relación existente entre investimentos del yo e investimento de objeto; pero si el hecho fóbico es siempre una tentativa de elaboración de un conflicto interno, esbozo de puesta en sentido de una amenaza interna, la función fóbica, estructural, da prueba de un deseo del sujeto por mantener un sentimiento de continuidad y existencia que se le escapa, en el recurso a imágenes de objetos que nutren la capacidad de pensar del mismo.

Descriptoros: **FOBIA / ADOLESCENCIA / PROYECCIÓN/ SÍNTOMA /**

Autor-tema: **Freud, Sigmund**

El Amor en la Adolescencia

(Los adolescentes que no pueden amar)

Gonzalo Varela Viglietti¹

«La historia de amor («la aventura») es el tributo que el enamorado debe pagar al mundo para reconciliarse con él»

De: «Fragmentos de un discurso amoroso»
Roland Barthes.

“Si comienzo por el amor, es que el amor es para todos –les gusta negarlo- la gran cosa de la vida”
De: “Selección de máximas consoladoras sobre el amor”.

Charles Baudelaire.

A modo de introducción.

“Es llamativo, además, que sólo se hayan señalado hasta ahora los aspectos ingratos del crecimiento, dejando de lado la felicidad y la creatividad plenas que caracterizan también al adolescente”.

Arminda Aberastury

Comienzo con estas palabras de Aberastury (1971) porque como ella, yo tampoco creo que la adolescencia sea tan solo dolor, pena y sufrimiento como a menudo se ha creído, dejando de lado, la gran creatividad, la enorme capacidad de amar, y la increíble plasticidad para el cambio que también son propias de esta edad.

Pero abordar un tema como el del amor, no es tarea sencilla. La complejidad ya ha sido puesta de manifiesto por David (1971): ¿Cómo pasar de una experiencia sensible a la teoría de un estado? ¿Se puede «hablar» del amor? ¿Teorizar sobre un sentimiento que, como tal, se refiere fundamentalmente al registro de la experiencia sensible? Y más específicamente, ¿cuál podría ser la importancia que podríamos conferir a la experiencia amorosa en el curso del proceso adolescente?

¹ Miembro Titular de A.P.U. Comercio 1941. C.P. 11400. Tel. 507 3446. E-mail: gvarela@chasque.apc.org - Montevideo. Uruguay.

Durante mucho tiempo, e influidos creo yo por el gran peso que tuvo el descubrimiento de la sexualidad infantil, se pensó que todo lo importante se jugaba en la primera infancia, y que era allí donde quedaba signado el futuro psíquico de una persona. Louise Kaplan fue una de las primeras analistas en sostener que la adolescencia no era la simple repetición de ninguna de las fases anteriores del desarrollo del niño, y con ello se enfrentaba a un pensamiento sólidamente consolidado en los círculos analíticos, y que llega aún hasta nuestros días. Dicho pensamiento insistía en ver el proceso adolescente como simple recapitulación de la sexualidad infantil y de sus vicisitudes.

Si bien es cierto que el amor adolescente no puede ser entendido si no es en relación al vínculo infantil con los padres, en donde él toma cuerpo, no es menos cierto que no le podemos reducir a ello. El florecimiento de la sexualidad durante la adolescencia, confiere a esta etapa de la vida características particulares pues el campo de la sexualidad es un campo privilegiado para los procesos de resignificación. Lo que querría sostener es que los amores de la adolescencia no son la simple repetición de los amores de la infancia. El amor adolescente es algo más, es mucho más.

P. Gutton (1998) ha planteado la tesis de que “la construcción adolescente del sujeto se desarrolla por estados amorosos sucesivos”.²

Crecer es amar... y amar es crecer, sostiene asimismo C. David (1998) pues: “...los amores preedípicos y edípicos que han contribuido al jalonamiento del crecimiento infantil van a encontrarse a la vez reactivados y transformados a partir de la pubertad y en función de las nuevas experiencias eróticas que ella entraña”.

Durante la adolescencia, el desarrollo de una progresiva disposición para el amor es, a mi modo de ver, un confiable indicador de un reposicionamiento libidinal y narcisista que nos habla de un proceso que marcha bien. Los amores de la adolescencia, aquellos que suceden en el transcurso de un análisis –y aunque a menudo lo dificulten– son asimismo fiel testimonio del progreso del mismo. Las patologías graves de la adolescencia –y aún algunas no tan graves– perturban rápidamente, y casi sin excepciones la capacidad del adolescente para establecer nuevos lazos de amor. La investidura de nuevos objetos de amor, en virtud de la fragilidad narcisista³ que conlleva se transforma en una tarea imposible. En estos casos, el adolescente –como sostiene Braconnier (1991)– no puede “prenderse” de un nuevo objeto pues no puede desprenderse de su objeto originario. La posibilidad de enamorarse, en cambio, cuando aparece, es señal inequívoca de una transformación, implicando todo un reacomodamiento de las investiduras. Pero tomar el riesgo de amar a otro, es algo a lo cual no todos los adolescentes están dispuestos. Hacerlo, arriesgarse a “reencontrar” al objeto –en el sentido en que Freud lo proponía en “Tres Ensayos”– supone para el adolescente enfrentar el miedo que provocan la sustitución y la espera. Las oscilaciones entre “amor de transferencia” y amor en “el mundo” favorecen dicho proceso de desasimiento del objeto original. El trabajo psíquico de perlaboración que supone la transformación del objeto de amor se pone en marcha y con él la posibilidad de (re) encontrar un “nuevo” objeto.

² Citado por C. David (1998)

³ El «conflicto» entre lo objetal y lo narcisístico es un concepto largamente trabajado por los psicoanalistas franceses que se han dedicado al estudio de la adolescencia. Véase por ejemplo lo que sostiene F. Ladame (1997): «... ressentir un désir pour un autre que soi, nécessité de la sexualité humaine adulte, avec ses perspectives de satisfaction libidinale et d'enrichissement narcissique devient une menace pour l'intégrité de son propre sentiment d'existence quand les assises du Moi sont trop fragiles». Pero, como es habitual que suceda, los poetas, ya se les habían adelantado: “¿Qué es el amor? La necesidad de salir de sí”. De “Diarios íntimos” (“Mon cœur mis à nu”) Charles Baudelaire.

El proceso de desasimio de los primeros objetos de amor.

La importancia que adquieren las fantasías incestuosas que acompañan al empuje pulsional que ocurre durante la pubertad provocan en general el aislamiento y repliegue del adolescente con respecto a su núcleo familiar. Se aísla de sus padres y hermanos, pasa largas horas en la soledad de su habitación, evita el contacto físico, y trata de pasar buena parte del día fuera de casa. Y ese mismo adolescente, de una exquisita sensibilidad y una enorme solidaridad cuando se trata del vínculo con sus pares, se transforma en un monstruo profundamente egoísta, hosco, malhumorado e imposible de contentar cuando se encuentra en el hogar.

Así ha comenzado ese largo y penoso proceso que consiste en el desasimio de los primeros objetos de amor. Su contrapartida: esa enorme capacidad de enamorarse propia del adolescente, su pasión, su capacidad para construir ese “gran amor”, ese “primer amor” que luego recordará con nostalgia, pues entre tanto, habrá olvidado lo que le hizo padecer. Pues ese amor que le reveló el cielo, también le hizo conocer los infiernos, pero de eso, probablemente, ya no habrá recuerdos. Es que el desafío del amor, significa también la posibilidad del sufrimiento⁴. La lógica del amor es contradictoria. Dice Barthes (1977): “Protesto desde otra lógica: soy a la vez y contradictoriamente feliz e infeliz”. El sufrimiento no es algo que llega después del amor. Vive con él. Asoma en cada uno de sus intersticios⁵.

También Nasio (1996) va a referirse a esa “paradoja insuperable del amor”: “cuanto más se ama, más se sufre”. ¿Y quién ama con más pasión que el adolescente? Es que la angustia por la pérdida del amor, comienza junto con el amor. La angustia – sostiene Barthes (1977), parafraseando en esto a Winnicott- es el temor de una pérdida que en realidad ya sucedió. Sería necesario que alguien pudiera decirme: “No estés más angustiado, ya lo(a) has perdido”.

El abandono de la posición púber a menudo replegada sobre sí y sobre su cuerpo así como sobre el grupo de otros púberes del mismo sexo supone el abandono de una posición narcisista y omnipotente y supone al mismo tiempo que el adolescente se siente más capacitado para enfrentar todo el dolor y el sufrimiento que supone amar a otro. El adolescente posee una extraordinaria predisposición al amor. En la temprana pubertad, los jóvenes, más que enamorados de los otros, parecen estar en realidad enamorados del amor⁶. Y si dicho amor, más adelante pierde su objeto, más que llorar por el objeto, se les ve penando por el amor⁷. Pero a medida que progresa el crecimiento, el deseo de encontrar otro a quien amar, y ser amado por él, cobra fuerza, aunque dicho acercamiento al amor, a un amor, se desarrolle siempre en un ambiente marcado por una profunda ambivalencia, entre el deseo y el temor, entre la apetencia del otro y el miedo del otro. Entre un querer apresar, y un temor de perderlo.

⁴ “*Éros qui rit ne peut se concevoir sans Éros qui pleure*”. (Braconnier, A., 1998)

⁵ Iván Tourgueniev, refiriéndose a su primer amor dice: “Ma passion date de ce jourlà, ai-je dit; je pourrais ajouter qu’il en est de même pour ma souffrance”. Citado por Patrice Huerre en “Experiences d’amour”. *Adolescence*, 1998, 16, 2, pp 241).

⁶ “... por una perversión típicamente amorosa lo que el sujeto ama es el amor y no el objeto” (Barthes, R., 1977)

⁷ L. Kaplan (1986) habló de una verdadera «ars erótica» de la adolescencia como proceso que permitiría la transformación de «el amor a sí mismo» propio de los primeros años de la adolescencia en «amor a la especie», que caracteriza su final y que incluiría también el desarrollo moral y las aspiraciones culturales que son propias de esta edad. A diferencia de estos últimos, los primeros amores de la adolescencia, son amores narcisistas «de provecho propio».

Un bebé va a morir

“El narcisismo en la adolescencia nos hace remontar el curso de la historia más allá del edipo, a esa situación a la cual es más difícil renunciar que a una satisfacción erótica: aquella en la que uno es la joya, la perla, la pupila del ojo de la madre. ¿Se cura uno de eso? Pasar a la conquista del objeto edípico y al renunciamiento de esa meta de la sexualidad infantil, para encaminarse hacia objetos ni incestuosos ni parricidas, es un largo, difícil y tortuoso camino donde muchos se detienen antes de la línea de llegada”.

A. Green

La primera vez que vi a Viviana me impresionó su aspecto infantil. El modo en que se vestía, sus expresiones y sus gestos no se llevaban bien con sus 14 años. Su alta estatura -que hacía aún más evidente su extrema delgadez- confería a su figura un aspecto discordante. El adelgazamiento había borrado de su cuerpo todo rasgo femenino.

Los comienzos de este análisis –si es que así podemos llamarlo- no fueron sencillos. Pasé interminables horas escuchándole hablar de recetas, dietas y comidas. Las preocupaciones obsesivas por su peso y su imagen corporal, junto a una hiperactividad irrefrenable hacían imposible al principio la creación de un espacio psíquico en el cual fuese posible pensar. Sus únicas preocupaciones: la restricción alimenticia, y su rendimiento escolar, que como es frecuente en estos casos, era excelente.

Creo hoy que por una mezcla de desesperación e impotencia le pedí que empezara a escribir un diario. Al principio sólo registraba en él lo que comía pero a medida que transcurría el tiempo – y el análisis- comenzaron a aparecer impresiones, emociones, sentimientos que aunque en un principio evidenciaban ser de una extrema superficialidad auguraban sin embargo el incipiente desarrollo de un “espesor” psíquico hasta entonces inexistente.

Nos hallábamos ya en el tercer año de su análisis –ahora ya no sentía reparos en llamarlo de esta forma- y su vida afectiva había ido complejizándose cada vez más. Así lo reflejaba su diario, la marcha del análisis, y sus sueños, que por ese entonces comenzaron a aparecer. Desde hacía ya un tiempo había roto su aislamiento a través de un vínculo muy “pegoteado” con una “mejor amiga” con la que pasaba horas conversando por teléfono, pero esta amiga “la traicionó”, consiguiéndose un novio. Parecía que algo adolescente había por fin aparecido.

Por ese entonces era frecuente que ella comenzara sus sesiones con la lectura de su diario, y así lo hizo también ese día:

“Cuando este año volviendo de las vacaciones llegué a Montevideo, empecé a darme mucho con Helena ya que Elisa, mi mejor amiga, estaba dando exámenes y saliendo mucho con el novio. Así surgió esta nueva amistad. Yo iba casi todos los días a su casa, íbamos a la playa juntas; le daba consejos de vida. Me había dado cuenta de que había otras amigas a mi alrededor y de que yo había estado ciega a todo eso. Mi mundo era sólo en torno a Elisa y no me daba lugar a conocer a otras personas. Se aproximaba el cumpleaños de Helena, para ese entonces ella ya sabía que Ernesto me simpatizaba. (Pero nadie sabía lo mucho que yo quería conquistarlo). Lo invitó al cumpleaños y desde ese momento empezó nuestra historia. Pasamos toda esa noche hablando. Después nos fuimos todas a un bar y allí empezamos a hablar de cosas más

íntimas. Esa noche, yo, disimuladamente, con mis estrategias de conquista y bien sutilmente logré que Ernesto me acompañara a mi casa en taxi. Las cosas estaban yendo demasiado rápido para mi gusto pero yo no sé por qué, de todas formas, quise que me acompañara a casa.

Estaba con mucho miedo porque sabía qué clase de persona era Ernesto pero la decisión de que me acompañara en taxi ya estaba tomada y él, cuando llegásemos a mi casa iba ser dueño de bajarse del taxi o de seguir. En ese instante el corazón me latía muy muy fuerte, porque si se bajaba yo no sabía cómo iba a responder, si intuitivamente o racionalmente. Por suerte esa noche siguió en el taxi y yo no tuve que pensar más en ello; pero cuando llegué a mi casa y me acosté ya nada era como antes. Antes me acostaba sin pensar en nadie, no me hacía malasangre por nada, y no corría ningún riesgo de que la persona con la que estaba saliendo me fuera infiel. Antes, yo no vivía pendiente del teléfono, simplemente me acostaba y me dormía. Pero esa noche pensé mucho en él y en la clase de persona que aparentemente era, porque él siempre fue una persona con mucha fama: toma, fuma y estaba con cualquier chica que se le cruzara. Yo sabía que estaba muy expuesta. Podría meterme los cuernos cuantas veces él quisiera y yo no enterarme. Sabía que correría un gran riesgo pero decidí arriesgarme porque si no me iba a quedar siempre en el mismo punto no iba a avanzar ni iba a retroceder; y sé que la vida no es así. Si fracasás habrás aprendido algo nuevo. Sé que en el momento es muy difícil de entenderlo pero después de que pasa el tiempo forma parte de tu historia, viviste ese momento en carne propia y habrás aprendido de tu fracaso también en carne propia. El realmente demostraba un gran interés en mí pero yo no me quería hacer muchas ilusiones; no me quería enamorar de alguien para después tener que sufrir.

En ese momento se detiene, cierra su cuaderno y me dice:

Sabés que anoche tuve un sueño rarísimo. Te cuento: yo estaba embarazada; estaban Ernesto, Pablo, Elisa, y no me acuerdo qué otros. Estábamos en una casa como de la playa en la parte del fondo, creo. Me acuerdo que yo le decía a una persona lo siguiente: “¡imagínate cuando tenga mi bebé!! Pero pensaba: si lo tengo capaz que me muero antes, así que no me quiero hacer muchas ilusiones con esto”; y al final había una imagen: yo me estaba sacando leche y les decía “imágenes después yo, llena de leche”.

No voy a relatar todas sus asociaciones a este sueño, ni los distintos caminos por los que nos condujo. Sólo me detendré, en algunos aspectos que nos serán de utilidad para comprender mejor lo que quiero plantear.

El encuentro con el otro sexo, encuentro deseado, excitante, pero al mismo tiempo lleno de temores y prerrogativas había dado lugar en la paciente a una fantasía de embarazo. Pero ésta, ya no era como en la infancia un simple juego de niños. El embarazo era ahora posible y con él se desplegaba también en el horizonte la idea de la muerte. Una primera lectura nos permitía ver a la paciente “como embarazada de un gran amor”, pero ese amor que nacía, también podía morir, y entonces, mejor no hacerse muchas ilusiones⁸. En ese sentido el sueño parecía continuar con el desarrollo de las preocupaciones que ella venía de confesarme momentos antes. Pero lo más interesante surgió cuando le hice ver la ambigüedad de la expresión “yo llena de leche” que sin duda evocaba la imagen de la mujer embarazada, pero que creaba en mí, también, la fantasía de un bebé lleno de leche. El significante “leche” operaba allí como un puente

⁸ La frase del sueño: “... no me quiero hacer muchas ilusiones con esto” parecía pertenecer a este grupo de ideas.

verbal que permitía una mediación entre una “*leche*” que la embarazaba (la de su novio) y esa otra leche alimento que da la madre a su bebé. Enamorarse, en una segunda lectura del sueño, podía significar entonces “la muerte de un bebé”, ella misma bebé llena de leche, como figura de una idealizada relación originaria con su madre. Es que enamorarse, supone la renuncia a ese bebé lleno de leche, imagen omnipotente de una relación idealizada con el objeto originario. Pero además, en el sueño, ella estaba “sacándose leche” lo que no puede dejar de evocarnos la imagen siniestra de una mamá que ha perdido a su bebé. La muerte de un “bebé”, la muerte de una “madre”, dos representaciones que amenazan la consolidación de todo amor adolescente y entre las que bascula, sin pausa posible, todo primer amor.

Hace ya algunos años, L. Kaplan (1986) sostenía que la adolescencia suponía el “complejísimo drama de pasar de una zona de la existencia a otra”. Del pequeño mundo de la vida familiar, al amplio universo de una existencia social y cultural. En este marco, me gustaría sostener que las experiencias amorosas de la adolescencia funcionan a la manera de unos “*ritos de pasaje*” que no solamente permiten la transformación del objeto de amor, sino que además orientan al adolescente en el tiempo. La experiencia amorosa que “nace, crece, hace sufrir y pasa” (Barthes, R., 1977) tensa la experiencia adolescente del tiempo y le ubica en una linealidad irreversible, en un camino sin retorno, al fin del cual le espera, inexorable, la muerte.

En el desarrollo de este análisis se destacaban con claridad dos formas distintas de vivir la temporalidad, que marcaron dos momentos bien diferentes durante este proceso:

El primero, abarcando la etapa inicial del análisis, tiempo circular, de la repetición incansable de dietas, comidas y ejercicios, siempre idéntico a sí mismo. El segundo, marcado por un tiempo lineal, irreversible, como el de las hojas de su diario, inaugurándose con estas historias de amor que empiezan y terminan, con su gran amiga primero, con Ernesto después. Entre ambos, la escritura de un diario⁹ en el que veíamos operarse la transición que iba a conducirla desde un primer momento en el que veíamos a un «bebé» que solo «pensaba» en términos de sus necesidades «fisiológicas»¹⁰: lo que comía, si tenía hambre, si vomitaba, a otro, en el cual la aparición de estas historias de amor inauguraba la creciente complejidad de un preconiente que al expandirse, habilitaba importantes procesos de simbolización.

Durante años, e influido creo yo, por el excesivo peso concedido a concepciones desarrollistas, se concibió la adolescencia como ocurriendo a lo largo de un proceso que incluía tres etapas fundamentales que se constituían a su vez en pasos limitantes; el fracaso en la resolución de una, impedía el paso a la siguiente.

Las resumiría así:

El adolescente debía desinvertir los objetos parentales investidos fuertemente durante la infancia.

⁹ Este recurso técnico introducido por desesperación -pero también por amor- en tanto pedido por mí, es también escrito para mí. No parece sencillo pensar esta articulación por la cual un diario «íntimo» es escrito para ser leído a otro. Algo sucede allí que permite a la paciente comenzar a «pensarse» en una intimidad que es compartida conmigo, y que está guiada por un vector que se dirige hacia mí, guiado por la transferencia. Debo a Rodolfo Urribarri (comunicación personal) el descubrimiento de un artículo de P. Gutton y Bailly (1991) en el cual los autores utilizan este método de sugerir al adolescente la escritura en el caso de pacientes silenciosos con patologías narcisistas severas. Tal vez podríamos pensar que tal sugerencia se inscribe dentro de un marco similar a aquel que posibilita la madre que acerca a su bebé un objeto con el fin de que su bebé se aficione a él, con lo cual le descubre el amplio campo de los objetos y fenómenos transicionales. Ya ha sido señalado (Ortiz, A., 1995) que los escritos adolescentes se ubican además, en una suerte de espacio de transición entre el juego y la asociación libre.

¹⁰ *Hay aquí un cuerpo que parece carecer de espesor psíquico.*

La libido, ahora liberada de esos investimentos, volvía al yo y explicaba la exaltación, el engrandecimiento del yo, la omnipotencia propias de esta edad. También, sus desarreglos narcisistas. Finalmente, esa libido, desde entonces narcisista, se encontraba ahora disponible para nuevas investiduras de objeto: ahora era posible un nuevo amor. Pero si la fijación a los objetos infantiles era muy intensa, entonces creíamos que no sería posible el desasimio libidinal. Y si el desequilibrio narcisista provocado por el enamoramiento era muy intenso, entonces decíamos, este último no sería posible.

Pero las cosas han revelado ser bastante más complejas. Lo que querría sostener, no es que estos procesos no sucedan sino el hecho –grávido en consecuencias teóricas y clínicas- de que sucedan simultáneamente. En otras palabras: lo relevante es su concomitancia, su simultaneidad, la forma en que se interfieren y se apuntalan recíprocamente en un continuo vaivén que los conduce sin cesar desde los nuevos objetos, a los objetos parentales y viceversa. La simultaneidad de ambos procesos es de tal naturaleza que el final desasimio de las investiduras parentales sólo se lleva a cabo a medida que se tramita el duelo por ese amor imposible que es siempre “el primer amor” (Braconnier, 1998). Y lo uno, es inseparable de lo otro. Si el amor es desde el inicio también sufrimiento es porque el enamorado “sabe” del destino de ese primer amor. “Si fracasás habrás aprendido algo nuevo” decía Viviana, y agregaba: “No me quería enamorar de alguien para después tener que sufrir”. Y si el enamorado “sabe”, es en realidad porque esa pérdida, ya está ocurriendo.

Pero ¿cómo es que sucede la “creación” adolescente del objeto de amor? La misma parece ocurrir en dos tiempos:

El tiempo de la fantasía, de la “autoficción anticipatoria”¹¹ – como la ha denominado C. David (1998), de la “alteridad imaginaria” como ha sido descrita por P. Gutton (1998). Momento íntimo de la creación o recreación puberal del objeto, en el cual se imagina y anticipa su encuentro.

Y, en segundo lugar, “el tiempo de su realización” (C. David, 1998), momento angustiante, encuentro inquietante con la alteridad, dolor producido por el desencuentro entre fantasía y realidad. Pero puede suceder también que la superposición entre fantasía y realidad sea perfecta dando lugar a la pasión.

En este sentido parece útil distinguir la **capacidad de enamorarse**, en íntima correspondencia con ese primer tiempo de la fantasía, que imaginariza y anticipa el encuentro con el objeto de amor, de la **capacidad de amar**, la que supone la necesidad de elaborar la herida narcisista que entraña el reconocimiento de la alteridad. No hay verdadero amor si no existe un reconocimiento del otro en tanto tal, lo que además supone, durante la adolescencia, que dicha alteridad deberá reconocerse no solamente en el campo del ser, sino además, en el campo de la diferencia sexual.

En el momento en que Viviana se encuentra con Ernesto, su corazón «late fuerte» (podemos ver en ello la expresión desfigurada por un desplazamiento de abajo a arriba de otros «latidos», los del despertar de su sexualidad) y entonces se pregunta: ¿Debe responder «intuitivamente» o «racionalmente»? Y el problema planteado aquí, como en todo devenir adolescente, es una pregunta acerca de cómo conciliar aquello que proviene del cuerpo, con aquello que proviene de los ideales. Y en la adolescencia,

¹¹ La “autoficción anticipatoria” ha sido descrita por C. David (1998) como una emergencia fantasmática singular que aparece en la pubertad y que parece continuar con la “novela familiar” de la infancia. Esta nueva organización “novelesca” adquiere durante la pubertad una importancia destacada y funciona como un organizador auxiliar de las transformaciones adolescentes, como una especie de catalizador en la génesis de las primeras cristalizaciones amorosas.

con frecuencia, es el cuerpo quien va adelante¹². Por suerte, esa noche, Ernesto (otro adolescente) siguió en el taxi, lo que permitió que pudiese desplegarse en el análisis ese tiempo precioso de la fantasía, de la ficción anticipatoria, sin el cual el tiempo de la realización corre peligro de transformarse en puro acto, genitalidad cruda, sin espesor psíquico. Green (1992) se ha referido a este punto sosteniendo que la verdadera fusión entre la corriente tierna y la sensual, conduce a una relación que ya no llamaremos sexual, «sino con otra palabra supuestamente sinónima pero diferente: la relación amorosa».

Luego Viviana habla de «sentir en carne propia»: es que cada amor, toca al adolescente en el cuerpo, en la carne, allí donde ella ha quedado marcada por el deseo. Cada amor adolescente hace marca en el cuerpo, se «encarna» y también nos deja «en carne viva».

La disposición al amor, el desarrollo de una capacidad para amar¹³, nos hablan durante la adolescencia de un proceso que marcha bien. Pero todas aquellas que conocemos como patologías graves de la adolescencia la perturban, de manera más o menos radical, hasta el grado de una total invalidez para el amor.

Los adolescentes que no pueden amar

*«Se cree que todo enamorado está loco.
Pero, ¿se imaginan un loco enamorado?
De ningún modo».*

De: «Fragmentos de un discurso amoroso»
Roland Barthes.

El florecimiento de la sexualidad, el empuje del desarrollo sexual-genital que caracteriza a la pubertad hace que se reaviven aquellas fantasías incestuosas a las cuales el deseo se soldó durante la infancia. Entretanto, el crecimiento ha hecho posible la satisfacción real, imposible en la infancia. El equilibrio narcisista logrado en la infancia es ahora sacudido con violencia por una vida pulsional que al tiempo que reclama su objeto, “sabe” de la necesidad de desprenderse de él. Paradoja del desarrollo adolescente que obliga a la renuncia de la satisfacción pulsional incestuosa, justamente en el momento en que el desarrollo sexual de la pubertad la hubiese hecho posible. Desinvestidura, desexualización de la pulsión a la que Gutton (1991) ha denominado

¹² Urribarri (2003) ha descrito muy adecuadamente esta situación a través del material de un paciente que al fin de una sesión le decía: “estoy como corriendo detrás de mi cuerpo a ver si lo alcanzo”.

¹³ He mencionado en este trabajo, y en forma reiterada, la idea de un «desarrollo» de la capacidad de amar, pero ¿es posible hablar del amor adolescente en general? ¿Un concepto como el de amor, escapa a las consideraciones de género? ¿Es lo mismo hablar del amor si se trata de varones que de mujeres? En la viñeta presentada, se observa la creación de un amor, y esta «novela» la escribe una adolescente mujer. ¿Cómo podemos pensar la articulación entre la escritura de esta novela y la construcción de «lo femenino»? Hace ya muchos años, Blos (1979) señalaba la importancia que poseen las diferencias de género con respecto al comportamiento hacia el otro sexo y sostenía que las adolescencias tempranas del varón y de la niña son radicalmente diferentes. Mientras que el varón comienza su adolescencia con un decidido alejamiento del sexo opuesto que surge junto a los primeros signos del empuje pulsional puberal y que lo conducen a un verdadero bloqueo de las investiduras (heterosexuales) de objeto, la niña, se nos aparece de entrada, como una «pequeña mujercita». Lo mismo podríamos sostener para la relación que parece establecerse desde el inicio -en el material presentado- entre la perspectiva del amor genital y sus íntimas relaciones con la maternidad, como algo que parece ser propio del desarrollo de dicha capacidad de amar en la mujer.

“segunda latencia”. Así da comienzo una verdadera batalla en torno al deseo en la cual el adolescente intentará ensayar diferentes soluciones. Intentaré describir brevemente algunas de ellas:

La solución ascética:

Frente al florecimiento de la vida pulsional, el adolescente parece encontrar en el renunciamiento y el sacrificio una buena defensa: es lo que he denominado la solución ascética. En el adolescente normal, dicha defensa, como ya lo ha señalado Anna Freud (1973) parece estar al servicio del yo y de su función de dominio sobre la vida pulsional. La investidura de objeto es siempre un peligro que amenaza al precario equilibrio narcisista propio de esta edad. Manejar la pulsión, dominarla, se transforma en una tarea insoslayable. Así pueden pasar de la voracidad sin límites, a las restricciones alimentarias más severas; de la agitación que les impide detenerse, a la inmovilidad completa, de la violencia a la compasión, de la necesidad imperiosa del grupo de pares, al más completo aislamiento, de la pulcritud, al abandono más radical de los hábitos de limpieza. La renovada lucha que el adolescente emprende día a día contra la masturbación, es otro buen ejemplo de esta defensa.

La solución ascética, a través de la restricción, de la renuncia, busca recobrar la amenazada ilusión narcisista de un cuerpo sin deseo. Frente a la dificultad de enfrentar el peligro que entraña la investidura de nuevos objetos de amor, el adolescente puede renunciar, y en ese movimiento recobrar la amenazada omnipotencia infantil. Claro que por ello, deberá pagar un precio alto. Green (1992) ha sostenido que “El narcisismo en la adolescencia nos hace remontar el curso de la historia más allá del edipo, a esa situación a la cual es más difícil renunciar que a una satisfacción erótica: aquella en la que uno es la joya, la perla, la pupila del ojo de la madre. ¿Se cura uno de eso? Pasar a la conquista del objeto edípico y al renunciamiento de esa meta de la sexualidad infantil, para encaminarse hacia objetos ni incestuosos ni parricidas, es un largo, difícil y tortuoso camino donde muchos se detienen antes de la línea de llegada”.

La solución ascética, si bien podemos encontrarla en diversos grados en todo adolescente es llevada a sus posiciones más extremas en la anorexia nerviosa. En estos pacientes, como he mostrado en la viñeta clínica, el ulterior desarrollo de una capacidad de amar –cuando se logra- implica todo un reposicionamiento con respecto al objeto y a su vida pulsional, augurando un cambio psíquico de extrema importancia y que es necesario explorar adecuadamente.

La huída:

Otra forma de vérselas con la pulsión puede consistir en poner distancia, alejarse de los objetos incestuosos, en una actitud a la que Kaplan (1986) ha denominado «de fuga». Y esto puede expresarse de múltiples maneras:

- Huída hacia el grupo de pares en el cual el adolescente encuentra refugio en tanto pone distancia con las figuras parentales.

- Pero la huída puede ser también la propia del enamoramiento apasionado, pero que no transforma verdaderamente al objeto sino que sólo transfiere aquel amor infantil y así reencuentra en el nuevo objeto los viejos conflictos. Transferir el amor, no es lo mismo que transformarlo¹⁴ (Braconnier, 1991). Es por ello que no podemos encontrar

¹⁴ . El trabajo de “transformación del objeto de amor” consiste para A. Braconnier(1991) en la transformación del lazo de apego original con la madre, primer objeto de amor . Este trabajo se lleva a

allí algo verdaderamente novedoso, un nuevo “diálogo de amor” (Kaplan, 1986) sino la simple repetición de los antiguos amores de la infancia. Ello los condena a la repetición y al fracaso.

- Es posible también que el adolescente inmerso en el proceso de separación e individuación pueda recurrir al estado amoroso como forma de dejar en suspenso la experiencia depresiva insoportable que implicaría una elaboración del duelo en presencia de unos objetos parentales todavía demasiado ambivalentes. (Guillaumin, 1996)

- La huída hacia delante, puede ser otra de las formas que adopta esta modalidad de la fuga. Ella sumerge al adolescente en una sexualidad promiscua sin ningún poder transformador, y sobre todo, sin la posibilidad de que la experiencia del amor promueva el crecimiento del sujeto. La huída en este caso se realiza a través de la actuación sexual.

La solución adictiva:

Si el adolescente no logra transformar el apego originario a su primer objeto de amor quedará condenado a su búsqueda incesante a través de objetos sustitutos.

Mc Dougall (1994) ha caracterizado al objeto adictivo, como un objeto transicional patológico. Al mismo tiempo que señala que la cualidad específica del objeto adictivo –a diferencia del verdadero objeto transicional- es la de ser absolutamente incapaz de promover un cambio duradero en la estructura psíquica. Su acción, como la de la droga es efímera. Esto hace que el sujeto deba buscarlo incesantemente en el mundo exterior, y en esa tarea, no hay descanso posible. Desde este punto de vista, sería más adecuada la denominación de objetos transitorios, denominación que Mc Dougall encuentra más acertada que la de objetos transicionales.

Amar a las personas, como si en realidad se tratara de drogas, puede ser concebida como una forma arcaica del amar que intenta cortocircuitar, evitándola, aquella conflictiva propia de todo amor adolescente, es decir la que se desarrolla entre investiduras narcisistas e investiduras de objeto.

Pero también es necesario referirse aquí a las conductas adictivas propiamente dichas, cualquiera sea su naturaleza: la adicción a las drogas, por supuesto, pero también la adicción al hambre, como en la anorexia, o la adicción a los vómitos, como en la bulimia.

Los procesos que he descrito, pueden entenderse como fracasos en la posibilidad de desarrollar una verdadera capacidad de amar¹⁵, aunque en grados menores, y con inmensa movilidad entre las distintas formas que he planteado podemos verlos también en el desarrollo de cualquier adolescente normal.

cabo a través de la construcción de una “ilusión amorosa” con un objeto transformado. “Este modo de construcción del objeto ya se ha desarrollado, con algunas variantes, en el transcurso de la infancia y en particular de la primer infancia, pero lo que parece específico del adolescente, reposa sobre el hecho de que esta cualidad transformacional del objeto para ser observada necesita de dos condiciones. Una, como lo ha subrayado R. Diatkine, es que el adolescente pueda prestar al objeto amado una capacidad de amar susceptible de reemplazar el fantasma del amor objetual parental, y en particular del amor materno absoluto. Posibilidad que depende en gran parte de lo que ha transcurrido en la infancia. La otra, es que el adolescente, bajo el peso de nuevas aspiraciones libidinales, pueda prestar al objeto amado una capacidad de amar diferente de la suya, es decir una capacidad susceptible de reemplazar la fantasía del amor bisexual.”

¹⁵ Seguramente podrían describirse aún otros tipos de «soluciones» como la «solución depresiva» o «la solución suicida» también frecuentes durante la adolescencia.

¿Amor de transferencia o transferencia del amor?

Por último, no quisiera terminar sin por lo menos hacer una breve referencia al tema del amor de transferencia. En un artículo reciente, F. Ladame (1998) ha señalado la necesidad de pensar las características particulares y la pertinencia de un concepto como el de amor de transferencia cuando lo aplicamos a esta época particular de la vida. ¿Pueden considerarse equiparables, en este punto, la clínica de adultos y la de adolescentes? Y si contestamos que no: ¿cómo pensamos sus diferencias? ¿Nos es verdaderamente útil, para pensar la clínica con adolescentes, un concepto como el de amor de transferencia?

Comencemos por la clínica: creo que todos podríamos coincidir en que el amor de transferencia no es un hecho común en el análisis de adolescentes. Sin embargo, esta constatación clínica, no es sencilla de explicar teóricamente.

En la adolescencia ¿más que hablar de amor de transferencia, no deberíamos hablar de transferencia del amor¹⁶? La figura del analista se encuentra demasiado próxima a la de los padres (lo incestuoso y parricida), y esto no es lo suficientemente “lejos” para el adolescente. Los amores de transferencia, durante la adolescencia, se viven en general fuera de la transferencia -con el analista-, allí donde el adolescente puede lograr verdaderamente la “transferencia” del amor, a una distancia prudencial con respecto a los objetos incestuosos. ¿Cuáles son las consecuencias de esto? Que en lugar de establecerse una neurosis de transferencia – como tal vez sucedería en el análisis de un adulto, se desarrolla algo a lo que podríamos llamar una “neurosis de amor”.

Hablo de *neurosis de amor*¹⁷ para realizar un paralelismo con la neurosis de transferencia. El adolescente, incapaz de elaborar (o tramitar) la desinvestidura de sus primeros objetos de amor, transfiere dicha investidura sobre un partenaire amoroso (el primer amor). De esa forma se desarrolla una “neurosis”, “neurosis de amor”, en la que luego el analista descubrirá los elementos constitutivos de la neurosis infantil, al modo en que Freud lo planteaba para la neurosis de transferencia.

Resumen

El Amor en la Adolescencia.(Los adolescentes que no pueden amar)

Gonzalo Varela Viglietti

Abordar un tema como el del amor no es tarea sencilla. La pregunta acerca de la importancia que podría concederse a la experiencia amorosa en el curso del proceso adolescente guía las reflexiones del autor en este trabajo.

¹⁶ En realidad, esta pregunta encierra una tautología. El amor de transferencia es una transferencia del amor. Lo que quiero expresar aquí, es que este desplazamiento no siempre se realiza sobre la figura del analista.

¹⁷ Tomo este término de Braconnier, aunque le doy un sentido diferente al planteado por el autor. Braconnier utiliza este término para referirse a la situación de un amor adolescente infiltrado por la conflictualidad edípica, y con el fin de distinguirlo de otras situaciones que podrían ser consideradas como verdaderas “adicciones amorosas”.

La disposición para el amor es tomada como un confiable indicador de un reposicionamiento libidinal y narcisista que habla de un proceso que marcha bien. Las patologías graves de la adolescencia perturban rápidamente la capacidad del adolescente para establecer lazos de amor.

Las ideas desarrolladas se ilustran a través de la presentación de una viñeta clínica.

Finalmente, se aborda el problema de los adolescentes que no pueden amar y las diferentes «soluciones» que ellos encuentran.

Summary

Love during adolescence. (Adolescents who can't love)

Gonzalo Varela Viglietti

To tackle a topic like love is not an easy task. The importance that one could concede to the experience of falling in love during the adolescent process is a guideline for the author in this paper.

The availability to fall in love is taken as a reliable indicator of a new libidinal and narcissistic stance, all of which shows a process that is going on well. The serious pathologies during adolescence rapidly upset the young person's capacity to establish love bonds.

These ideas are illustrated through a clinical vignette. Finally, the author faces the problem of adolescents who can't love and the various "solutions" to which they arrive.

Descriptores: **ADOLESCENCIA / AMOR / ENAMORAMIENTO
/ OBJETO DE AMOR / AMOR DE
TRANSFERENCIA / MATERIAL CLÍNICO /**

Bibliografía

ABERASTURY, A., KNOBEL, M. (1971): *La Adolescencia Normal*.
Un Enfoque Psicoanalítico. Buenos Aires. Paidós.

BAILLY, L.; GUTTON, P.: "Del fracaso en el éxito de la escritura". *Rev.*
Psicoanal. con Niños y Adolesc. n°. 1, 96-109.

BARTHES, R. (1977): *Fragmentos de un Discurso Amoroso*. Argentina.
Ed. Siglo XXI. 2002.

BAUDELAIRE, C.: *Las Flores del Mal*. Montevideo. Ed. Banda Oriental. 1970.

BLOS, P. (1979): *La Transición Adolescente*. Buenos Aires. Amorrortu

Editores. 1981.

BRACONNIER, A. (1991): "La depresión en la adolescencia un avatar de la transformación del objeto del amor". *Rev. Psicoanal. con Niños y Adolesc.* n° 1, 179-189.

BRACONNIER, A. (1993): "La amenaza depresiva. ¿Una transformación de la angustia de separación en la adolescencia? *Rev. Psicoanal. con Niños y Adolesc.* n° 4, 125-138.

BRACONNIER, A. (1996): "Emergencias ansiosas en la adolescencia". *Rev. Psicoanal. con Niños y Adolesc.* n°9, 120-124.

BRACONNIER, A. (1998): "Les larmes d'Eros". *Rev. Adolescence*, París, 16, 2, 39-47.

BRACONNIER, A., MARCELLI, D. (19?): *L'adolescence aux mille visages; itinéraires et embûches*. París. Ed. Universitaires, 1988. DAVID, C. (1971): *L'état amoureux*. Francia. Ed. Payot.

DAVID, C. (1998): "Aimer, c'est croître". *Rev. Adolescence*, 16, 2, pp. 7-15. París.

FREUD, A. (1973): *El Yo y los Mecanismos de Defensa*. Bs.As. Paidós, 200 pág.

FREUD, S. (1905): "Tres ensayos de teoría sexual". En: AE VII. Bs. As.

GREEN, A. (1992): "El adolescente en el adulto". *Rev. Psicoanálisis Apdeba*, Vol. XV, n° 1, pp. 39-68, 1993.

GUILLAUMIN, J.(1996): "La adolescencia y la separación. La posición amorosa como defensa contra la depresión por suspender duelos inefectuados y sus fracasos suicidas". *Rev. Psicoanal. con Niños y Adolesc.* N.9. 125-138.

GUTTON, P. (1991): *Lo Puberal*. Bs. As. Ed. Paidós. 1993.

GUTTON, P. (1998): "Amour et ses preuves". *Rev. Adolescence*, 16, 2, pp. 17-37. París.

HUERRE, P.; LE FOURN, J-Y. (1998): "Expériences d'amour". *Rev. Adolescence*, 16, 2, pp. 241-43. París.

KAPLAN, L. (1986): *Adolescencia. El adiós a la infancia*. Bs.As. Ed. Paidós.

PERRET-CATIPOVIC, M; LADAME, F. (1997): "Adolescence et psychanalyse: L'histoire d'une histoire". En: *Adolescence et psychanalyse: une histoire*. París. Delachaux et Nestlé.

MC DOUGALL, J., (1994): *Teatros de la mente. Ilusión y verdad en el escenario psicoanalítico*. Madrid. Ed. Julian Yebenes.

NASIO, D. (1996): *El libro del dolor y del amor*. España.. Ed. Gedisa. 1999.

ORTIZ, A. (1995): “Los escritos del adolescente”. *Rev. Psicoanálisis Apdeba*, Vol. XVII, nº 3. pp. 647-64.

URRIBARRI, R. (2003): “Sobre el proceso adolescente”. Trabajo inédito.

Algunas peculiaridades en el tratamiento psicoanalítico de pacientes adolescentes*

Alvaro Nin³

Introducción

Comenzaremos por plantear a modo de introducción, que este trabajo intenta desplegar algunos cuestionamientos y dificultades relativas a las modificaciones técnicas que efectuamos en la práctica analítica habitual cuando nos encontramos y confrontamos a la tarea del análisis con pacientes adolescentes.

Encuentro y confrontación (Winnicott, 1972), dos aspectos aparentemente antitéticos pero que a la manera de un péndulo, conforman un par necesario e imprescindible que implica un movimiento de acercamiento y separación que constituye un estilo que es propio de la especificidad de las angustias en juego en la crisis adolescente.

Se ha hablado mucho sobre si existe o no una especificidad del análisis del adolescente (y por lo tanto una formación específica); sin pretender profundizar aquí ese tema, podemos decir que ciertamente, existen peculiaridades en este vínculo. Por un lado las capacidades y disposición por parte del analista, en cuanto al trabajo con las posibilidades simbólicas que todavía están en desarrollo. Por otra parte, el adolescente se encuentra en pleno proceso identificatorio y de construcción de sus mecanismos defensivos, lo cual hace al trabajo analítico especialmente difícil.

Se ha dicho con razón, que la estrategia del analista es justamente prescindir de ella, y en esa renuncia, jugarse a la asociación libre (paciente) y a la atención flotante (analista). Como planteábamos anteriormente, las insuficiencias en la simbolización del adolescente, promueven un cortocircuito pulsional que deriva hacia el acto y al soma. Por este motivo, los diversos tipos de actos (compulsivos, repetitivos, sintomáticos o fallidos, juegos, etc.) generan un ambiente muy especial en estos análisis y que contratransferencialmente, el analista desliza su atención al cómo y cuándo interviene, en detrimento de sus posibilidades regresivas de la atención flotante. Si todos hemos “mordido el polvo” de la contradicción inmanente a la atención flotante, coincidiremos que nuestro lugar como analistas de adolescentes, está jaqueado por estas preocupaciones de orden técnico.

Crisis adolescente

* Trabajo presentado en el 43º. Congreso de IPA “Psicoanálisis: trabajando en las fronteras”, N. Orleans, 2004.

³ Miembro Titular de APU. J. M. Pérez 2885 Ap. 202 - Tel. 0598 2 711 9679. -mail: adnin@montevideo.com.uy - Montevideo, Uruguay.

Momento crítico en el que se anuda el narcisismo con sus vergüenzas y fragilidades de la autoestima con el resurgimiento de la conflictiva sexual que a partir de la pubertad, relanza toda una nueva dimensión corporal con nuevos puntos de urgencia con frecuentes estallidos en los vínculos familiares y sociales.

Encuentro y confrontación decíamos, por que en ese doble movimiento, habrá de tener lugar no sólo la crisis adolescente, sino también el propio tratamiento analítico.

El encuentro pone en juego las transferencias positivas con la empatía y la construcción de un espacio analítico donde el analista desde un lugar adulto pero diferente al de los padres, convoca las angustias, el sufrimiento y el deseo de conocerse así como abre la esperanza a un cambio psíquico y al crecimiento personal.

Por otro lado y concomitantemente se abre ese mismo espacio para las diferencias, con sus inevitables consecuencias de confrontaciones necesarias para un nuevo crisol de identificaciones.

Duelo por la infancia versus el peligroso mundo adulto

Como lo han señalado Héctor y Mercedes Garbarino (1961-62), la tarea esencial del adolescente es crecer y desarrollarse y esto significa ingresar en un mundo desconocido peligroso e inquietante como es el mundo de los adultos. Adultos, padres que también son movilizados por el crecimiento de sus hijos y que implicará entonces una reactualización de la conflictiva edípica para los propios padres. Con la eclosión pulsional de la pubertad (Freud, 1905), los impulsos libidinales se dirigen en primer lugar hacia los padres con los consiguientes sentimientos de culpa que generan una reactualización de la represión de estos deseos incestuosos. Esta dinámica de la represión de lo incestuoso hará que se vaya en busca de otros objetos significativos a quienes dirigir el amor y el odio. Sin embargo no sólo la represión participa, sino que también podrán hacerse lugar por ejemplo intensas idealizaciones de sí y de otros, ya sean éstas personas u objetos de la cultura, de la política, de la religión que operan como metáforas o derivados metonímicos de los objetos primarios significativos. Esto implicará una movilización de las defensas frente al aumento de la marea pulsional, donde habrá de ponerse en juego una gama muy diversa que podrá ir desde las proyecciones, la omnipotencia, la negación, la escisión así como también la desmentida.

Desde la etimología, la palabra crisis (Mannoni, 1984) significa “juicio” y sería en la medicina clásica un momento decisivo donde habrá de juzgarse y jugarse la evolución de la enfermedad hacia la curación o la muerte. En ese sentido, al hablar de crisis de la adolescencia, se apunta al momento decisivo en que se define el futuro del sujeto.

Como dice Kestenberg (1982): todo se prepara en la infancia y todo se juega en la adolescencia, por eso es que postulamos a la adolescencia, como un período de la vida al cabo del cual emergerá un psiquismo reformulado con nuevas inscripciones psíquicas que están en los fundamentos de las nuevas identificaciones.

Momentos de la adolescencia

La pubertad alude a un cambio individual, o sea las transformaciones corporales en un sujeto dado, en su dimensión psíquica y física, en tanto que adolescencia; como

nos enseñara Octave Mannoni (1984) implica una dimensión diferente de tipo socio histórica que amenaza con un conflicto de generaciones.

La adolescencia es entonces un período relativamente indefinido de la vida en el cual podríamos señalar tres momentos distintos, la pubertad o adolescencia temprana, adolescencia mediana y adolescencia tardía. Esta es una categoría útil a los efectos descriptivos, pero tenemos que tener en cuenta que hay una interrelación dinámica permanente entre los fenómenos que describiremos de estos tres momentos.

En todos los procesos de duelo la libido (Freud, 1915) está sometida a movimientos y se pueden describir tres momentos. Un primer momento sería cuando el yo pierde su objeto libidinal, en el cual la libido tiende a volverse narcisísticamente hacia el yo.

Esto es luego de que la negación de la pérdida objetal deja paso a la dimensión subjetiva del dolor. Un segundo momento en que hay una tendencia del yo a ofrecerse al ello como sustituto del objeto perdido que funciona a la manera de una desmentida de la pérdida. Un tercer momento en que la angustia y el dolor conllevan en el mejor de los casos a un reconocimiento de lo perdido y al desplazamiento de esa libido a la búsqueda de nuevos objetos externos.

Siguiendo las ideas de Fernández Moujan, haremos una correlación entre esos momentos del duelo y el tránsito que va realizando el adolescente.

En la pubertad, con las modificaciones corporales, lo que prima es la pérdida del objeto (cuerpo infantil, padres infantiles) y lo que ocurre es que el propio cuerpo se convierte en extraño y cambiante, con todo el desajuste del esquema corporal que esto conlleva.

En la adolescencia mediana, el duelo evoluciona hacia aspectos psicológicos, o sea las identificaciones, la función imaginativa, el pensamiento, donde se construyen verdaderas identidades grupales, apareciendo un verdadero culto a la amistad. Estas identidades grupales, lo ponen a salvo en parte de las vivencias de vacío que ya son muy intensas desde la pubertad.

La adolescencia tardía se caracteriza por un retorno al objeto y su contrapartida, la capacidad de estar a solas. Comienza a darse una mejor definición en cuanto a la elección sexual, se busca en forma más comprometida un compañero o compañera, se eligen orientaciones en cuanto al estudio y al trabajo y se comienza a definir también una identidad básica.

Demanda y construcción del espacio analítico

Seguramente, la mayor parte de los adolescentes que vemos en nuestros consultorios o instituciones, han sufrido y sufren traumatismos importantes, ya sea externos o internos que perturban y retrasan estos procesos de duelo, derivando en duelos patológicos que siempre están en la base de las patologías graves.

Lo primero a plantear es el tipo de demanda que está en juego, porque hay que tener claro qué pide el adolescente y qué pide el medio familiar y social. Quizás la mayor parte de las veces habrá que trabajar este punto de partida porque se constituye en el cimiento del espacio analítico que habremos de construir.

Por supuesto que el malestar que genera en el entorno, produce a su vez una presión interna en el adolescente con sus problemas y sus síntomas. Este malestar personal, será el motor del análisis futuro y lo que habrá de trabajarse en los comienzos del tratamiento.

Malestar en el entorno, malestar personal que si se articula en esa presión interna es porque hay una posibilidad de tránsito y cierta elaboración del sentimiento de culpa característico de una problemática edípica. Lamentablemente en general las condiciones de inicio de análisis son menos halagüeñas, asistiendo a un paciente que está “intoxicado” por un lenguaje de acción (Gómez y Tebaldi, 2001), lenguaje que habrá de ser deconstruido, abriendo a otro lenguaje que abra a nuevas significaciones de la historia personal, que pueda incluir los aspectos traumáticos reprimidos o escindidos hasta ese momento.

Pienso que esto tal vez sea el problema más espinoso y el objetivo general del tratamiento analítico y que constituye un logro esencial del aparato psíquico ya que se trata de poder incluir vivencialmente los aspectos penosos.

Volviendo al lenguaje de acción, es muy importante poder entenderlo como instrumento de la repetición y su compulsión (Freud, 1914). Repetición que implica un re- pedir acceso a la conciencia y a la acción de tal manera de poder re - escenificar aspectos traumáticos infantiles que en la evolución han tenido que ser dejados de lado pero que insisten (por suerte y por desgracia) en su re-actualización para ser tenidos en cuenta. Nuestra posibilidad será la de incluirlos en la dinámica de la transferencia – contratransferencia, porque de lo contrario caerán en el vacío de las intelectualizaciones o de historias que son aceptadas como interesantes pero sin ningún efecto sobre el adolescente.

El lenguaje de acción o actuación, puede constituirse en un síntoma, pero más allá de eso –como lo señalan L. Goijman (1998) y otros autores– es en sí mismo el modo específico de expresión de este momento vital, una característica del funcionamiento psíquico.

De la misma manera que el juego es el principal vehículo de expresión de la fantasía en la infancia, la acción es una forma de expresión de la fantasía en la adolescencia, en la medida en que la maduración psicomotriz permite un protagonismo diferente; existiendo a la vez una necesidad de confrontar lo estatuido por la ley parental experimentando nuevas alternativas.

El inicio de la intimidad entre paciente y analista, puede entonces instalarse. Esta forma peculiar de transferencia, es posible cuando el analista logra desinvertirse de la actitud parental moralizante y evita también la complicidad con el adolescente.

Sostenido por una imagen representacional diferente de aquellas que ya posee, el adolescente puede ampliar el juego de identificaciones en forma más rica, especialmente cuando el analista es percibido como capaz de una comprensión de lo inconsciente que implica entender sus dificultades y conflictos en su trama familiar y de su entorno.

Como decíamos anteriormente, nuestro objetivo es incidir en la vida emocional del adolescente, posibilitando una reestructuración psíquica. Como siempre, nos enfrentamos a una roca de base (Freud, 1937) que es el narcisismo –de ambos, paciente y analista. Constitución narcisista que se expresa en el lazo libidinal hacia lo propio y los aspectos agresivos hacia lo considerado ajeno y extraño.

Es un momento de construcción de la identidad, de búsqueda de referentes identificatorios, de aumento de las exigencias de los ideales, por lo que las interpretaciones analíticas fragilizan aún más el yo y por lo tanto estarán alertas todas las defensas paranoides del adolescente que en una parte de sí no desea ser cuestionado.

Esto nos conduce a jerarquizar toda la labor preparatoria (Aryan, 1985) (Salas, 1973) de nuestras interpretaciones y si entendemos que nuestras utopías son importantes, no por sí mismas sino por lo que producen en nosotros, en su intento de conseguir las, diremos que nuestra utopía parafraseando a Winnicott, es que el adolescente pueda construir sus interpretaciones por sí mismo.

Para que esta labor preparatoria se inicie, es imprescindible que haya un cuidado de las asociaciones libres que el analista debe estimular con sus preguntas y que a su vez haya también un trabajo con ellas.

Como plantea Rómulo Lander (2002), es importante poder superar una desconfianza inicial que es muy frecuente así como también ir dando pruebas de la confidencialidad del tratamiento que se juega muchas veces en las entrevistas que por diferentes motivos se generan con los padres. El adolescente necesita muchas veces de comprobaciones prácticas de dicha confidencialidad para que se pueda ir dando un ambiente continente donde trabajar con las asociaciones libres. Un índice inequívoco de buena marcha y de proceso analítico es sin duda como en los pacientes adultos el surgimiento y trabajo conjunto con las asociaciones libres.

Es necesario entender las asociaciones libres con un criterio amplio porque a veces se trata simplemente de un gesto, un tono de voz, un silencio y otras veces se trata de palabras. Por otro lado es importante estar abiertos a las cartas, diarios personales, poemas, dibujos, fotos, juegos y a los actos tanto fuera como dentro de la sesión, en los que nos prestamos a jugar ciertos roles que son asignados, donde nuestro carácter de superyo auxiliar permite toda esta gama de expresiones en la seguridad de no ser censurado (Strachey 1934). Por eso hay un consenso entre los diversos autores acerca de la actitud del analista, ya que se requiere una especial disponibilidad afectiva para trabajar con adolescentes. Sus juegos, actuaciones, angustias masivas, sus fuertes ambivalencias y su constante vaivén narcisista y objetal, nos someten a fuertísimas excitaciones psíquicas que nos conmueven y nos llevan a sentir todo tipo de afectos relacionados a ese movimiento pulsional y transferencial del adolescente.

Es importante señalar la experiencia de los analistas franceses y otros que trabajan con el psicodrama psicoanalítico con buenos resultados. Nosotros por nuestra parte, no hemos incursionado en ese tipo de estrategias terapéuticas pero es claro que el análisis de pacientes adolescentes se aparta de lo que puede ser una cura clásica –si es que ello existe– ya que el analista es, generalmente más activo y participativo, haciendo un mayor uso de su propia persona.

En este sentido, hay diferencias importantes en cuanto al uso del silencio por parte del analista. Aquí como en todo lo que hace a la construcción del lugar del analista, no existe ninguna receta a seguir que constituiría simplemente una ilusión de un camino seguro.

Podemos señalar sí que muchas veces el silencio en pacientes neuróticos adultos, incide de tal modo, que permite abrir el campo analítico a nuevas asociaciones. En tanto que muchas veces el silencio del analista, en el tratamiento con adolescentes puede relanzar las angustias por el vacío, la soledad y las dificultades identificatorias que se viven como un abandono por parte del analista.

Cuando hay indicadores de proceso analítico (Kancyper, 2002) tales como apertura a nuevas fantasías, asociaciones, recuerdos o momentos de elaboración psíquica frente a dificultades o síntomas del paciente, es imprescindible que nuestro silencio otorgue un espacio y un tiempo para que ese proceso tenga lugar, siendo esto un correlato del concepto winnicottiano sobre la importancia del estar-jugar a solas en presencia de la madre (1958).

Como lo plantea Salas (1973) en relación al púber, si se interpreta demasiado rápido, y aunque esto le resulte muy claro al analista, su intervención puede ser vivida como la de una persona que como el púber mismo, no tiene capacidad de continencia adecuada y no puede aguardar. Así el valorar especialmente el momento de la intervención, se vincula con un modelo donde la memoria, la capacidad de espera y la continencia ocupan un rol importante.

Juan, una viñeta clínica

Juan es un adolescente tardío que consultó por angustia, soledad y porque había perdido en reiteradas oportunidades exámenes importantes que lo bloqueaban para continuar adelante. Perder exámenes tenía el significado de una condena a permanecer atrapado en el seno familiar y esto obturaba la dinámica de independencia – dependencia, lo cual a su vez, se tradujo en movimientos específicos en el vínculo conmigo de acercamiento y separación.

Los exámenes se constituyen en hitos en el crecimiento del adolescente, ya que quedan como marcas o mojones en su psiquismo. El no haberlos salvado, genera culpa, remordimiento y angustia, dificultando el proceso identificadorio.

La pregunta que fuimos construyendo en los primeros tiempos del análisis, era acerca de por qué no había podido integrar esos conocimientos, y más allá de eso, qué era lo que no podía integrar.

Su hostilidad hacia el padre, un distinguido profesional que se había marchado de su casa cuando Juan era un niño de 9 años, retornaba como una secuela, volviéndose contra sí mismo e impidiéndole finalizar el ciclo de la secundaria y acceder a una nueva etapa como universitario. Aquí se constituye otra secuela más, ya que “elige” una universidad en la que no se requieren estos exámenes perdidos.

Una de las dificultades más importantes de Juan estaba en la esfera de su agresividad, ya que no podía hacer lugar a su odio (y por lo tanto tampoco a su amor) lo que le producía una intensa inhibición afectiva.

En ese contexto, nos encontrábamos trabajando las dificultades en nuestro vínculo, ya que se había hecho persistente un síntoma transferencial y resistencial, que eran sus reiteradas llegadas tarde a las sesiones. Se había ido instalando esta costumbre de llegar tarde quince minutos, como si él hubiera determinado que ésa era la distancia en la que quería mantenerme a mí. Allí se condensaban una serie de elementos a saber; una parte de sí (y de mí) que no participaba en el análisis, un lugar de supuesta no dependencia de mí como de su padre porque siempre aparecían distintas actividades de las que no se podía desprender para llegar a la hora de su sesión.

La interpretación que fuimos construyendo (Saimovici, 1989) giraba en torno a las distancias que compulsivamente necesitaba ponerme a mí como “padre” (edípico), quedando por otra parte, pegado y sin poder salir de su propia madre interna con la que establecía un vínculo dual y narcisista, tal como había sido su ubicación en su historia familiar.

Esto nos ponía en la pista de sus propios sabotajes en cuanto a las posibilidades de crecimiento-exogamia y su relación imposible con chicas. Hablando de estos sabotajes, me dice, que él había estado en las torres gemelas con su padre, poco tiempo antes del atentado y su destrucción. Que estaba muy impresionado por haber subido allí, que sintió mareos que no pudo soportar y que por lo tanto, luego de observar el panorama, se sintió pésimamente, por lo que tuvo que bajar de inmediato y que le costó un buen rato recuperarse del malestar.

Había allí una mezcla de cosas, porque por un lado, lo contaba con orgullo, (“yo estuve en un lugar histórico”), por otro lado, haber estado allí en esas alturas con su padre, le removía el deseo de compartir lo mejor con el padre, algo entre ellos dos solos, algo siempre postergado e imposible, que hacía emerger una y otra vez su rechazo y hostilidad. Se agregaba además, la presencia terrible y odiosa para él de la nueva mujer

del padre, que aunque ya era un vínculo de muchos años, seguía siendo intolerable para él.

Quedó en el ambiente de esta sesión, todo este tema de su llegada tarde, sus distancias, (dependencia – independencia), su hostilidad hacia mí, hacia su padre con su segunda esposa, y los sabotajes en relación a sí mismo, al análisis, como también el atentado a las torres gemelas.

A la sesión siguiente, viene tarde, pero solo cinco minutos, con un cúmulo de fotos de viaje, que no se le había ocurrido traer hasta ese momento. Nos dispusimos entonces a mirar aquel mundo de fotos que él mismo había tomado, y que me traía muy prolijamente cuidadas y ordenadas, una tras otra, exactamente como habían sido sacadas día tras día.

No voy a entrar en los detalles de la sesión, pero sí decir que él estaba muy interesado en que yo pudiera mirar y admirar su viaje, su familia, “su proeza” de haber estado en esos lugares y además presentarme fotográficamente a toda su familia.

Resultó que a pesar del malestar y angustia en las alturas, había registrado muy bien ese momento, que lo vivía ambivalentemente, como un trofeo. La excitación que le producía mirar esas fotos, era muy intensa y el hecho de que esos monumentos arquitectónicos se hubieran desplomado por la acción terrorista y de sabotaje, le producía una vivencia extraña, siniestra, de muerte.

Luego de mirar las fotos con sus correspondientes explicaciones, yo sentía que él se había acercado más a mí, que me presentaba a toda su familia y entre ellos ni más ni menos a su hermano, con quien tiene una enorme conflictiva fratricida de la que nunca habla, pero había algo más allí que me inquietaba, vinculado a las muertes, asesinatos y sabotajes.

Luego hay un giro en la sesión y él comienza a hablar muy seguro sobre una idea de él que también había leído en internet, acerca de que dichos atentados eran producto de un autosabotaje que todo lo que contaban los medios de comunicación, era un cuento chino (o sea, falsedades). Aquí su discurso se hizo más ideológico, con ideas definidas, con certezas, y me transmitió, aunque no verbalmente, que esto lo reaseguraba en algo de sí mismo.

Empecé a concebir una interpretación que sólo después la enuncié, acerca de la necesidad que tenía en aras de calmar sus angustias de separación y de castración, de sostener esta idea del autosabotaje. Proyectivamente podía así depositar una corriente que compulsivamente se había desarrollado dentro de sí mismo. El odio hacia sus padres internos, abandonicos, que lo habían sumergido en un desamparo radical, y sus sentimientos fratricidas, no eran suficientes y recurría a una actitud repetitiva masoquista, como expresaban sus pérdidas y fracasos. La ideas del autosabotaje, que se encargó de seleccionar en el afuera, y traerla a sesión, se articulaba bien con este masoquismo que a su vez y como siempre ocurre, relanza y multiplica la hostilidad y el sadismo.

Las muertes, asesinatos y sabotajes a los que el paciente hacía referencia, comenzaban a quedar enmarcados dentro de la sesión y podían ser interpretados como los deseos destructivos contra el padre, el analista y él mismo.

Lo gemelar que evocan las torres y su destrucción hacen referencia a la hostilidad oscilante edípica y preedípica (Saimovici, 1989), con una característica claramente explosiva, letal, que lo afecta a él mismo y a su vez deja en evidencia los deseos de destrucción hacia el otro.

Para finalizar, me parece importante el cuidado del analista en la construcción del encuadre y el cuidado por el proceso de análisis, donde si bien el timing y la capacidad de contener las angustias son muy importantes, también está el modo en que

el analista despierta el interés por el inconciente de su paciente y atrae su atención sobre los aspectos escindidos y reprimidos. Pienso que allí se juega la parte esencial del vínculo analítico, en una mezcla artesanal entre la posibilidad de contener pero además, de incidir en sus problemáticas inconcientes. Como decíamos al comienzo, encuentro y confrontación, como una constante en los tratamientos analíticos, ya que el contacto con el inconciente siempre es vivido como una confrontación (Winnicott, 1972) con otro, extranjero, que como analistas habremos de encarnar.

Resumen

Algunas peculiaridades en el tratamiento psicoanalítico de pacientes adolescentes.

Alvaro Nin

El autor intenta desplegar algunos cuestionamientos y dificultades de la práctica analítica con pacientes adolescentes. Tomando en cuenta la existencia de un cortocircuito pulsional, así como las insuficiencias de simbolización, se plantea trabajar con los diversos tipos de actos que se van produciendo, ya sea compulsivos, sintomáticos, juegos, etc. Contratransferencialmente, el analista desliza su atención al cómo y cuando interviene, en detrimento de sus posibilidades regresivas, en la atención flotante.

Se postula a la adolescencia como un período de vida al cabo del cual emergerá un psiquismo reformulado con nuevas inscripciones psíquicas.

Se describen tres momentos distintos en el curso de la adolescencia y se señalan los movimientos libidinales en relación a los duelos que ha de transitar así como las dificultades de integración al mundo de los adultos.

Finalizando se señalan las características de la construcción del espacio analítico, ilustrándolo con una viñeta clínica.

Summary

Some peculiarities in the psychoanalytical treatment of adolescent patients.

Alvaro Nin

The author brings forth some of the questions and difficulties of the analytical practice with adolescent patients. Taking into account the existence of a pulsational short circuit, as well as the insufficiencies of symbolization, he proposes working with the different types of acts produced along the way; be they compulsive, symptomatic, games etc. Counter- transferentially, the analyst slides his attention to the how and when of his intervention, in detriment to his regressive possibilities with floating attention.

Adolescence is treated as a period of life after which a reformulated psyche will emerge, with new psychic inscriptions.

Three distinctive moments in adolescence are described, and the libidinal movements are pointed out and linked to the lutes that must necessarily be transitioned, as well as the difficulties in integrating the adult world.

To conclude, the characteristics of the construction of the analytical space are pointed out; illustrated with a clinical diagram.

Descriptores: **ADOLESCENCIA / CRISIS VITAL /
ACTUACIÓN / MATERIAL CLÍNICO/**

Bibliografía

ARYAN, A. El proceso psicoanalítico en la adolescencia. *Rev. APdeBA*, Vol. VII No 3, 1985.

FREUD, S. (1905).- Tres ensayos de teoría sexual, Las metamorfosis de la pubertad. Pág. 189, O. C. Vol. VII Amorrortu Bs. As. 1990.

FREUD, S. 1917 (1915) Duelo y melancolía. *O. C.* Vol. XIV .Pág. 235-255 Amorrortu Ed. Bs. As. 1990.

FREUD, S. 1914 Recordar, repetir y reelaborar. *O. C.* Vol. XII, pág 145 Amorrortu Ed. Bs. As. 1990.

FREUD, S. 1937 Análisis terminable e interminable. *O. C.* Vol XXIII. Pág. 211 Amorrortu Ed. Bs. As. 1990.

GARBARINO, H. y FREIRE de GARBARINO, M. 1961-62. *Rev. Uruguay de Psicoanálisis* T.IV No. 3 Montevideo.

GOIJMAN, L. KANCYPER, L 1998 Compiladores. Asociación libre, juego y actuación en el Psicoanálisis del adolescente En: *Clínica Psicoanalítica de Niños y Adolescentes* Editorial Lumen Bs. As.

GÓMEZ, P. y TEBALDI, R. 2001. 42º Congreso de IPA en Niza, Consideraciones teórico-clínicas sobre el método psicoanalítico con adolescentes.

KANCYPER, L. 2002 XXIV Congreso de FEPAL, Montevideo, 2002 Cambios y permanencias El proceso psicoanalítico en la adolescencia. *Metapsicología y clínica*.

- KESTEMBERG, E. 1982 Identité et identification chez l'adolescent
Psychiat. Enf; 1962, 5,2:441-522.
- LANDER, R. 2002 Cambios y permanencias, XXIV Congreso de FEPAL
Montevideo, 2002 Psicoanálisis en el adolescente.
- MANNONI O., DELUZ A., GIBELLO B., HEBRARD J.; 1984 ¿Es
“analizable” la adolescencia? En *La crisis de la adolescencia*. Ed. Gedisa,
Barcelona. 1996.
- SAIMOVICI, E. 1989 Interpretación y adolescencia. *Rev. De Psicoanálisis*
(APA) T. XLVI, No 4 pág. 518, julio-agosto 1989
- SALAS, E. 1973 Consideraciones técnicas y clínicas sobre el tratamiento
Psicoanalítico de pacientes púberes. *Rev. De Psicoanálisis (APA)* Vol.
XXX, 3-4.
- STRACHEY, J. 1934 (1947-48). Naturaleza de la acción terapéutica del
Psicoanálisis. *Rev. De Psicoanálisis* APA Vol. IV.
- WINNICOTT, D. 1958 La capacidad para estar a solas Cap.2 En: *El proceso de
maduración en el niño*. Ed. Laia Barcelona.
- WINNICOTT, D. 1972 *Realidad y juego*. Ed. Gedisa Barcelona.

Psicoanálisis en la vejez: Cuando el cuerpo se hace biografía y narración*

Abel Fernández Ferman**

Introducción

En las últimas décadas la población de más de 65 años viene en aumento en el mundo entero. También las consultas de personas mayores. ¿Podemos seguir sosteniendo como lo hizo Freud que «...en la medida en que las personas se acercan a la cincuentena o la sobrepasan **suelen carecer de la plasticidad** de los procesos anímicos de la que depende la terapia... el material que debería reelaborarse (*durcharbeiten*) **prolongaría indefiniblemente el tratamiento**»? (Freud, 1905. p. 254.) (El subrayado es mío)

En este trabajo pretendo abordar los potenciales beneficios de los tratamientos psicoanalíticos con personas en proceso de envejecimiento. Los conflictos entre los proyectos trazados en función de los ideales y lo logrado o posible de lograrse, y el redimensionamiento de las aspiraciones ante lo que no se ha podido realizar. Me interesará especialmente la situación de duelo (¿narcisista?) por la disminución de funciones corporales así como por el menoscabo y la pérdida de la imagen del cuerpo de la juventud que sobreviene. No se trata de un análisis de la vejez, que desborda las posibilidades de ser aprehendida por el psicoanálisis, sino de los beneficios posibles de la experiencia analítica, de un sujeto luego de la crisis de la mitad de la vida.

Cuerpo y Narración

La historia se escribe también en el cuerpo y en el análisis el cuerpo se hace biografía y narración.

El envejecimiento se va instalando en nuestras vidas de maneras casi imperceptibles dejando marcas progresivas que en algún momento se nos hacen visibles (muchas veces en circunstancias como la crisis de la mitad de la vida, el alejamiento de los hijos, el retiro del trabajo, la muerte de pares, etc.). Y entonces... ¿las negamos? ¿las desmentimos? ¿Es posible un proceso de elaboración del envejecimiento? ¿Es éste un proceso que como el duelo normal no se lo asiste más que acompañándolo? ¿Qué es lo que se puede elaborar? ¿La pérdida de la vida? ¿La muerte propia? ¿La muerte de qué?

Y cuando tomamos en tratamiento a un adulto mayor, a alguien que nos sobrepasa en edad: ¿Cómo resuena contratransferencialmente el estar ubicado ante una figura que puede remitir explícitamente al propio padre o madre al tiempo que nos ubica, transferencia mediante, en el lugar de aquellos, de los ideales amenazados, etc.?

* La siguiente es una revisión y ampliación del trabajo presentado en el 2º Congreso de Psicoanálisis de APU "El Cuerpo en Psicoanálisis".

** Miembro de A. P. U. Ellauri 490 / 401. Tel. 710 05 05. E-mail: abelfer@adinet.com.uy

¿Qué efectos psíquicos produce la situación de vejez, a la que con suerte nosotros también llegaremos?

En mi práctica con pacientes mayores son más quienes consultan por los temores a los *efectos* de la vejez sobre el cuerpo y la sexualidad, la pérdida de lugares sociales, miedo a la soledad, a la depresión resultante de la renuncia a determinados ideales, etc., que las situaciones de pacientes efectivamente deteriorados, impotentes o con desapego “reales”. Tal vez quienes llegan a nuestra consulta han logrado convivir con viejos conflictos que se reactivan debido a precipitantes actuales. Hoy no es posible sostener que el envejecimiento sea un proceso de progresivo desapego (alejamiento natural de todos los vínculos), rigidización y deterioro psíquico como correlato del envejecimiento del cuerpo que lleva a un aislamiento cuyo destino lógico sería el confinamiento del viejo (teoría sostenida por Cummings, E. Y Henry W., USA, 1961).

A partir de la crisis de la mitad de la vida vemos comenzar muchas veces un proceso de incremento de la interioridad, proceso por el cual volvemos sobre nuestras vidas, sobre nuestros recuerdos, rememorando, reconstruyendo o historizando.⁴ Podemos distinguir el incremento de la interioridad de su versión patológica vista como aumento y colapso del narcisismo. Se abre, en el mejor de los casos, un nuevo período de posibilidades de crecimiento mental con un redimensionamiento de la percepción del tiempo, la vida y la muerte. La posibilidad de la rememoración en el proceso analítico permite al analizando el reencuentro con aspectos valorados de sí mismo que ahora son reconocidos por y ante el analista, así como la posibilidad de la reparación y el duelo por lo que no fue posible. La rememoración se constituye en una forma de conservar al tiempo que reconocer lo que ya no está ahí sino bajo la forma del recuerdo. Hay algo del ideal de sí jaqueado por la vejez que puede ser reencontrado en valores, viejos y vigentes aún, en el propio interior del sujeto, por no hablar del desarrollo de nuevos valores e ideales. Si el proceso de re significación es propio del trabajo analítico, y en la vejez se incrementa la interioridad como dijimos, debiera ser muy frecuente el trabajo con personas que se encuentran “naturalmente” volviendo sobre la significación del pasado. Sin embargo no todos recurren al psicoanalista para este proceso, descontando incluso las situaciones de envejecimiento muy patológico, los deterioros de base orgánicos y el importante número de quienes logran armados defensivos más o menos exitosos (negadores, maníacos, o de otros tipos).

Creemos que como efecto saludable de la crisis de la mitad de la vida se produce una anticipación a los procesos que sobrevendrán que permiten una cierta disponibilidad para la elaboración de/en la vejez. Tal vez algo propio de este momento de crisis de resignificación esté dado por la conciencia de estar ante una de las últimas oportunidades de “re escritura”, más o menos complicada, de una (auto) biografía. Y en el análisis, esta historia se escribe al calor de la transferencia con un analista, muchas veces más joven, que encarna imagos parentales idealizadas, omnipotentes e inmortales y que puede resultar blanco de ataques envidiosos porque recuerda lo que está perdiéndose o directamente a lo perdido. Insistimos nuevamente con el análisis como trabajo de perlaboración del analizando que incluye las elaboraciones y construcciones que hace el analista a punto de partida de las asociaciones del paciente. No se trata del modelo arqueológico de escarbar en la historia sacando a luz viejos recuerdos enterrados, sino de la posibilidad de aprehender un nuevo sentido (algo de la verdad inconsciente) para lo que siempre ha estado ahí (¿o no?), sin la necesidad de recurrir siempre, en el trabajo con el paciente, a una metáfora infantil.

⁴ . «...lo asumo en una forma de la vejez, con el sustento asegurado, en la que la gran nutriente de la vida es la interioridad con sus afectos, complejidades y recuerdos”.
J. P. Barrán

Breve comentario sobre la interrelación Depresión – Vejez

La depresión en personas mayores es más importante de lo que anteriormente se había pensado. A pesar de que la depresión es un problema habitual en personas de avanzada edad un número importante no reciben tratamiento. Sabemos que el pronóstico de la depresión varía debido a factores como los problemas físicos, psicológicos o la falta de apoyo del medio que puede afectar la evolución de esta dolencia.

Son muchos los autores que afirman que una tarea psicológica significativa de esta etapa consiste en el intento de contemplar la vida en su conjunto, con coherencia y aceptación. Si se tiene éxito culminará en la integridad del yo. Cuando la depresión domina, la persona puede ser vencida por la desesperación y la desesperanza. Se acentúan los temores a la muerte y, aunque se pueda expresar desprecio por la vida, se continúa anhelando la posibilidad de volver a vivirla, en un nuevo comienzo que posibilite “la recuperación del tiempo perdido”. En cambio, cuando impera la integridad, la persona posee la fuerza propia de su edad que habilita a una vida digna. El adulto “normal” sabe aceptar las limitaciones; sabe cuándo aceptar el cambio y cuándo oponerse al mismo.

Es importante considerar en esta edad el concepto de *bienestar subjetivo* correlacionado con el estado psicosocial y físico del individuo. Se refiere a la sensación de bienestar y su capacidad para conservarla, que tenga o no el adulto mayor y se relaciona con qué tan satisfecho se siente consigo mismo y las metas alcanzadas en la vida.

Cuando una persona mayor se deprime, a veces su depresión se considera erróneamente un aspecto normal de la vejez. La depresión, si no se diagnostica ni se trata, causa un sufrimiento innecesario para el anciano y para su familia. En general se tiende a buscar ayuda en el médico que muchas veces carece de los elementos suficientes para una evaluación del estado psicológico. Es frecuente la situación en la que la persona de edad va al médico y describe sólo síntomas físicos siendo reacio a hablar de sus sentimientos de desesperanza y tristeza. La persona puede no querer o no poder hablar de su falta de interés en las actividades normalmente placenteras, sus temores a las pérdidas de seres queridos o de su pena después de la muerte de alguien significativo, incluso cuando el duelo se ha prolongado por mucho tiempo.

Son muchos los factores capaces de desencadenar una depresión en la tercera edad.² De manera genérica, y desde el enfoque que nos ocupa, los podríamos englobar como reacciones ante las pérdidas significativas de todo tipo, desde la muerte de seres queridos a objetos valorados concretos o abstracciones equivalentes. Entre los más frecuentes se encuentra el hecho de no haber alcanzado ciertos logros (la renuncia a determinados ideales, por ejemplo) que hace que el sujeto se sienta descontento consigo. Los factores desencadenantes se conjugan con la estructura psíquica de la persona que envejece junto a los factores constitucionales, orgánicos y sociales. Estos elementos se combinan de manera variable en cada sujeto al modo de las “series complementarias” descritas por Freud.

² Hoy en día se estudia cada vez más las causas genéticas y fisiológicas junto a la estructura de personalidad. Se considera la base hereditaria junto al funcionamiento a nivel de los neurotransmisores, aspectos estos ajenos al objeto de estudio del psicoanálisis y del presente artículo.

Son muchos los factores referentes a pérdidas que pueden causar la depresión. Se consideran generalmente los acontecimientos en tres grandes áreas: 1. el cuerpo, 2. la psique y 3. lo social.

Brevemente y a modo de ejemplificación:

1. Cambios que acontecen en el propio cuerpo (disminución de capacidades, deterioro, enfermedades crónicas, etc.).
2. Los que acontecen en el ámbito psíquico (enlentecimiento para adquisiciones intelectuales y nuevas destrezas –en una época de cambios vertiginosos–, cambios de la estructura cotidiana del tiempo y las actividades, cambios en la afectividad, repercusiones de la muerte de un familiar próximo o de un amigo, repercusiones psíquicas de una enfermedad crónica, de dificultades económicas, etc.).
3. Los que acontecen en el área social (pérdida de vínculos, referentes laborales, problemas interpersonales, etc.). Enfatizaremos respecto a que en la tercera edad confluyen una serie de cambios que pueden ser pensados como pérdidas. Nos referimos a vivencias subjetivas de pérdida, que la persona sufre y que condicionan el estado depresivo como posible respuesta.

Frente a éstas será importante considerar tanto el motivo u objeto de la pérdida, su significación subjetiva como la reacción frente a ésta.

Quisiera a continuación presentar una breve viñeta de un paciente cursando una depresión que consulta por primera vez a los 63 años. Podremos reflexionar sobre las consecuencias psíquicas subjetivas tanto de la temática que en términos generales propusimos luego de la crisis de la mitad de la vida, así como acerca de la instalación progresiva de un estado de ánimo depresivo a causa del colapso narcisista sobrevenido. Esta situación clínica intenta asimismo mostrar las posibilidades de beneficio del tratamiento psicoanalítico por parte de un adulto mayor.

A medida que envejezco...³

P. es un paciente de 63 años que consulta por depresión relacionada con la etapa vital que atraviesa: “A medida que envejezco, me voy muriendo y a veces me parece que ya está, para qué más...”.

Me llamó la atención su presentación en nuestro primer encuentro.

En pleno mes de diciembre vestía camisa de manga larga y un saco de lana muy holgado por encima. No se sacó en ningún momento el abrigo y permaneció como hundido y encorvado en el sillón aunque en su voz se expresaba una jovialidad que contradecía el resto de su apariencia.

Soltero, vivía con otro hermano cuatro años mayor, que había enviudado hacía más de 20 años. Consultó primero a un psiquiatra, por su estado depresivo, que lo medicó con resultados más bien pobres, por lo que le indicó comenzar una “psicoterapia de apoyo”. Pensé entonces, inicialmente, en una escucha comprensiva y continente, desde mi postura psicoanalítica. Sin embargo me sorprendió su disposición a comenzar un tratamiento de alta frecuencia en el que en la medida que fui escuchando, se fue

³ *Sé que resalto aquí fundamentalmente los aspectos en los que el trabajo analítico fue posible. Lo hago con la intención de subrayar las posibilidades de analizabilidad en un paciente deprimido en proceso de envejecimiento, dejando de lado múltiples dificultades e interrogantes tanto en lo referente a la forma de mi trabajo, inmerso en las peculiaridades del interjuego transferencial –contratransferencial como en cuanto a consideraciones psicopatológicas del paciente, etc.*

desplegando una rica historia personal al tiempo que un fuerte lazo transferencial. Poseedor de dos títulos universitarios, fue desarrollando desde la juventud un interés por la literatura romántica el siglo XIX además de una afición, compartida con su hermano, por la música. Llegó a formar con éste y tres amigos más un grupo de cámara con quienes se reunían cada domingo en largas jornadas en las que compartían música y otros intereses. Durante años, en la semana cada cual estudiaba las partituras de lo que iban a tocar el domingo siguiente hasta que su hermano enfermó, lo que coincidió aproximadamente con la muerte de un amigo. A partir de aquí se instaló una inhibición, que le impedía la ejecución de música, así como un progresivo desánimo con temor a la muerte de su hermano y a la soledad en la que quedaría, teniendo en cuenta la relativa proximidad de su propia jubilación. Sus únicas salidas eran al trabajo y a la visita diaria a una tía internada en una casa de salud. Racionalizaba su alejamiento de la música diciendo que la vejez y dolores de distinto tipo le impedían desempeñarse en los niveles que una vez hubo logrado, lo que hacía que “no valiera la pena” ni el estudio ni la ejecución junto a sus amigos. Sin embargo, las extensas argumentaciones “defensivas” tendieron hilos y permitieron enlaces hacia otros lugares.

Su padre había muerto, siendo él un púber, luego de un largo e importante deterioro mental. A partir de entonces su madre, con más de una internación previa por depresión, no volvió a salir de la casa, la que compartía con sus dos hijos, ocupándose, en algunos momentos, exclusivamente del jardín, única tarea a la que se dedicaba ya desde antes de la muerte de su marido. Desde que él recuerda, el hogar había funcionado bajo las órdenes de la tía (hermana del padre), ahora internada en una “casa de salud”.

Temí al comienzo la posibilidad de la cristalización de una modalidad de vida retraída y depresiva con aumento de las preocupaciones hipocondríacas y riesgo de enfermedad con compromiso corporal debido a sus frecuentes crisis respiratorias, hipertensivas, trastornos digestivos, etc. ¿Cómo conciliar una actitud de sostén y preocupación (concern) ante sus dolencias corporales, con la función analítica de búsqueda de sentido y análisis de los aspectos resistenciales depositados en el cuerpo? Me interesó su situación personal al tiempo que me intrigaba el progresivo despliegue de una demanda de análisis por primera vez “a su edad”. Comenzamos el tratamiento a dos sesiones semanales que pasaron a tres a partir del segundo año y hasta su finalización seis años más tarde.

A poco más de cuatro meses de la iniciación del tratamiento P. dice: “Estaba deseando que llegara la hora de venir, el fin de semana me sentí tan solo. No es para hablar de nada en especial... No quise que nos reuniéramos en casa, me sentía mal, como si tuviese baja presión y la cabeza me funcionase tan lentamente que no iba a poder tocar nada. Ni siquiera quise leer. En todo el día tomé un par de tazas de caldo que me hizo mi hermano. Ahora me siento inhibido, no sé... volver a hablar sobre las mismas cosas, qué vergüenza, mi inferioridad sexual...”. P se muestra en el proceso transferencial como desvalido, necesitado de ayuda, corporizando sentimientos regresivos de dependencia que comienzan a mostrarse en el vínculo transferencial en una posición pasiva que nos condujo al análisis del Edipo en sus vertientes positiva y negativa. Quería venir, aquí cobra vida nuevamente. Pero también aquí reaparece la inhibición, la dificultad para entrar en contacto y lo que solía llamar su “inferioridad sexual”, dado que nunca había tenido relaciones sexuales. A partir de esta situación comenzamos a analizar varias fantasías sexuales que remitían a deseos edípicos incestuosos, lo que se constituyó en un punto de importancia para la superación de su inhibición. La vergüenza quedaba así anudada a sus deseos sexuales incestuosos, fálico

exhibicionistas y a la competencia con el analista. Cuando volvía sobre esta modalidad regresiva resonaban en mí sus quejas repetidas más o menos de la misma forma: “Ahora, estoy muy viejo hasta para tocar”.

El tema de su sexualidad (“inhibida”) nos ocupó largamente recorriendo los efectos sobre su identidad sexual y la modalidad de vínculos fóbigenos establecidos tanto con hombres como con mujeres. Los fuertes contenidos incestuosos que poblaban sus fantasías, no le dieron más chance que la posibilidad de una homosexualidad coartada, que se jugaba con el hermano y se desplegó en el vínculo transferencial.

Algo del orden de las pérdidas referidas al cuerpo y a la amenaza de la soledad ante la vejez propia y la de su hermano, la internación de su tía (madre poderosa y necesitada que llegaba al fin de su vida), así como por la muerte de un ser cercano de su misma generación, rompe un determinado estado de equilibrio en P., alcanzado en una convivencia “egosintónica” con determinados rasgos obsesivos y fóbicos de carácter, así como de las sublimaciones alcanzadas que ahora parecían quedar en riesgo de perderse. Pensamos que todo trabajo psíquico equivale a un desvío que habilita tanto la carga pulsional como una descarga, en la que están incluidas las prohibiciones sociales interiorizadas. Desde este punto de vista, tal desvío es una forma de sublimación que aleja del objeto pulsional primario. El trabajo perlaborativo en el análisis fue también entonces una forma de nueva organización de la descarga que contribuyó en el restablecimiento y afianzamiento de las sublimaciones logradas a lo largo de su vida.

Si la mirada y el contacto del bebe con su madre producen un efecto de libidinización y estructuración psíquica junto a la función de corte (paterna), ¿qué efectos estamos viendo a posteriori en P. relacionados a una madre depresiva y a un padre muerto tempranamente luego de un proceso de deterioro progresivo? ¿Qué destino le toca vivir al ser humano que envejece y enfrenta en su propio cuerpo las pérdidas sobrevenidas y las que sobrevendrán? ¿Qué resignificaciones acontecen relativas a viejas ausencias? Los sentimientos de vacío, soledad y necesidad de ser atendido por su hermano y por mí, seguramente referían a tempranas carencias vueltas a activar tanto por las pérdidas de la vejez, como ahora por las vicisitudes del vínculo transferencial. Esta imagen de sí mismo como ya acabado hubo de ser transitada a la luz de viejas identificaciones así como al calor de la relación transferencial en la que yo era vivido como en el apogeo de la productividad con las consecuencias de una oscilación en la cualidad del vínculo conmigo (entre la idealización, la rabia y envidia). Por momentos él quedaba ubicado en el lugar del ideal como un hombre intelectual, sensible y estudioso que desplegaba sus conocimientos frente a mí, espectador de su grandeza. En otros yo era un objeto grandioso, dador de vida, de quien no quería separarse nunca (me llamaba algunos días que no tenía sesión para hacerme algún comentario o pretendía dejarme grabaciones de música hechas por él). En otros muchos momentos yo pasaba a ser un analista impotente ante los vaivenes entre sus silencios y sus quejas, referidas centralmente a síntomas somáticos. En estas situaciones mi contratransferencia también oscilaba entre la admiración y respeto por aquel hombre íntegro y estudioso y la rabia hacia un paciente que dificultaba mi propio crecimiento como analista y que me hacía temer por su salud al sentirlo también frágil y necesitado, lo que hacía que la confianza en nuestro trabajo, sintiéndome anulado transitoriamente en mi función de psicoanalista.

La actitud de temor y rechazo a “ese otro que envejece” (hermano= sí mismo) parecía amenazar con una aceleración de los procesos de deterioro (identificación paterna) y repliegue narcisista (identificación materna) en la que muchas veces P. entablaba un diálogo con un cuerpo que ya no respondía como antes, que enfermaba o temía ver enfermar. Frente a esta situación el encuentro con el analista refrendó un

diálogo que ya no fue sólo con el propio cuerpo representante de objetos perdidos, sino diálogo analítico que abrió a la posibilidad de enriquecimiento intra e intersubjetivo, que habilitó a un trabajo de perlaboración que permitió transitar nuevamente vías de sublimación amenazadas de pérdida. ¿Podríamos pensar las pérdidas transitorias como efecto de simbolizaciones en parte fallidas de su sexualidad temprana?

Finalizando el tercer año de tratamiento mejoraron sus relaciones sociales, retomó su actividad musical e inició una actividad relacionada con el arte en una asociación profesional a la que pertenecía. También desarrolló una actividad de jardinería que podríamos entender como un reacomodo de la identificación materna (identificaciones homosexuales) con un rasgo de vitalidad, a diferencia de lo que sucedía en la depresión.

Creo que los cambios en su forma de funcionamiento dan cuenta en cierto sentido de un cambio estructural (en el sentido de una nueva relación intersistémica). P. ha logrado ponerse en contacto con identificaciones arcaicas y edípicas que resignificaron inhibiciones y temores hipocondríacos, alejándose de aspectos depresivos que le llevaron al aislamiento del mundo y en parte de sus propias posibilidades sublimatorias. Con menores niveles de ansiedad pudo contactarse con lo que ya nunca sería, tanto en lo referente a sus aspiraciones artísticas como a sus anhelos de una pareja y familia propia. La experiencia vivida y aceptada de las pérdidas habilitó el enriquecimiento de su vida presente así como abrió perspectivas menos sombrías respecto al futuro al rescatar de su pasado no sólo tales pérdidas sino también la riqueza de sus experiencias transitadas.

Espero haber podido transmitir en estas páginas algo de las posibilidades de comenzar a transitar un análisis con un “adulto mayor”. Hemos escuchado muchas veces acerca de las dificultades, e incluso de la imposibilidad, de analizabilidad en este período de la vida. Si consideramos algunas características generales que sobrevienen luego de la crisis de la mitad de la vida, además de nuestras propias experiencias en este tema, creo que podremos afirmar que la posibilidad del análisis se encuentra más en una actitud y disposición personales que en la edad cronológica de quien consulta.

Resumen

Psicoanálisis en la vejez: Cuando el cuerpo se hace biografía y narración.

Abel Fernández Ferman

En las últimas décadas la población de más de 65 años viene en aumento en el mundo entero. También las consultas de personas mayores. En este trabajo se abordan los beneficios posibles de los tratamientos psicoanalíticos con personas en proceso de envejecimiento. Se hace hincapié en los conflictos entre los proyectos trazados en función de los ideales y lo logrado o posible de lograrse, y el redimensionamiento de las aspiraciones. Planteamos asimismo la situación de depresión y duelo por las pérdidas sobrevenidas así como por la disminución de funciones corporales y el menoscabo y pérdida de la imagen del cuerpo de la juventud. Se ejemplifican estos temas a través de una viñeta clínica de un análisis y los beneficios de la experiencia analítica luego de la crisis de la mitad de la vida.

Summary

Old Age Psychoanalysis.

Abel Fernández Ferman

Population over 65 years old has been increasing worldwide in the last decades. So has increased psychoanalytic consultation of elderly people. This paper approaches the possible advantages of such psychoanalytic treatments in persons who have surpassed middle-age crisis and are in the process of aging. The author emphasizes on the conflicts between the projects born from ideals and what was or still can be achieved, and on setting aspirations into a new perspective. The author also brings up depression and mourning for losses that have occurred as well as for the diminishing of body functions and the harm and loss on the image of the body from the youth. A clinical vignette from an analysis illustrates these ideas.

Descriptores: **TERCERA EDAD / DUELO / DEPRESIÓN**
 / ANALIZABILIDAD / NARCISISMO / MATERIAL
 CLÍNICO/

Bibliografía

ABRAHAM, K. "La aplicabilidad del tratamiento psicoanalítico a los pacientes de edad avanzada" (1919). En: *Psicoanálisis Clínico*. Ed. Hormé, Bs. As., 1980.

AULAGNIER, P. "De lo originario al proyecto identificatorio". En: "*Cuerpo, historia, interpretación*" de Horstein L. y otros. Ed. Paidós, Bs. As., 1991.

BARRÁN, J. P. "*De Amor y Transgresión*" Ed. Banda Oriental, Montevideo, 2000.

BIANCHI H. y otros. "*La Cuestión del Envejecimiento. Perspectivas Psicoanalíticas*". Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1992.

CUMMINGS, E. y HENRY W., "*Growing Old: The Process of Disengagement*". Ed. Basic Books Inc. N.Y., 1961.

FREUD, S. "El método psicoanalítico de Freud" (1904a.) *O.C. T. VII* Amorrortu, B. A. 1967.

FREUD, S. "Sobre psicoterapia" (1905) *O.C. T. VII* Amorrortu, B. A. 1967.

FREUD, S. "Sobre los tipos de contracción de neurosis" (1912c). *O.C. T.*

XII Amorrortu, B. A. 1967.

HILDEBRAND, H. P. "Psychoanalysis and Aging" en: *The annual of psychoanalysis*. Volume XV, 1987. Institute for Psychoanalysis of Chicago, 1987.

JACQUES, E. "La muerte y la crisis de la mitad de la vida" *Rev. De Psicoanálisis* XXIII, 4. Bs. As., 1966.

KING, P. "El ciclo vital tal como se revela en la transferencia en el psicoanálisis de pacientes de edad madura y avanzada". 1980. *Revista de Psicoanálisis de APDEBA* N° 3, Vol. IV, 1982.

SALVAREZZA, L. "*Psicogeriatría. Teoría y técnica*". Ed. Paidós, Bs. As., 1988.

Acerca de los múltiples y divergentes usos del término «Autoanálisis»

*Luis Campalans Pereda**

Resulta bastante habitual encontrar frecuentes menciones del término “autoanálisis” en el pensamiento y la literatura analíticas contemporáneas. Tales referencias conforman una diversidad de acepciones lo suficientemente imprecisas y heterogéneas como para sostener que el término ha quedado -por exceso de significaciones- vaciado de significación. ¿De qué hablamos cuando hablamos de autoanálisis? Es nuestra intención, en lo que sigue, recuperar las implicancias del término original acuñado por Freud para designar la experiencia con su propio inconsciente y cuyo efecto fue el advenimiento del psicoanálisis. Por otro lado intentaremos abordar el uso “post-freudiano” del término “autoanálisis”, asimilado básicamente a la idea de un “recurso técnico” del analista; no sólo para desbrozar la miscelánea de concepciones allí implicadas sino también para discutir la pertinencia psicoanalítica misma, tanto del término como de su pretendido ejercicio.

a) En busca de una definición

Si previamente vamos en busca de una posible definición del término “autoanálisis” encontraremos que Laplanche y Pontalis²¹ se refieren a una “investigación de uno por sí mismo”, mientras que la enciclopedia de Kaufmann¹⁶ llega algo más lejos pues habla de “análisis por uno mismo”. Ambos coinciden en que se trataría de un trabajo con las producciones del propio inconsciente (sueños, lapsus, actos fallidos, etc.) como alternativa a un análisis de esas mismas producciones llevado a cabo por otro en posición de analista. ¿Es suficiente con establecer esta diferencia? ¿Cuál es el estatuto de esa alteridad o intersubjetividad que encarna el analista? En primer lugar, no es cierto que alguien en análisis no trabaje con las producciones de su propio inconsciente; aunque eso “propio” no sería sino como “ajeno” que se capta y eso “suyo” sería más bien una producción en transferencia. Su papel no es en absoluto pasivo y continúa además trabajando entre sesiones; tanto que Lacan acuñó el término de *analizante* para subrayar esta posición activa de producción. No se trata entonces de un análisis hecho *por* otro, sino más bien de un análisis hecho *con* otro, cuyo estatuto no es solamente el de un otro semejante -simétrico o especular- sino el del Otro como lugar tercero (con mayúscula, para distinguirlo del anterior) puesto en función por la transferencia analítica. Basta que alguien hable o piense en el desierto para que haya Otro, puesto que no se puede hablar o pensar sin sus significantes.

La cuestión del llamado “autoanálisis” resulta así una vía privilegiada para pensar la decisiva noción y función del Otro en psicoanálisis. Este Otro no es –en principio– ninguna persona sino un lugar simbólico que instaura una alteridad o

* *Martí 3295 apto 503 (11300) Montevideo // Pereyra Lucena 2552 8ªA (1425) Bs. As.*

heteronomía irreductible; al menos en los siguientes sentidos: a) Como Otro del lenguaje (o bien de la cultura) del conjunto de los significantes que pre-existe al sujeto y por ende lugar de su constitución y advenimiento. b) Como Otro del código o lugar de la respuesta, desde donde se le devuelve al sujeto su propio mensaje bajo una forma invertida; asiento por ende de la función de la *escucha* que opera según las leyes del proceso primario. c) Como Otro del inconsciente (“dominio extranjero interior”,¹² Freud, 1932) constituido por los significantes singulares que marcaron a un sujeto en su relación histórica al deseo del Otro, pues éste no es absoluto o completo sino en falta o deseante. d) Como Otro encarnado en un semejante; en primer lugar en la madre (Otro primordial) y también en el analista como lugar del (supuesto) saber del inconsciente, estableciéndose así la neurosis de transferencia. Sería luego porque hay función del Otro que hay posibilidad de transferencia analítica.

Retomando entonces la cuestión de una eventual definición, diremos que el “autoanálisis” –de ser pensable y posible– sería un análisis sin Otro, por fuera de la relación al Otro; lo que implica decir por fuera de la estructura de la transferencia, marco o contexto de la producción del inconsciente.

Señalemos asimismo –y a modo de digresión– que ni siquiera parece pensable que los llamados “libros de *autoayuda*” puedan ejercer su efecto sugestivo (y por qué no su éxito editorial) sin mediar una transferencia –aún meramente imaginaria– con el autor de turno.

b) El autoanálisis de Freud

Que Freud haya designado con este término al histórico y decisivo período de su vida que va –aproximadamente– de 1893 a 1900 y donde tiene lugar el descubrimiento del inconsciente y el advenimiento del psicoanálisis, no impide en absoluto que sea el mismo Freud (1897, Pág. 313) el que lo cuestione y con contundencia: “Sólo puedo analizarme a mí mismo...como si fuese un extraño. Un genuino autoanálisis es imposible, de lo contrario no existiría la neurosis”⁶.

Si la falta de conocimiento de los textos freudianos es sin duda un déficit serio para un analista, no lo sería menos el abordaje puramente canónico de los mismos a expensas de un ejercicio de lectura en cierto sentido inagotable. Justamente, “el autoanálisis de Freud” como mito de origen lo entronizaría en el lugar de la excepción, del “al menos uno” por fuera del conjunto (de los analistas) que viene a fundar; cuya regla lógica sostendría que a todo analista lo precede un análisis, que es efecto o resultante de un análisis. El carácter primero, inaugural e irrepetible de esa experiencia de Freud con su “propio” inconsciente no implica que ella haya transcurrido por fuera del marco de una muy particular transferencia; ésa que Lacan (1955, Pág. 187) llama “la conversación fundamental”¹⁸ con Wilhelm Fliess, de cuya idealizada intensidad da cuenta su copioso y revelador epistolario al que remitimos. En un escrito anterior⁴ intentamos refrendarlo, no sólo a través del trabajo sobre esas cartas sino también sobre los textos de aquellos que abordaron ese período de la vida de Freud (E. Jones; D. Anzieu; M. Schur; O. Mannoni) coincidentes en cuanto a que “el descubrimiento del psicoanálisis no habría tenido lugar sin Fliess”¹. Un “no sin Fliess” que entendemos como un “no sin esa transferencia”. Señalábamos en aquel trabajo que tal vez sólo estábamos sustituyendo un mito de origen –el del autoanálisis– por otro, el del “análisis original” para tomar una expresión de O. Mannoni; ²² en cuyo caso su aporte estribaría en restituir como ineliminable la transferencia y el lugar del analista como dimensión de alteridad. Claro que entre lo irrepetible de ese “análisis original” estaría el hecho de que

pueda volver a darse un análisis “sin saberlo” por parte de los protagonistas allí implicados y que desborde completamente lo que puede ser captado por ambos. Es sólo a posteriori que Freud alcanzará a reconocerlo: “Ahora ya no experimento ninguna necesidad de develar totalmente mi personalidad. Después del asunto Fliess esa necesidad ha desaparecido” (Carta a Ferenczi del 6/10/1910)⁸

Podemos decir entonces que Fliess encarnó al Otro para Freud y que su “autoanálisis” fue un hecho de escritura dedicado y relatado *para* Fliess (“Soy inmensamente feliz, porque me brindas el don de un otro...me siento enteramente contento escribiendo sólo para ti”⁴ Carta del 8/5/1898). Es posible decir también que luego de 1900 Fliess queda caído y tiene lugar un pasaje decisivo a partir del cual se produce una obra como testimonio: la trilogía de textos que fundan el psicoanálisis (El libro de los sueños, La psicopatología de la vida cotidiana y El chiste) que apuntan ahora a un Otro impersonal y atemporal: nosotros sus lectores. A la vez, no podríamos afirmar que el deseo de Freud como tal haya sido analizado, lo que no impide decir que trazas de este deseo puedan ser leídas a lo largo de toda su obra ni tampoco que este “deseo original” se constituya como objeto de la transmisión del psicoanálisis.

Respecto del “autoanálisis” como recurso para la formación del analista, no carece de importancia seguir la evolución del mismo a lo largo del pensamiento de Freud. En 1910 (Pág. 136) exigía del aspirante a psicoanalista el “comenzar por un autoanálisis”⁹ entre otras razones para dominar su contratransferencia (esta cita, sobre la que volveremos, constituye una de las escasas menciones de este término a lo largo de toda su obra).

En 1912 (Pág. 116) el “autoanálisis” aparece ya como una continuación o bien como un complemento que sigue a un análisis personal “realizado con un experto”.¹⁰ En un pequeño artículo de 1935 (Pág. 231) y a propósito del autoanálisis de un acto fallido, son notorias las reservas de Freud pues “uno se contenta con algo parcial, tras lo cual la resistencia retiene lo que puede ser más importante”.¹³ Finalmente en 1937 (Pág. 250) en la conocida sección VII de “Análisis terminable e interminable” que está dedicada a la cuestión de la formación de los analistas no hay mención del término. Se afirma la necesidad del análisis personal, apostando a que “las incitaciones recibidas” en él han de “continuar de manera espontánea”¹⁴ una vez finalizado. No obstante, como bien sabemos, concluye con la recomendación de un “reanálisis” periódico “para todo analista”.

c) El autoanálisis en el psicoanálisis contemporáneo.

Como señalamos antes, son diversos y controversiales los sentidos en que el término “autoanálisis” a título de recurso o herramienta del analista tiene uso y vigencia en nuestros días. Sin pretender abarcarlos todos, abordaremos algunos usos y modos de entenderlo para pensar las concepciones allí implicadas.

Citemos en primer lugar al “autoanálisis clásico” –a falta de mejor designación– tal y como lo practicó Freud, lo hicieron sus discípulos directos y afirman practicarlo algunos analistas; o sea el ejercicio más o menos sistemático de análisis de los propios sueños, actos fallidos, etc. Si en 1895 el autoanálisis como método representó un cierto avance respecto del método catártico y la hipnosis, hoy en día hay preguntas cuyo rigor –pensamos– no puede resistir. ¿Quién está en posición de analizante? ¿Quién en posición de analista? ¿Dónde está la dimensión de la transferencia? ¿Dónde sus efectos subjetivos? No podríamos más que considerarlo como una *reflexión preconscious* acerca de las propias producciones inconscientes, para diferenciarlo de la introspección

filosófica o bien de algún arte adivinatorio. Y ello con cierta indulgencia, la que no tiene –por ejemplo– M. Baranger cuando señala “la trampa de una identificación fantasmática con Freud”²; en otras palabras: “jugar” a ser Freud.

Además de esta forma en donde el autoanálisis aparece como alternativa a un análisis, es más frecuente la variante donde el autoanálisis se propone como *continuación* o bien como *complemento* del análisis luego de su finalización. Al menos ello supondría la anterioridad de haber atravesado un análisis como condición previa de alguna actividad autoanalítica. Pensamos que si en el primer caso existe una concepción del inconsciente compatible con un dominio o *conocimiento de sí* racional y acumulativo; en el segundo existiría además la aspiración a un *análisis infinito* o permanente, es decir la ilusión de un análisis completo o sin resto.

Es justamente ligado a este supuesto “inacabamiento fundamental”²³ del análisis –que como teoría del final de análisis postularía que el análisis no tiene final– que algunos autores (C. y S. Botella; N. Marucco, por ej.) proponen o avalan un “*postanálisis procesual*”, que devendría en una suerte de *autoanálisis infinito*²⁶ para citar un término. La posición de Freud (1937, Pág. 251) es clara en cuanto a “aventar malentendidos” respecto de que el análisis sea “un trabajo sin conclusión” lo cual eleva el final a la categoría de una premisa ética. En todo caso ese “inacabamiento” sería el del inconsciente, por ejemplo el de sus producciones (sueños, lapsus, etc.)

¿Cómo pensar entonces esa apuesta freudiana a que “las incitaciones recibidas” continuarán “espontáneamente” en el analizado? Entendemos que se refiere a efectos subjetivos que operarán inconscientemente por sobre la idea de algún ejercicio intencional e intelectual con un saber adquirido. Al modo, incluso de una “*Durcharbeitung*” (per-elaboración) o “*working-through*” de los autores ingleses, propuesto como trabajo inconsciente del analizante, entre sesiones y más allá incluso de la conclusión del análisis.

Desde una perspectiva kleiniana, J. Grimberg y A. Lichtmann (1981) afirman la imposibilidad del autoanálisis, adscribiéndolo a una introspección que “sólo da acceso a contenidos preconscientes”.¹⁵ Asimismo ponen énfasis en diferenciar el carácter espontáneo de lo que llaman “elaboración postanalítica” (citando el concepto de “*insight inconsciente*” de H. Segal) del ejercicio del autoanálisis como tal, “que puede estar al servicio de las resistencias”.

Como sea, ¿cómo decir algo de ese “autoanálisis postanalítico” que por definición excluye al analista como testigo, que no fuese en *un* otro análisis? También habría que dar cuenta del destino de la transferencia o mejor de la “neurosis de transferencia”. ¿Podría inferirse que ella se sostiene como transferencia interminable o bien que se resuelve en una identificación al analista, instalado en el lugar del Ideal del Yo? Seremos aquí taxativos, si no hay análisis sino en transferencia, no hay fin de análisis sin destitución o “curación” de la “neurosis de transferencia”; “enfermedad artificial”¹¹ (Freud 1917, Pág. 404) o bien artificio necesario que Lacan llamó “Sujeto supuesto saber”¹⁶ atribuido al analista. Supuesto en un doble sentido: tanto en el sentido de la suposición del saber (que es del inconsciente) como en el de un sujeto que lo posea, pues el Otro es sólo un lugar.

El uso del término “autoanálisis” por parte de R. Bernardi y B. De León (1992) resulta original, ya que no apunta tanto a las formaciones inconscientes del analista ni a su contratransferenciasino a lo que llaman “presupuestos”³ sobre los que sostiene su posición, en particular sus teorías y la relación que tiene con ellas. Tratándose de una reflexión o cuestionamiento racional, contiene una implicancia ética en la inquietud por pensar y situar un referente de la función analítica. Este parece ubicarse en el saber formalizado de las teorías por sobre el “saber textual” –por poco

que se tenga “convicción en lo inconsciente”– localizado y desplegado por el transcurrir discursivo en transferencia y que no tiene pertenencia, pues –en rigor– las palabras no son “propias” ni del analista ni del analizante.

Pero sin duda el empleo más frecuente del término “autoanálisis” es como un sinónimo de *análisis de la contratransferencia* y especialmente ligado a la idea de que el analista, “haría en cierto modo su autoanálisis, durante la sesión”²⁸ (D. Widlöcher, 2002) o bien que “en el análisis con nuestros pacientes” –a través del autoanálisis– “vamos conociendo más de nosotros mismos”²³ (N. Marucco, 2001). Esta idea a la que podríamos llamar “analizar analizándose” no es nueva (véase por ej.: T. Szasz, 1956^{*}) y forma parte de la promoción del concepto de contratransferencia en la teoría y en la clínica analíticas. Este concepto introducido por Freud (1910) como obstáculo o interferencia inconscientes de la persona del analista en la cura (al punto que constituye una de las razones para indicar el análisis del analista) fue retomado recién a partir de los años 50 (P. Heimann; H. Racker; M. Little; etc.) tomando un giro muy diferente (intentando tal vez simetrizar lo sucedido con la transferencia que pasó de factor perturbador a motor de la cura). Haciendo del obstáculo virtud, la contratransferencia –entendida como la suma de los *sentimientos percibidos* por la persona del analista a partir del *comportamiento* de su paciente y que le permitirían *comprenderlo*– fue promovida progresivamente (con diferentes matices) al estatuto de herramienta privilegiada o vía regia de la cura analítica. ¿No sería evidente entonces que si la “atención libremente flotante” del analista se dispusiera básicamente sobre los propios pensamientos o emociones, sólo podría hacerlo a expensas (incluso desplazándola) de la posición de *escucha* de un *relato* y de sus accidentes e inflexiones discursivas? Es interesante en este punto la reflexión de J. A. Millar (2002) en cuanto a las diferentes “soluciones”²⁴ adoptadas por el pensamiento analítico respecto de la imposibilidad de un acceso directo al inconsciente, del cual solo tenemos noticia por sus efectos: “el núcleo de nuestro ser permanece inaprensible para el preconsciente”⁷ señala el legado freudiano (1900 pág. 593). Frente a esta opacidad de estructura se situaría –como propuesta de acceso– una clínica del relato por un lado y una clínica de la contratransferencia por otro.

Esta última se funda en la idea de que: “Transferencia y contratransferencia representan dos componentes de una unidad, dándose vida mutuamente y creando la relación interpersonal”²⁵ (H. Racker 1959, Pág. 95). Esta complementariedad o simetría sólo puede sostenerse en la relación dual entre los yoés, pues ya vimos que el sujeto (del inconsciente) se constituye respecto de una alteridad tercera que es la del Otro (claro está que no hace falta que se tenga este concepto para que la relación al Otro opere de todos modos y ocurran efectos subjetivos). Es también sobre la base de esta especularidad, de esta “unidad de dos” que podría pensarse esa reciprocidad simultánea del “analizar analizándose” en cuyo extremo podría ubicarse el accidentado –por su influjo sugestivo– “análisis mutuo”⁵ acuñado por S. Ferenczi en su genuina pasión por preguntarse sobre la función del analista.

Desde luego que pensamos que éste debe poder reconocer su contratransferencia y saber también qué hacer con ella; por así decir, adonde llevarla. El propio análisis, la *supervisión* o *análisis de control* o bien el intercambio espontáneo entre colegas, serían las opciones. Mucho peor –para un análisis– que su inevitable interferencia es la pérdida de la asimetría fundante del dispositivo analítico; la que se sostiene tanto en la regla *fundamental* como en la regla de *abstinencia*. Dicho de otra

* “El éxito terapéutico depende en amplia medida de la capacidad del analista para efectuar durante el análisis, un tramo de autoanálisis, estimulado por el paciente” I. J. of P. 1956, Vol. XXXVII, pág. 289.

forma, la promoción de la simetría y la reciprocidad de las teorías de la contratransferencia, incluyendo la idea –deducible de ellas– de que el analista “escucha” o interviene con su autoanálisis, terminan dejando en la mayor oscuridad la pregunta por la especificidad de la situación analítica y por lo propio de la posición (no la persona) del analista. Es por ello que Lacan (1958) plantea que los problemas de la contratransferencia y –agregamos– los del supuesto autoanálisis, sostienen por ese sesgo una pregunta velada por la cuestión del *deseo del analista*¹⁷ como función (que no es el deseo de ningún analista en particular). Es a partir de esta noción que la transferencia analítica puede pensarse como una estructura, haciendo más inteligible lo que la suscita, sus fenómenos empíricos “positivos” y “negativos”, su soporte simbólico y también su destitución.²⁷

Arriesgamos a decir entonces que una relación posible entre transferencia y contratransferencia (entendida como transferencia *en* el analista) se situaría en la asintótica brecha que media entre el deseo del analista como función por un lado y los anhelos

yoicos y deseos –fantasmáticos, interpretables– de la persona del analista por otro; lo cual no es sin consecuencias. Por caso, el afán de Freud de confirmar la existencia de la escena primordial en el análisis del “Hombre de los lobos”.

En resumen y al cabo del intento por desbrozar esa maleza de los usos (y abusos) del término autoanálisis vemos que las diferencias, deslizamientos y confusiones no son tanto semánticas o terminológicas sino más bien conceptuales. Explícitas o implícitas lo que está allí en juego son las concepciones que se tienen (sabiéndolo o no) del inconsciente, de la posición del analista, de la cura y del fin de análisis.

d) A modo de conclusión

Volveremos sobre esa sentencia freudiana de 1897: “Sólo puedo analizarme a mí mismo, *como si* fuese un extraño; un *genuino* autoanálisis es *imposible*, de lo contrario *no existiría* la neurosis”⁶ (cursivas propias) para intentar desplegar todos los alcances y las implicancias de esa imposibilidad, entendida no ya como una cuestión fenoménica sino atinente a una lógica psicoanalítica.

Si lo imposible es una de las maneras de definir el registro de lo real (Lacan), la imposibilidad del autoanálisis sería la de dar cuenta de él. Por el contrario, sólo la operación genuina del análisis es la que podría situar ese real como lo que se resiste a integrarse en el saber por un lado y lo que deja al ser (como totalidad) en pérdida por otro; marca que se subjetivaría como falta o castración. Agreguemos que no es para nada lo mismo que al final del análisis ese resto irrepresentable se inscriba como imposible a que lo haga como infinito (interminable) dando pie a la ilusión neurótica de un análisis “completo”, que lo diga Todo.

Dicho de otro modo, la imposibilidad del autoanálisis resulta de la condición misma de la *Spaltung* estructural; es decir de lo inaccesible del inconsciente reprimido respecto del preconscious, de la excentricidad del sujeto respecto del Yo, del enunciado respecto de la enunciación, en fin, del medio decir de la verdad del deseo respecto del saber como conocimiento. En suma: la “Otriedad”, la división subjetiva es radical e irreductible. De allí que en la cita de Freud se pueda leer una *exclusión lógica* entre la existencia del autoanálisis y la existencia de la neurosis.

Retomando a su vez el “como si” de ese enunciado freudiano podríamos decir que ése sería el estatuto del autoanálisis: imaginario; el de una ilusión o apariencia. Que el propio Yo sea su agente se afirma en el prefijo “auto”, que siempre en psicoanálisis

viene a designar (por ej. “auto-observación”, “autoestima”, “autoerotismo”) la participación del Yo y sus instancias (Ideal del Yo – Super Yo) situándolo así en la órbita narcisística y al servicio de la represión y las resistencias. En otras palabras y estrictamente sólo podríamos ubicar al autoanálisis como ejercicio en el campo de la psicología –que es siempre del Yo– cuya función de desconocimiento de la división subjetiva sería solidaria de una ilusión de “unidad”, “integración”, “toma de conciencia” y “dominio de sí”.

No obstante, nos interesa rescatar el tema del autoanálisis en tanto plantea – aún indirectamente – la cuestión crucial de la especificidad de la posición del analista (“deseo del analista”) y también de la especificidad de la transmisión del psicoanálisis.

¿Con qué escucha e interviene el analista? Si cuestionamos que sea con su “autoanálisis”, es decir con su Yo y con su saber preconcebido, es para poner en primer plano un cierto *real* inefable propio de la dimensión del deseo y que escapa al intento de formalizarlo o capturarlo en una “técnica” instrumental. Es justamente en los llamados escritos “técnicos” que Freud (1912, Pág. 112) apela a la metáfora de las “memorias inconscientes” del analista como fundamento o referente de su “atención parejamente flotante” aplicada al discurso; agregando que “sólo ocurren errores cuando uno es perturbado por *haberse envuelto uno mismo*”¹⁰, (cursivas propias). “Memorias inconscientes” o también “inconsciente receptor” (otra metáfora) que no podrían provenir más que de las huellas y “cicatrices” de la experiencia con el inconsciente y que eventualmente se constituirían como objetos de una *transmisión* que distinguimos de la *enseñanza*. Un inconsciente que nunca es estrictamente “propio” y que impone la condición de lo “hetero” (“como si fuese otro” dice Freud) para todo abordaje posible. Al respecto –y como digresión– se suele hablar mucho y con razón acerca del obstáculo que constituirían “los propios conflictos” para el analista, pero se dice poco que no habría experiencia del inconsciente si no fuese a través de esos mismos “propios conflictos” pasados por un análisis.

En esa misma línea freudiana, Lacan (1964, Pág. 15) parafrasea a Picasso con su “*no busco, encuentro*”¹⁹ y en seminarios posteriores va a situar el acto analítico en la dimensión del “yo no pienso” o del “soy donde no pienso”²⁰ de acuerdo a su descomposición del *cogito* cartesiano, subvertido por el descubrimiento del inconsciente y que podríamos a la vez parafrasear con un “escucho, allí donde no pienso con mi saber preconcebido”. Citemos asimismo el “me escucho diciendo” con el que una analista en supervisión comenta (no sin sorpresa) una intervención –confirmando que los efectos de la palabra superan la intencionalidad del ejecutante– respecto de la interpretación concebida como explicación comprensiva y prefabricada o diseñada previamente en el control (H. Racker, por caso, se refiere a la “preparación” de la interpretación, que divide en “completa” e “incompleta”)²⁵.

Se trataría nuevamente de la diferencia entre el saber referencial o teórico (indispensable a condición de poder dejarlo en suspenso, en tanto el análisis progresa en el no-saber) y un “saber hacer” del cual solo podría haber contingente transmisión pero no enseñanza. Diferencia en la que insiste o retorna ese imposible al saber de la que daba cuenta Freud en 1897 y cuya vigencia –pensamos– continúa abierta a nuevas relecturas.

Resumen
Acerca de los múltiples y divergentes usos del término
«autoanálisis»

Luis Campalans Pereda

Este trabajo se propone abordar las frecuentes y heterogéneas menciones del término “autoanálisis” en el pensamiento y la literatura analíticas contemporáneas. Luego de intentar una definición –no tan obvia– del concepto, se encara el término original acuñado por Freud para dar cuenta de la experiencia con su inconsciente bajo una transferencia muy particular con W. Fliess y que tuvo como efecto el advenimiento del psicoanálisis. Posteriormente se intenta desbrozar la diversidad de significaciones que el término adquiere en el psicoanálisis post-freudiano y contemporáneo, abordando algunos de sus múltiples usos. Ello implica discriminarlo de otros conceptos: reflexión preconscious del analista, elaboración post-analítica, supervisión o análisis de control y análisis de la contratransferencia. A modo de conclusión se suscribe la sentencia freudiana de 1897 acerca de la imposibilidad del autoanálisis, entendida no como una cuestión fenoménica sino como una imposibilidad lógica debida a la condición estructural del inconsciente que impone la división subjetiva. No obstante se rescata el tema en tanto plantea –aún veladamente– la cuestión crucial de la especificidad de la posición del analista, pensada en términos del concepto “deseo del analista” de Lacan.

Summary
Regarding the MULTIPLE and differing uses of the term
«self analysis»

Luis Campalans Pereda

This paper aims at dealing with the frequent and heterogeneous approaches to the term “self analysis” in the field of contemporary analytical thinking and literature. After attempting a definition of the concept – which may not be so obvious – this paper explores the original term coined by Freud with the purpose of illustrating his experience with his own unconscious under a very particular transference with W. Fliess. This resulted in the advent of psychoanalysis. In addition to this, there is an attempt to clarify the diverse significations the term acquires in post-Freudian and contemporary psychoanalysis through the discussion of some of its multiple uses. This involves distinguishing the term self analysis from other concepts: the analyst’s preconscious reflection, post analytical elaboration, supervision or control analysis and counter-transference analysis. As a conclusion, the Freudian statement of 1897 about the impossibility of self analysis is pondered not as phenomenal issue but as a logical impossibility due to the structural condition of the unconscious that establishes the subjective division. However, the topic is here addressed as it explores – though in a veiled way – the crucial matter of the specificity of the analyst’s position, considered in terms of Lacan’s concept “the desire of the analyst.”

Descriptores: **AUTOANALISIS / DESEO / TRANSFERENCIA**
 / CONTRATRANSFERENCIA/
 OTRO / FREUD, SIGMUND /

Referencias Bibliográficas

- 1) ANZIEU D. (1959) “*El Autoanálisis de Freud y el Descubrimiento del Inconsciente*”. Siglo XXI.
- 2) BARANGER M. (2001) Intervención en mesa redonda: “Reanálisis, autoanálisis, análisis del analista” *Revista de Ps. de la APA* Tomo LX N° 1, enero-marzo 2003.
- 3) BERNARDI R. y DE LEÓN B. (1992) “¿Incluimos nuestros presupuestos en la actividad de autoanálisis?” *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. N°. 76, 1992.
- 4) CAMPALANS PEREDA L. (1990) “El análisis “didáctico” de S. Freud” *Revista de Ps. de la APA* Tomo 49 N° 5 y 6 1992.
- 5) FERENCZI S. (1932) “*Sin Simpatía no hay Curación*” Amorrortu Ed.
- 6) FREUD S. (1987) Carta N° 75 Amorrortu Ed. Tomo I.
- 7) FREUD S. (1900) “*La Interpretación de los Sueños*” Cap. VII A. E. Tomo V.
- 8) FREUD S. (1910) *Carta a S. Ferenczi* (16/10/1910) Epistolario Ed. Rotativa.
- 9) FREUD S. (1910) “*Las Perspectivas Futuras de la Terapia Psicoanalítica*” A.E. Tomo XI.
- 10) FREUD S. (1912) “*Consejos al Médico sobre el Tratamiento Psicoanalítico*” AE. Tomo XII.
- 11) FREUD S. (1917) 27º Conferencia “*La transferencia*” A. E. Tomo XVI.

- 12) FREUD S. (1932) 31º Conferencia “*La disección de la personalidad psíquica*” A. E. Tomo XX.
- 13) FREUD S. (1935) “*La sutileza de un acto fallido*” A. E. Tomo XXII.
- 14) FREUD S. (1937) “*Análisis terminable e interminable*” A. E. T. XXIII.
- 15) GRIMBERG J. y LICHTMANN A. (1982) “El verdadero autoanálisis es imposible” *Revista de Psicoanálisis de la APA*, XL, Nº 4.
- 16) KAUFMANN P. (1996) “*Elementos para una Enciclopedia del Psicoanálisis*” Ed. Paidós
- 17) LACAN J. (1958) “*La dirección de la cura y los principios de su poder*” Escritos 2, Siglo XXI.
- 18) LACAN J. (1955) Seminario II. Ed. Paidós.
- 19) LACAN J. (1964) Seminario XI Ed Paidós.
- 20) LACAN J. (1966) Seminario XIV “*La lógica del fantasma*” Inédito.
- 21) LAPLANCHE J. y PONTALIS J.B. (1971) “*Diccionario de Psicoanálisis*.” Ed. Labor.
- 22) MANNONI O. (1967) “El análisis original” en: “*Claves para lo Imaginario*” Amorrortu Ed.
- 23) MARUCCO N. (2001) Intervención en mesa redonda (citada) *Revista de Ps. de la APA* Tomo LX Nº 1, 2002.
- 24) MILLER J. A. (2002) “El porvenir del psicoanálisis” Debate con D. Widlöcher *Revista de Ps. APA* Tomo LX Nº 4.
- 25) RACKER H. (1959) “*Estudios sobre Técnica Psicoanalítica*” Ed. Paidós.
- 26) ROSAS DE SALAS C. (2001) Intervención en mesa redonda (citada) *Revista de Ps. APA*, Tomo LX, Nº 1, 2003.
- 27) SAFOUAN M. (1989) “*La Transferencia y el Deseo del Analista*” Cap 5, Ed. Paidós.
- 28) WIDLÖCHER D. (2002) “El porvenir del Ps.” Debate con J. A. Millar *Revista de Ps. APA*, Tomo LX, Nº 4, 2003.

En el camino de la simbolización, producción del sujeto psíquico¹. Myrta Casas de Pereda.

Paidós, Buenos Aires, 1999. 353 pp.

*Silvia Cantis*²

Se trata de un texto rico, inteligente y original en cuyo contenido resulta destacable la profusión de conceptos repensados y recontextualizados que propone al lector, desarrollando así una serie de temas interrelacionados a lo largo de sus más de trescientas páginas.

La autora, una psicoanalista inquieta y auténtica, transmite con entusiasmo y rigor científico sus ideas y descubrimientos de los últimos años.

Este libro, publicado en el año 1999, consta de una serie de veintiún artículos escritos entre los años 1988 y 1997.

Muchos de estos trabajos han sido presentados en distintos espacios o publicados en diversas publicaciones, y todos ellos han sido actualizados y revisados por la autora para este libro.

Me ha sorprendido la disponibilidad de Myrta Casas para dejarse fecundar por ideas de otros pensadores cuyos ricos aportes articula con conceptos psicoanalíticos clásicos. Con gran permeabilidad introduce conceptos e ideas provenientes de otros campos que enriquecen su trabajo y la llevan al desafío de buscar interrelaciones con ideas provenientes de otras disciplinas. Este fecundo trabajo es realizado sin dejar de mantener una línea coherente en su teoría y en su clínica como se observa en las distintas viñetas clínicas de psicoanálisis con niños o adultos que el libro aporta en los diferentes capítulos.

Mi sorpresa proviene de observar cómo una autora psicoanalítica se autoriza a recorrer un camino en libertad, impregnando de ese espíritu todo su libro y permitiéndose el planteamiento de múltiples interrogantes. Estas características hacen que el texto resulte no fácilmente clasificable ni disponible para ser enmarcado en una corriente de ideas ya conocidas o tradicionales, y es por ello, y por la cantidad de ideas que convoca, que un recorrido exhaustivo por los contenidos del libro resultará prácticamente imposible; en esta reseña destacaré simplemente algunas de las reflexiones que vertebran el texto.

El primero de los cuatro bloques que componen el libro es el llamado: “Sobre el discurso infantil: materialidad y fantasías”, allí encontramos un grupo de seis trabajos

¹ La primera versión de esta reseña fue realizada por Silvia Cantis en Int. J. Psychoanal. 2003, 84, part. V, 1391-1393.

² *Miembro Asociado de la Asoc. Psic. de Madrid. Orense 85, 3ª. Madrid 28035, España. Revista Uruguaya de Psicoanálisis 2004 ; 99 : 199 - 204*

escritos entre los años 1988 y 1994. Se trata de seis interesantes y estimulantes propuestas sobre el discurso infantil en los cuales se otorga una importancia fundamental al juego como forma privilegiada de discurso del niño, y como constructor de simbolizaciones estructurantes.

A partir de allí la autora destaca la importancia del juego como lenguaje, lenguaje en el que el hacer es decir y no hacer prevalecer el acto sobre el valor de la palabra.

Se convocan diferentes investigaciones sobre el lenguaje encontrándonos con autores de la talla de Lacan o Winnicott y se introducen viñetas de rico material clínico tratado siempre con finura y sutileza. Myrta Casas nos presenta el juego como “metáfora viva” acertada denominación tratándose de la concepción del juego infantil como productor de estructuración a partir de la simbolización; como “modo de estar en el mundo al comienzo de la vida”, como “trabajo de juego” y siempre en relación con la capacidad de producir representaciones y el placer subsiguiente, placer de representar o de la disponibilidad de representaciones frente a la angustia que produce el fracaso de la simbolización.

Hay algunos interesantes comentarios en torno al juego del fort-da y al objeto transicional, conceptos que son retomados más adelante en el libro; también algunas consideraciones sobre los cuentos y el contar donde se enfatiza el entrenamiento simbolizante que encierran, y cómo estas simbolizaciones van promoviendo subjetividad.

Es de destacar la excelente clasificación que realiza la autora separando dos categorías de juegos que tienen que ver con la desmentida, los juegos que enuncian la desmentida de la ausencia, incluyendo los primeros juegos madre-bebé, del estilo del fort-da, que van ayudando a elaborar la dialéctica presencia-ausencia; y, por otro lado, los juegos en los que se pone de manifiesto la desmentida del pene materno. En estos últimos se va estructurando la elaboración de las diferencias de los sexos y los movimientos identificatorios en el ámbito de las teorías sexuales infantiles; en este caso se trataría de los juegos del “como-si”. Tanto unos como otros se diferencian de los juegos en los que se ejercita el mecanismo defensivo de la represión o “juegos reglados”.

El capítulo que cierra este primer bloque, se centra en el estudio del trabajo de latencia, trabajo porque no es reposo expectante sino un espacio-tiempo nodal de elaboración en la medida en que, durante este período, se incrementan los procesos represivos con el consiguiente aumento de la actividad creadora y el conocimiento. El contexto escolar adquiere mayor importancia y ayuda a anclarse a la cultura. Llama a la latencia “primera desfamiliarización del sujeto” enfatizando la autorización de la exogamia, de los otros, del saber y del conocimiento.

El segundo bloque, titulado: “En torno a la estructuración psíquica” reúne una serie de ocho interesantes capítulos y es el bloque central del libro en el que, entiendo, encontramos las ideas más interesantes y originales de este texto.

Ya los títulos de los diferentes capítulos son muy sugerentes, “Importancia del no en la estructuración psíquica”, “En torno a lo arcaico, una relectura freudiana”, “Narcisismo e idealidad. El compañero imaginario”.

Quizás una de las ideas más interesantes sea la del capítulo “Desmentida, su efecto estructural y su dimensión patógena”. En este capítulo Myrta Casas nos transmite su pensamiento en el sentido del rol organizador que tiene la desmentida y lo relaciona con el concepto de objeto transicional de Winnicott. En sus propias palabras: “El niño, indefensión mediante, no puede con la ausencia del semejante ni con dimensiones simbólicas de la castración. Atado a un imaginario consistente que lo sostiene, requiere

del investimento libidinal del otro para vivir. Y allí la disponibilidad fantasmática, habilitada desde la desmentida estructural que crea el espacio del fantasma, sostiene mejor este periplo de subjetivación.”

A través de los distintos capítulos que componen este segundo bloque la autora va avanzando más y más en las distintas vicisitudes de la estructuración psíquica y su relación con la presencia del otro; adentrándose con gran profundidad en el siempre complejo problema de los orígenes del psiquismo.

En este sentido el capítulo siete: “Importancia del no en la estructuración psíquica” resulta un aporte de enorme interés en el que la autora trabaja el concepto de negativo desde una perspectiva realmente enriquecedora.

En este capítulo Myrta Casas discrimina tres modalidades del “no”, la negación discriminativa, el “no” de la prohibición y la negación.

En el primer caso, negación discriminativa, es la madre quien introduce el juego del “fort-da” cuando aparece y desaparece, “enseñando” al niño a “jugar” las categorías “presencia-ausencia”. De esta manera y en una especie de “subjetivación anticipada” en palabras de la autora, propicia lo especular y la emergencia del deseo.

Estos juegos de presencia-ausencia inauguran una serie extensa desde el fort-da a juegos de escondite, etc. etc. y sus efectos se plasman en hechos de estructuración psíquica. De esa manera se va aprehendiendo la realidad con sus límites y frustraciones y con la puesta en marcha de la posibilidad de desear. La defensa correlativa a este “no” discriminativo es la desmentida, mecanismo que, según esta autora, será consustancial a la estructuración psíquica.

El segundo “no” o “no” de la prohibición vehiculiza las estructuraciones edípicas parentales, su fallo provocaría graves patologías ya que se trataría del fallo del “no” del incesto.

Por último el “no” de la negación sería el sustituto intelectual de la represión.

Aunque el tercer bloque se aparta un poco del planteamiento de los dos anteriores, resulta de gran interés ya que allí se nos presenta Myrta Casas como gran lectora haciendo trabajar los textos de diversos autores en una tarea de intertextualidad que nos hace descubrir a una investigadora interesada e interesante.

En este bloque llamado: “Diálogos Freud-Winnicott” la autora nos invita a asistir e interiorizarnos en su forma personal de hacer dialogar a los autores entre sí y también a su manera de seguir distintos conceptos interrelacionándolos con diferentes puntos de vista teóricos.

Allí va recorriendo a diferentes autores que no son sólo Freud y Winnicott. Nos encontramos con Melanie Klein, Pontalis, Marion Milner, Batjin, Pelento, Roussillon, y otros, dialogando con Winnicott y sus conceptos más originales y personales en un trabajo y riguroso que, como dice Marilú Pelento en su prólogo, no consiste en hacer decir a un autor lo que no dijo.

El cuarto bloque sólo consta de un capítulo: “Simbolización en psicoanálisis” y es el que ha sido escrito íntegramente en el año 1997, con lo cual es el capítulo más reciente.

Es este un capítulo que cierra el texto sintetizando los bloques anteriores y presentando un resumen de ricas lecturas sobre semiótica. Myrta Casas expone con claridad las complejas ideas de Charles Pierce y su modelo triádico; la primeridad con su correspondiente ícono, la segundidad con su correlato, el índice y la terceridad en el ámbito del símbolo.

Por último quisiera insistir en que creo que se trata de un libro interesante y original cuya consulta y lectura enriquecerá, sin duda, a quien se acerque a él.

ACTIVIDADES

CIENTÍFICAS

El poder de los Ideales.
La idealización del Poder.

Sus vicisitudes en el psicoanálisis y en el intercambio con otras disciplinas.

20 y 21 de Agosto de 2004.

¿A qué apunta este título en un congreso de Psicoanálisis? Bien podría ser la convocatoria a un encuentro entre sociólogos, politólogos, antropólogos, historiadores. ¿En qué zonas quiere incursionar el psicoanálisis?

En momentos en que la “tranquilidad moderna” cede paso a las discontinuidades, a los cambios de ritmos y valores a convivencias dispares en lo social, nos interrogamos acerca de los Ideales y del Poder.

Nuestra propuesta es ponernos a producir en torno a estos términos abiertos a la relación con el otro. Mientras que el tema de los ideales goza de un privilegio metapsicológico dentro de la teoría psicoanalítica, el tema del poder pertenece a extra muros.

Queremos darle un vuelco con una mirada puesta en nuestra disciplina; ya sea en la práctica, en la relación analista-paciente mediada por lo transferencial, en la preeminencia de teorías, en las relaciones familiares, etc.

El concepto de Poder lo encontramos desde las tempranas épocas de la obra freudiana, pero no ha adquirido un lugar relevante en su obra. Las discrepancias y competencias con Adler quizás hayan contribuido a ello. Sin embargo aparece ligado a lo pulsional, en la pulsión de apoderamiento, unida a la de ver y a la epistemofílica para en desarrollos posteriores ligarla con la sexualidad dando lugar al sadismo; se configuran así nichos no menores dentro del modelo de la mente freudiano.

El desarrollo que ha tenido esta idea en nuestra cultura remontándonos a Aristóteles, con el término Potencia, pero fundamentalmente después de Foucault, se ha convertido en su ‘uso’ un término multívoco. Está en nuestro interés empezar a desplegar a lo largo del Congreso la amplia extensión de este concepto ya sea desde el lado de nuestra disciplina como desde el entrecruzamiento polisémico con otras.

Poder omnipotente, narcisista, en los autoritarismos de todo tipo: con el niño, en las situaciones de violencia, sean estas personales, conyugales, grupales, sociales o de Estado deja sus huellas. Los efectos del sometimiento escriben sus marcas en las fallas

en el procesamiento de las identificaciones, en el proceso de subjetivación, en la estructuración psíquica.

Por otro lado el desempeño necesario en una función de poder, organiza, favorece la subjetivación y la simbolización, habilita la producción.

La importancia de los Ideales en la formación del sujeto nos interroga acerca de la influencia de los cambios sociales, de valores, de las relaciones familiares y sociales y abre caminos, sin respuestas certeras, hacia pensar en estructuraciones psíquicas distintas o en patologías nuevas.

Poder e Ideales, ligados, generan un área en donde no se apunta sólo al corpus psicoanalítico sino también a un espacio en donde se habilita el trabajo de la interdisciplina; nos lleva a un espacio de fronteras, una región de problematización de ópticas distintas en donde psicoanálisis, sociología, politología, didáctica, ética, pueden dialogar.

El entrecruzamiento tiene también como función “no abandonar los propios objetos teóricos y principios, saltando hacia otra disciplina y produciendo una suerte de operación invasiva sobre ese otro territorio” Estas palabras de María Lucila Pelento dan cuenta de nuestra propuesta para este congreso: abrir caminos para pensar estos términos en nuestra disciplina y en diálogo con otras.

*Ana de
Barbieri*

II Jornadas abiertas de Adolescencia

Adolescencia: transitando en los márgenes

El 21 y 22 de mayo de 2004 se realizaron en la Torre de los Profesionales las II Jornadas abiertas de adolescencia.

Dentro de las Jornadas se organizaron: un panel de apertura, 8 paneles teórico – clínicos, 9 talleres clínicos y un plenario de cierre.

Participaron además 21 colegas extranjeros de Argentina y Brasil entre coordinaciones, presentaciones y discutidores de material clínico. Así como también el Presidente de AUDEPP y antropólogos. Participando un total de 370 personas.

Los temas de los paneles fueron: Violencia en la adolescencia, Amor en la adolescencia, Embarazo y aborto en la adolescencia, Imagen, violencia y cuerpo, Identificaciones e ideales en la adolescencia, Tratamiento de las adicciones, La técnica en el tratamiento de pacientes adolescentes, Proceso adolescente, Acerca de la creatividad: intercambio con adultos jóvenes y sus producciones.

La página web de las Jornadas contribuyó a que esta actividad fuera tan exitosa, logramos en menos de 3 meses más de 1500 entradas a la página donde fueron publicados numerosos trabajos, algunos de ellos de analistas que no habrían de

participar en las Jornadas pero que amablemente nos cedieron sus exposiciones (Dr. Stefano Bolognini de Italia, Dr. Luis Kancyper de Argentina, Dr. Jaime Lutemberg de Argentina, etc). La página seguirá vigente hasta fin de año, luego se integrará a la página web de APU.

Muchos de los presentadores han decidido enviarnos sus aportes después de las Jornadas, por lo tanto alimentaremos la página nuevamente para que siga vigente y siga despertando el interés que logró hasta ahora.

Dra. Silvia Flechner
Coordinadora del Laboratorio
de
Adolescencia de APU

Coloquio:
Pensar los Adolescentes en las fronteras de lo
psíquico y lo social.

Montevideo, 1 a 3 de setiembre de 2004.

Universidad de la República / Facultad de Medicina
Clínica de Psiquiatría Pediátrica

Collège International de l'Adolescence
Université René Descartes, Paris 5

La mirada psicoanalítica es un rico instrumento para leer la intimidad del complejo proceso de adolescencia, momento fundamental del desarrollo donde ocurren complejas transformaciones en el funcionamiento mental y en la estructuración del psiquismo.

Los procesos de cambio se relacionan con su propio cuerpo, con el estallido de la pubertad y la pulsión sexual genital que impulsan la reactualización del conflicto edípico, con la separación y la diferenciación del joven de las figuras parentales de la infancia y con la reorganización de sus identificaciones. Estos profundos cambios en el psiquismo confluyen a una afirmación de identidad, al reconocimiento frente a sí mismo y a los otros de la autonomía y a la capacidad de habitar y ocupar un nuevo lugar social.

En la adolescencia se articulan la historia pasada del sujeto, su estructura psíquica y la particular coyuntura de este período en que se conjugan cambios fisiológicos y psíquicos con nuevas experiencias sociales. La problemática adolescente revela también su época, las cualidades del entorno familiar y social, y sus capacidades o sus fallas para constituirse en soporte de las modificaciones y recomposiciones de su mundo interno.

En un mundo en mutación acelerada, lleno de inquietudes e incertidumbres, el sujeto adolescente constituye una zona sensible y privilegiada para focalizar la confluencia de procesos psíquicos y del acontecer sociocultural.

Estos cambios profundos y muchas veces inquietantes en la población adolescente, ya sean desde el sujeto en la clínica psicoanalítica o desde una perspectiva social, preocupan a los profesionales que trabajan en la atención y el cuidado de los procesos de crecimiento y transformación adolescente.

El adolescente siempre trae novedad y ruptura con los modelos de las generaciones anteriores; también denuncia y cuestiona en su inadaptación o en su discurso, las violencias y las estructuras de poder del orden establecido.

Los campos disciplinarios vecinos y afines que estudian las distintas facetas y expresiones del ser humano, su mentalidad, su identidad individual, grupal y colectiva, reconocen la complejidad y las particularidades de los cambios del adolescente y buscan, en la interdisciplina, señalar las fronteras y la articulación de diversos paradigmas para dibujar nuevas preguntas y nuevos problemas.

El coloquio se propone pensar tanto la intimidad del trabajo psíquico del adolescente, su vulnerabilidad, su fortaleza, sus alteraciones psicopatológicas, como sus expresiones “en las fronteras de lo psíquico y lo social” para lo cual es indispensable el diálogo con las disciplinas vecinas.

• *El Coloquio ofrecerá diversas modalidades de trabajo: conferencias, mesas redondas, cursos y talleres.*

• *Contará con la participación de un nutrido grupo de profesores psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas y profesiones afines nacionales e internacionales.*

• *Se desarrollarán tres ejes temáticos:*

- * *Psicopatología*
- * *Educación, cultura y creatividad*
- * *Social*

Comité de Organización del Coloquio:

Mireya Frioni, Didier Lauru, Irene Maggi, François Marty, Olivier Ouvry, François Pommier, Julia Ojeda de Prego, Cristina Rodríguez Rega, Maren Ulriksen de Viñar, Laura Viola.

Palabras introductorias al 43º. Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional

Nueva Orleáns, 10 al 14 de Marzo de 2004.

Cuando Daniel Widlöcher, como presidente de la IPA, me invitó a presidir el Comité de Programa de este 43º Congreso de la IPA, me advirtió que debería hacer frente a un número considerable de desafíos: se trataba de reflexionar sobre el trabajo en las fronteras del psicoanálisis y a la vez de modificar la estructura y el modo de funcionamiento de los congresos. Debo confesar que en ese momento acepté sin saber el número de desafíos a los que el Congreso debería hacer frente, y cabe agregar que seguramente Daniel tampoco.

El tema propuesto y el cambio del tipo de Congreso fue una tarea difícil pero estimulante. En cambio, surgieron dificultades de naturaleza imprevista. La epidemia de SARS en Toronto, que obligó a postergar y a cambiar la sede del congreso cuando ya estaba todo pronto para su realización, fue un momento de gran incertidumbre, que obligó a una reformulación muy amplia. Afortunadamente la respuesta de los miembros fue muy positiva y creo que corresponde que ahora agradezca en primer lugar a todos ustedes por haber hecho posible el Congreso superando los inconvenientes provocados por el cambio de fecha y lugar.

El Congreso tendrá un fuerte carácter participativo. Desde tiempo atrás existía en la IPA el propósito de hacer Congresos más cortos, intensos, interactivos, y que integraran las actividades de los precongresos en un único Congreso. En este nuevo modelo han pasado a primer lugar las actividades que facilitan la discusión y el intercambio de ideas y de experiencias entre los participantes. Esta ha sido la idea rectora del programa científico.

Los tradicionales Paneles y Workshops continuarán ocupando un importante lugar, pero este Congreso inaugura una actividad que era muy apreciada en los precongresos. Me refiero a los Grupos Pequeños de Discusión, en los que podrá darse un intercambio de ideas en forma más personal. Los Grupos Pequeños de Discusión tuvieron la oportunidad de iniciar su intercambio antes del Congreso por medio de Internet y podrán continuar el diálogo luego del Congreso a través del sitio Web de la IPA en forma de Grupos Internacionales de Discusión.

El Congreso ofrece a los participantes una variedad muy amplia de actividades, las que debieron ser condensadas aún más al ocurrir el cambio de sede. Es muy probable que encuentren que a la misma hora se superponen varias actividades en las que quisieran participar. Debo confesarles que esta es una crítica que el Comité de Programa está dispuesto a recibir con cierto orgullo.

Pensando en facilitar la elección entre las distintas ofertas, hemos organizado las actividades en cinco ejes temáticos o "Tracks".

Estos Ejes buscan organizar las distintas perspectivas desde las cuales será enfocado el tema del Congreso, "Trabajando en las Fronteras". Los Ejes 4 y 5 abordan el diálogo, por un lado, con las Ciencias de la Salud y las Neurociencias, (Eje 4) y con la Cultura y la Sociedad por otro (Eje 5). El Comité Local de Nueva Orleáns jugó un importante papel en la organización de estos dos Ejes interdisciplinarios proponiendo

actividades conjuntas con la comunidad universitaria y cultural local, con temas que van desde el arte a las neurociencias. El Comité Local de Toronto había propuesto un programa similar y ahora el Comité Local de Nuevo Orleans logró reformular este programa en tiempo record. La conferencia inaugural nos la brindará Antonio Damasio sobre Neurobiología del Afecto y debemos estarle agradecidos por haber concurrido pese a sus compromisos previos, ofreciéndonos un tema central en el diálogo del psicoanálisis con las disciplinas vecinas.

El Eje 2, Educación Psicoanalítica, y el Eje 3, Investigación Conceptual y Empírica, están constituidos por áreas temáticas que antes estaban organizadas como Precongresos y ahora están integrados al Congreso. Corresponde agradecer a IPSO su disposición para abrir sus actividades al público del Congreso y destacar tanto la calidad de estas actividades como la de las propuestas de los Comités de Educación e Investigación. Quiero por tanto expresar el agradecimiento a estos Comités.

El Eje 1 busca poner en relación los problemas que encontramos en las fronteras del psicoanálisis con lo que sucede en el núcleo de nuestra disciplina, es decir, a nivel del proceso psicoanalítico. Este Eje, que será el principal del Congreso, estará dedicado a una doble reflexión desde el núcleo a las fronteras y desde las fronteras al centro, buscando que esta reflexión sirva para el crecimiento de nuestra disciplina y para intercambiar experiencias que enriquezcan nuestra discusión y la mantengan actualizada. Las actividades del Eje 1 conducen nuestra reflexión desde las fronteras con la realidad exterior o con otras subjetividades a las fronteras con lo desconocido en nosotros mismo, esto es, con el inconciente

La serie de paneles sobre Múltiples Aproximaciones a un Caso Clínico explorará las fronteras entre las distintas formas de presentar, escuchar e interpretar un material clínico entre los distintos enfoques existentes dentro de la IPA, y también con otras orientaciones como ser las inspiradas en Lacan, en Jung o en las corrientes cognitivo-conductuales. Quiero aprovechar para agradecer aquí a quienes no son de la IPA y que participan en estos y otros paneles por colaborar en forma desinteresada a llevar adelante este diálogo. Es la primera vez que un Congreso de la IPA dialoga directamente con las corrientes lacanianas, jungianas y cognitivas y esto sin duda, implica explorar una nueva frontera.

Encontrarán “Encuentros con el Autor”, destinadas a que un autor relevante pueda discutir su obra con la audiencia y sesiones llamadas “Encuentros con el Analista” que permitirán exponer aspectos de nuestro trabajo y de la forma en la que nos desarrollamos como analistas que no siempre aparecen reflejados en la obra escrita. También encontrarán cursos sobre temas específicos. Habrá una exposición de posters y un día especial para discutirlos con los autores. La sesión plenaria final permitirá evaluar la forma en al que se desarrolló el Congreso.

Es de destacar que la mayoría de las actividades surgieron de un Llamado a Propuestas abierto a todos los miembros. Este carácter participativo de las propuestas hizo posible que el congreso pudiera ser reorganizado en poco tiempo cuando se hizo necesario reorganizarlo.

El Congreso tampoco hubiera sido posible sin el esfuerzo de mis compañeros en el Comité de Programa, Emma Piccioli, Co-Chair por Europa y Dominique Scarfone, Co-Chair por Norteamérica y de Silvia Flechner y Sergio Lewcowicz, Secretarios Asociados para América Latina, que al igual que Alain Gibalult, ex Secretario de la IPA, brindaron en todo momento un esfuerzo generoso y que se extendió desde el reflexionar sobre una visión global del congreso al cuidado del detalle. Aunque Emma y Dominique, por diversas razones personales, no han podido estar hoy presentes, sé que ellos participan de la alegría de ver el Congreso convertido en una realidad. Robert

Stein y el equipo de Broomhills, bajo la dirección de Piers Pendred, prestó en todo momento una colaboración fundamental. Debo destacar el espíritu de iniciativa y el entusiasmo con el que Robert Stein ayudó a plasmar esta nueva forma de Congreso. Por último quiero agradecer a las autoridades de la IPA y en especial a Daniel Widlöcher por la confianza que depositó en el Comité de Programa y por el apoyo y la orientación que nos brindó en los momentos difíciles.

Les deseo a todos que puedan disfrutar y trabajar en este Congreso.

Ricardo Bernardi
Presidente del Comité
de
Programa Científico

DEL CUADERNO DE NOTAS

Marcos Lijtenstein

El éxito que se obtiene localizando datos en un **archivo**, marca los fracasos de la **memoria**: la personalidad fracasa al dejarse seducir, si confunde memoria con archivo. Esta amenaza es un profundo riesgo, sobre todo para las almas prolijas.

A falta de fichas bibliográficas, buenas son memorias no archivadas.

Como en la ocurrencia personal que sigue, en la que se trataba del ser objeto de reconocimiento.

Mi cuestionamiento consistió en marcar la exageración: se trataba de un propósito generoso, desmedido.

Hasta que se me impuso una fórmula que pretende trascender una intención transaccional.

Así es que me dije que hay que saber aceptar un reconocimiento generoso, **siendo esa generosidad una suerte de justicia del corazón.**

Tal como **el perdón es la inteligencia del corazón**, afirma Dostoievski en la novela “Un adolescente”, que leí más tarde.

En ese mismo texto del autor referido, leemos:

“Siempre es lo mismo: ¡aún después de la muerte subsiste el amor!”

¿Cómo podría recoger un archivo esta memoria del futuro, que echa raíces en tener “el recuerdo de lo que va a pasar”?

Se nos asegura que para la eternidad –“siempre”- hemos de amar y de ser amados: hay remedio para la terrible herida narcisista, para la demandante angustia de un “es lo mismo” eternizado.

Incluso si tenemos que resignarnos a dejar una parcela del amar, disponible para el odiar.

Harto cuesta pensar en estas cuestiones. Al punto que la afirmación contraria puede atenuarse apelando a la forma interrogativa y más aún, puede llevarnos a rehusarnos a pensar e interrogarnos.

Véase “De pensamientos para no ser pensados”:

“¿Y si la vida no fuera más que un insomnio de la muerte?”

Es más que un inquietante “Psicograma” de Carlos Vaz Ferreira (cf. Rev. “Número”. Montevideo, 1950.)

Y no cabe que lo archivemos.